



10

12

of

ORD

PSICO
FISIOLOGIA
DEL GENIO
DEL TALENTO

BF4 12
N6

NO 28 f



1020024846



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PSICO-FISIOLOGÍA
DEL GENIO Y DEL TALENTO

Núm. Clas. 151.1
Núm. Autor N 828 p2
Núm. Adg. 36986
Procedencia - 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

ES PROPIEDAD

Establecimiento Tipográfico de G. Juste.—Pizarro, 15.—Madrid.

MAX NORDAU

PSÍCO-FISIOLOGÍA

DEL

GENIO Y DEL TALENTO

TRADUCCIÓN

DE

NICOLÁS SALMERÓN Y GARCÍA.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO REYES"
Calle 1025 BOUTERREY, BEYRUT

MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos.
Campomanes, 10.

Librería de Victoria Sáenz de Jubera.
Precios 38.
96986

1901

099882



BF412

NG

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N.

PSICO-FISIOLOGÍA
DEL GENIO Y DEL TALENTO

I

MAYORÍA Y MINORÍA

Para toda alma bien nacida, el *filisteo* (1) es el enemigo nato, la pesadilla; todo aquél que se siente en sus adentros el menor asomo de genio, lo suficiente apenas para justificar el llevar melena y el desprecio hacia el despotismo de la *chistera*, ejercita sus biceps emprendiéndola á testarazos contra el *filisteo*—

(1) La palabra *filisteo* es, en el sentido en que la emplea el autor, un término esencialmente alemán. Designábase con ella al principio, en el lenguaje de los estudiantes de la Universidad, á todos los que no eran estudiantes, ya se tratase de posados burgueses, ya de sabios y pensadores que habían terminado su vida escolar. Actualmente se designa con el nombre de *filisteo*, sobre todo el burgués vulgarote y sentencioso cuyo tipo ha immortalizado en Francia Henri Monnier bajo el nombre de *Mr. Joseph Prudhomme*.—El origen probable del sentido que se dió á esta palabra en Alemania, fué que el predicador de la Universidad de Jena, á principios del siglo 18, teniendo que pronunciar

MAX NORDAU.—Psico-fisiología.

claro está que solamente en sentido figurado, porque el tal *filisteo* suele tener un dependiente ó mozo de almacén, en el supuesto de que él mismo no pertenezca á esa clase.—Esta hostilidad es una torpe ingratitud: el *filisteo* es útil y hasta posee la belleza relativa propia para la perfecta adaptación al objetivo propuesto. Él constituye el fondo de la perspectiva del cuadro de la civilización, sin la exigüidad ó pequeñez artística del cual, las figuras en relieve del primer plano no producirían la impresión de lo grande: tal es el papel estético del *filisteo*, pero este papel, que representa con autoridad, dista mucho de ser el más importante. ¿Quién al admirar las Pirámides, dejará de decirse á sí mismo que son debidas al *filisteo*, al cual por un olvido deplorable no se hace justicia? Han sido esas obras portentosas verosímilmente

un sermón ante el cadáver de un estudiante muerto en una de las frecuentes riñas que había entre estudiantes y burgueses, adoptó por texto bíblico de su discurso el versículo 16—20 del libro de los Jueces: «*Los Filisteos sobre ti, Sansón.*» Los estudiantes designaron desde entonces á los burgueses con el nombre de *Filisteos*. El autor emplea con mucha frecuencia esta palabra, neologismo tan admitido como la inglesa *snob* para designar el hombre esclavo de la moda, imitador servil de las apariencias de la distinción y del buen tono aristocrático. (N. del T.)

imaginadas por algún talentoso ingeniero-jefe de puentes y calzadas del antiguo Egipto; pero la ejecución es obra de los hijos de Israel, aunque éstos hayan debido ser naturalezas muy ordinarias, si se juzga del conjunto de su carácter por el gusto decidido que mostraban por la cebolla y el puchero de carne guisada. ¿De qué nos sirven todas las concepciones del hombre de genio? Sólo viven en su magín, para él mismo, pero no existen para nosotros mientras el poco interesante *filisteo*, el que gasta gorro de dormir, no llega á realizarlas buenamente; ese mismo buen hombre que no emplea su atención diligente en descubrimientos propios, pero que espera, con una encantadora ausencia de ideas, los impulsos, las sugerencias, las órdenes de los que tienen la vocación. El que se siente apto para crear, se considera, en general y con razón, como demasiado bueno para traducir: pensar y querer es de la competencia de los espíritus escogidos; la muchedumbre mediocre se encarga de transportar el pensamiento y la voluntad á las formas del fenómeno. ¿Qué más se le echa en cara al *filisteo*? ¿que no ceda fácilmente á la impulsión del hombre de genio?; pero eso es una

condición excelente y aún hay que bendecir al *filisteo* porque así sea; su pesadez, su firme equilibrio que difícilmente se altera, le convierten en un instrumento de gimnástica, en una especie de disco de palestra ó de pesa de hierro, mediante los cuales las naturalezas escogidas han de probar y también desarrollar su fuerza. Seguramente cuesta trabajo poner en movimiento esa masa inerte del vulgo, pero es un ejercicio saludable para el genio emprender esa obra hasta conseguirla; cuando una idea nueva no es apta para manejar al vulgo, eso prueba evidentemente que no es bastante robusta, que no vale nada ó que todavía no ha llegado su hora. Si, por lo contrario, una concepción produce sobre él efecto apreciable, da con ello la primera y más importante prueba de su excelencia; la inteligencia del *filisteo* es incapaz de examinar y de juzgar las ideas de los escogidos, pero su fuerza de inercia hace de él un aparato que, inconscientemente, y por eso mismo con tanta mayor seguridad, opera la selección entre las ideas plenamente desarrolladas y capaces de vivir y las que están faltas de madurez y de valor.

Se comprendería que los *filisteos* se queja-

sen ó se burlasen unos de otros, si alguno de ellos lanzara con desprecio á la cara del otro el epíteto de *filisteo*, como los negros cuando riñen se llaman mutuamente negros, porque, en efecto, un *filisteo* no puede soportar á otro tan vulgar como él; no puede esperar de otro como él ni que le interese ni que le divierta; cada cual ve en el inexpresivo semblante del compañero, el reflejo de su propia estupidez; el uno le larga al otro, entre bostezos, monsergas aburridas; cuando se juntan dos de ellos se asustan recíprocamente del siniestro mutismo de sus espíritus y experimentan la abrumadora y humillante sensación de angustia propia del hombre habituado á que le conduzcan y que se ve de pronto abandonado por su guía. Pero el hombre de talento debería entonar las alabanzas del *filisteo* que constituye su riqueza, el campo que le alimenta y nutre; es sin duda de un penoso cultivo, pero ¡cuán fértil!; hay que trabajar con ahinco para hacerle productivo; desde por la mañana hasta la noche hay que cavar el surco, hundir la reja del arado, podar, roturar, volver y revolver, desbrozar, sembrar, estercolar, segar; hay que sudar y hay que helarse, pero la cosecha no falta cuando la

siembra era susceptible de germinar. Seguramente, si se echa en los surcos trigo podrido ó guijarros no hay que esperar ningún producto, lo mismo que si se plantaran huesos de dátiles en las márgenes del Curisch-Haff; pero si el campo permanece estéril con siembra tan estrafalaria, la culpa no es del terreno, sino del soñador que de tal manera lo cultiva. El juicio, el discernimiento debe asociarse al genio para fijarle el tiempo y lugar favorables á la manifestación de sus pensamientos; si sabe escoger con tino el tiempo y el lugar, encontrará á la masa del vulgo siempre dispuesta á responder á la siembra con la cosecha; así, pues, cuantas veces los hombres de espíritu genial se encuentran congregados alrededor de las mesas del café, su primer brindis, por virtud del derecho y de la moral, debiera ser á la salud del *filisteo*.

¿Cuál es, en realidad, la gran falta de que se acusa al *filisteo*? Sencillamente que no hay necesidad de buscarle para encontrarle, que se le encuentra en inmenso número, que es la regla y no la excepción; si, por acaso, se quisiera no tener en cuenta la proporción numérica que alcanza el *filisteo* y conside-

rarle en sí mismo, se reconocería por fuerza, con la más estricta equidad, que es un moco que no tiene desperdicio: es, generalmente, más agraciado que un mono por bonito que sea, aunque no llega á tener la belleza del Apolo de Belvedere, que, por otra parte, resultaría trivial si formase el tipo medio de la humanidad; es, con frecuencia, más diestro que un perrito de aguas, aun amaestrado, aunque no pueda competir con un clown de circo, que también sería menospreciado por su torpeza, si cada cual de los mozos de la aldea fuese capaz de dar saltos mortales y de sostenerse en equilibrio puesto de cabeza sobre el suelo, con tanta facilidad como de andar con las dos piernas, y de clavar á estocadas las moscas en la pared, tan fácilmente como de amontonar haces con la horca; es, á menudo, mucho más inteligente que una ostra y aún más que el juicioso elefante, aunque no sabe pensar tan honda y tan profundamente como Darwin, cuyos modos de ver, sin embargo, no estimarán verosímilmente los filósofos del porvenir, ni más ni menos que nosotros estimamos hoy las teorías fisiológicas de Parmenides ó de Aristóteles. Quien dice *filisteo*, hombre del

vulgo, dice sencillamente mayoría, y los que le menosprecian, se sublevan contra la ley teórica fundamental de todas las instituciones políticas y sociales.

Hay, sin duda, muchas gentes á quienes no sólo no asusta semejante delito, sino que hasta fingen por él ó sienten sinceramente marcada predilección. «Odio al vulgoprofano y me aparto de él», dicen con Horacio; proclaman expresamente que forman parte de la minoría y de ello se enorgullecen; afirman sentir de otro modo, pensar y juzgar de otro modo que la muchedumbre, es decir, en términos menos despreciativos, que la mayoría, y nada les parecerá más ofensivo que el oírse lanzar el epíteto de «triviales», con lo cual, sin embargo, no se diría otra cosa sino que son semejantes á la mayoría. Pronto indagaremos de dónde procede esta aversión contra la mayoría y si está justificada; ántes queremos examinar si los seres desdeñosos que se niegan á ser contados como parte de la masa, piensan y obran lógicamente; deberían, de ser lógicos, señalar en todas sus manifestaciones vitales, su disparidad con respecto á la muchedumbre y tratar de evitar,

mediante el desarrollo de su carácter diferente, que se les confundiera con la mayoría; deberían hacer alarde de su modo de ser, llevando vestidos de otras formas, adoptando otros hábitos, otras costumbres, otras ideas morales, colocándose en todas ocasiones por encima de los juicios de la mayoría ¿lo hacen así?: no; hasta hacen todo lo contrario: les parece de buen gusto no hacerse notar, es decir, no distinguirse de la muchedumbre despreciada y son los primeros en burlarse de los que, como el desgraciado Oscar Wilde ó como el *Sar Péladan*, no temen llamar la atención por su facha caprichosa y original; se inclinan ante la opinión pública y les hace sufrir el sentirse en oposición con respecto á ella; son las más sólidas columnas de la ley, que no es sino el resumen de los modos de ver del pueblo, es decir, de la mayoría, en forma de prescripciones; defienden el parlamentarismo que se funda sobre el reconocimiento del derecho que tiene la mayoría á imponer su voluntad á la minoría; y en muchos casos, les entusiasma el sufragio universal que no es, después de todo, sino la apoteosis de la trivialidad. No ignoro que con frecuencia se nada con la corriente, no

porque en realidad se tengan ganas de seguir su dirección, sino porque no se es bastante fuerte para luchar contra ella; el que inventó el proverbio que dice: «quien con lobos anda á zullar se enseña», quiso expresar con esto una dura necesidad y no una estima especial hacia los lobos; pero otro proverbio declara que la voz del pueblo es la voz de Dios, é introduce de esta suerte al *filisteo* en el Olimpo. Y es un hecho que, aun para el que desprecia á la muchedumbre, las más importantes acciones y omisiones tienen por premisa esta admisión implícita, que el modo de ver de las gentes de plazuela es, en sus rasgos generales, estimable y justo.

Algunos hombres, en tan corto número que se les podría contar con los cinco dedos de la mano, han tenido, es cierto, la valentía de ser lógicos; el historiador alemán Treitschke, alaba el despotismo ilustrado, ese sistema sumario de gobierno que no cuenta para nada con la mayoría y reconoce á la minoría, reducida hasta la unidad, el derecho de pensar y decidir por todo el pueblo; Carlyle predica el culto de los héroes y exige la sumisión, sin condiciones, de la masa al individuo poderoso; Montesquieu se com-

place con la broma de declarar aceptable el jurado con una sola condición: que la opinión de la minoría y no la de la mayoría constituya el fallo, puesto que, entre los doce jurados, habrá seguramente más imbéciles que sabios, y por consecuencia el juicio de la minoría será el de los sabios y el de la mayoría el de los imbéciles;—esto último es un modo muy incisivo de expresar la idea que la sabiduría se encuentra entre los ménos, mientras que la muchedumbre es estúpida y de cortos alcances;—sin embargo, Montesquieu pierde de vista que la minoría, entendiéndolo por ella todo lo que es diferente de la masa media, no comprende sólo á los que se elevan por encima del nivel común sino también á los que quedan por debajo; es decir, al lado de los genios, también á los crétinos imbéciles y al lado de los hombres sanos y originales, también á los monstruos morbosos: los miembros de la Academia son una minoría casi imperceptible en la nación, pero los pensionistas del asilo nacional de dementes son también otra minoría y Montesquieu corre el riesgo de desear la victoria á un sabio y á dos idiotas contra nueve medianías como Juan ó Pedro, lo cual sería ab-

surdo, como diría Euclides. Hasta sospecho que Carlyle y Treitschke no desprecian á la mayoría tanto como parecen y como quizás ellos mismos creen; «¡despotismo ilustrado!»; «¡culto de los héroes!»; ¡hem!: examinemos la cosa: despotismo ilustrado, ¿no quiere decir que un genio reinante obligue á la masa á entrar en sus designios y en sus miras, á aceptar sus opiniones, á participar de sus pareceres, es decir, á restablecer, en último análisis, el acuerdo entre ella y él?; y el culto de los héroes, ¿no es el deseo de ver el héroe, es decir, el fenómeno de excepción, apreciado, celebrado, reconocido por Juan y por Pedro? Esto me se antoja, pues, una constante preocupación por el sentir de la muchedumbre, que se concuerda mal con el pretendido desprecio hacia ella de que se hace alarde; ¿para qué ha de inquietarse por la opinión del *filisteo* quien le desprecia?; ¿qué significan para él la admiración ni el asentimiento del vulgo?; el modo de ver de Treitschke tendría por consecuencia lógica que un Federico el Grande, un José II, deberían abdicar y dejar el trono á cualquier buen hombre de sus familias, por ser los genios de su fuste demasiado superiores para ocuparse de la

chusma; esos genios no tienen ningún interés racional en convertir á los imbéciles á sus miras ilustradas y no tienen para qué echar margaritas á puercos. Según las ideas de Carlyle, un Miguel Angel se desdora y se rebaja exponiendo el *Moisés* ante los ojos de los papanatas estúpidos del arroyo, y un Goethe, haciendo imprimir su *Fausto* para uso de las señoritas de la burguesía; los aplausos del rebaño humano, en vez de parecerles apetecibles, serían, por lo contrario, de naturaleza á inquietarles, y deberían exclamar como aquel orador verdaderamente lógico: «¿aplauden? ¡he dicho por casualidad, una tontería!»; luego, pues, un Federico el Grande se encerraría en uno de sus castillos y nada tendría de común con la muchedumbre vulgar; un Goethe se retiraría á una isla solitaria y declamaría sus versos únicamente para sí mismo, y ¡viva la lógica!

Hay en esto una contradicción que no se puede negar: por una parte, se pretende despreciar á la muchedumbre y por otra, todo cuanto se hace es con la mira puesta en ella. Seniega á la muchedumbre la capacidad para juzgar los actos del hombre de genio, y el más hermoso sueño del hombre de genio es,

sin embargo, la gloria y la inmortalidad, es decir, el reconocimiento de su genio por la muchedumbre; se niega á la muchedumbre el don de la inteligencia y, sin embargo, el parlamentarismo, el tribunal popular de artes y oficios (1) y el jurado, la opinión pública, instituciones todas que se tienen en la más alta estima, se fundan sobre la premisa que la mayoría no sólo posee una sabiduría segura, sino que es absolutamente infalible. Se considera como una degradación el ser contado entre la muchedumbre y, sin embargo, se está orgulloso, en todas las grandes circunstancias, por sentir y pensar exactamente como la muchedumbre; en un movimiento de elevado fervor, el antiguo romano no encuentra nada más noble que decir de sí mismo, sino esto: «soy hombre y nada de lo que es humano lo considero extraño». Quizá se habría, sin embargo, extrañado, si algún dialéctico cínico de sus contemporáneos le hubiera replicado: «dices que eres un hombre como los demás: ¿te alabas, pues, de ser trivial?»

(1) Consejo de *prud-hommes*. Especie de jurado popular que entiende en asuntos de los trabajadores y patronos. (N. del T.)

Pues bien; yo creo que puede explicarse esta contradicción; me parece, con meridiana claridad, que se funda sobre una base biológica. La fuerza desconocida que organiza la materia en seres vivos, no produce, en el origen, al principio, especies, sino individuos. No quiero exponer aquí las diferentes teorías acerca de los comienzos de la vida y no me pronuncio sobre si, según la idea corriente, en un momento dado se ha formado de la materia inanimada un protoplasma vivo, ó si, como piensa Preyer, la materia ha tenido, en toda eternidad, por atributo la vida, al modo como el movimiento, del cual la gravitación no es probablemente sino una modalidad; que nos baste saber que el punto de partida de la formación de los seres vivos producidos por la materia, hoy, se encuentra en otros seres vivos que les han precedido y de los cuales descienden y provienen. La vida es, en último análisis, la síntesis y la descomposición de combinaciones albuminoideas efectuadas con intervención del oxígeno; este hecho puede realizarse dentro de las formas más diversas, y cada vez que la naturaleza se dispone á formar un sér vivo (únicamente por comodidad, me expreso de esta

manera tan impropia, tan antropomórfica) puede darle á su albedrío, una cualquiera de los billones ó trillones de formas posibles é imaginables. Si, pues, de la materia elemental, formase también de nuevo los seres vivos, es verosímil que cada cual sería diferente del otro y que habría, á lo sumo, entre ellos la semejanza, punto menos que nula, resultante de la circunstancia que todos, en fin de cuenta, tenían que ser la expresión, la forma sensible de una misma ley fundamental química, el instrumento de una sola y misma función. Ahora bien, hoy por hoy, los seres vivos, por lo menos en cuanto se nos alcanza, no nacen ya de la materia elemental por un acto espontáneo de la naturaleza, sino que son formados de esta materia, por el intermediario de un organismo ancestral ó antecesor; la materia de la cual ha sido formado el nuevo sér vivo ha atravesado por un mecanismo existente, ha sido moldeada, manipulada por éste y por consecuencia, de él ha recibido impresiones. Es una de las propiedades de la materia, ó más exactamente, de sus combinaciones, propiedad no explicada, pero que difícilmente puede ser contradicha, el conservar las impresiones recibi-

das, los modos de agrupación, las formas; sobre ella se funda la memoria en el individuo, la herencia en la especie; el nuevo sér vivo cuyos materiales de construcción han sido manipulados por otro sér vivo, conservará, pues, las impresiones que le han sido transmitidas por éste y llegará á ser semejante á él. Dos leyes diferentes obran, por consecuencia, sobre él: la ley vital primitiva que tiende á crear organismos autónomos, de semejantes é independientes de los demás, sencillamente aptos á formar y á descomponer los cuerpos albuminoides—trabajo que, por otra parte, pueden cumplir, afectando no importa cuál de las numerosas formas posibles, sin que sea de imprescindible necesidad que se asemejen á una forma dada—y la ley de herencia que se esfuerza en hacer al nuevo organismo semejante á sus progenitores mediante los cuales es formado.

Todo individuo es, por consiguiente, la resultante de la acción de estas dos tendencias: la ley vital primitiva y la herencia; la primera tendería á crear nuevas formas aptas para las funciones vitales, la segunda á repetir un esquema ya existente: el de los progenitores. Es de grandísima importancia

en mi sentir insistir sobre este hecho, que, á mi parecer, la libertad ilimitada de la elección entre todas las formas posibles es el elemento primitivo, mientras que la semejanza con respecto á la forma de los antepasados, que limita esta libertad, es el elemento que interviene posteriormente; sólo esta hipótesis puede hacer comprender toda la teoría darwinista, que, sin esto, no es una explicación, sino una consignación de hechos notados y atestiguados.

Con efecto, si como lo cree Darwin y como con él lo cree toda su escuela de discípulos y comentaristas, la herencia fuera la ley primitiva y la más importante que regulara el desarrollo del individuo, ¿cómo podría imaginarse una desviación, una suspensión de ésta? El producto debería en toda situación y estado permanecer semejante al productor y si las circunstancias exteriores no se lo permitían, tendría forzosamente que perecer—el gran fenómeno de adaptación á condiciones de vida dadas que constituye, según Darwin, una de las principales causas del origen de las especies quedaría como un enigma absolutamente insoluble.—Mi hipótesis, por lo contrario, aporta la solución de

este enigma: el sér vivo, digo yo, no está ni más ni menos ligado á una forma que á otra cualquiera; le basta con tener una forma que le permita la absorción de oxígeno y la producción de materias protéicas; esta primitiva libertad ilimitada le hace apto precisamente para revestir la forma que le imprimen las circunstancias exteriores, del mismo modo que un cuerpo libre en el estado de reposo, toma, de entre todas las direcciones posibles, aquella que le imprime el más ligero choque exterior. ¿El organismo antecesor le da su propia forma? bueno: entonces el joven organismo tomará la forma del antecesor; ¿las condiciones exteriores dentro de las cuales ha de vivir, trabajan por transformarle, por hacerle desemejante de sus progenitores? bien: perderá la forma heredada y obedeciendo á la nueva impulsión revestirá aquella que las condiciones de vida exterior tienden á imprimirle. De este modo se explica la adaptación que según esta hipótesis no es ya lo contrario, sino lo análogo de la herencia (1).

(1) Rodolfo Virchow, en el Congreso de naturalistas alemanes de 1889, en una conferencia en que trataba del darwinismo, ha desarro-

Para la biología, la ciencia de la vida, sólo existe el individuo, no la especie; solamente el individuo es algo realmente existente, independiente, limitado con absoluta precisión; la especie ofrece un carácter mucho más vago; es con frecuencia imposible definirla con certeza. Dos individuos no se compenetran nunca el uno en el otro, no se funden nunca mutuamente, en ninguna circunstancia sea cual fuere, ni aun en las formaciones teratológicas al modo de la de los hermanos siameses; no puede decirse lo mismo respecto de las especies: éstas, por lo contrario, se encuentran en estado de transformación continua, aunque lenta; sus límites permanecen indecisos y borrosos hasta llegar á desfigurarse; se desarrollan en formas nuevas y en una determinada época geológica, son algo muy diferente de lo que han sido en una época anterior y también de lo que serán probablemente andando el tiempo. Lo que, á pesar de esto, liga al individuo con la especie es la ley de la herencia, es la propiedad primitiva que posee la

lado en un todo las mismas ideas. Esto es para mí una satisfacción, aunque el gran sabio no haya citado mi nombre, no haya hecho la menor alusión á mis propios pareceres y puntos de vista. (N. del A.)

materia de persistir en la disposición, en el orden que recibiera en un momento dado, y de apartarse de ellos únicamente bajo la sujeción de una nueva impulsión más fuerte que su inclinación á la persistencia. La economía actual de la naturaleza no conoce en apariencia más que la producción de la vida por la vida misma; teóricamente, se comprendería muy bien que la vida renaciese incesantemente de la materia no viva; si esto no sucede, la razón es quizás, porque la vida se produce por la actividad de los organismos antecesores con menor esfuerzo que por la combinación de la materia elemental; y es una singularidad conocida que se extiende á toda la naturaleza—Leibnitz la indicó el primero; pero Karl Vogt, poco antes de su muerte, la ha negado con argumentos ingeniosos—que ésta trata de realizar cada uno de sus objetos con la mayor economía posible, con el menor gasto de fuerzas imaginable. Tenemos de este modo, el encadenamiento lógico de los fenómenos vitales: la escena en que se desenvuelven, la forma con la cual se hacen visibles, es el individuo, no la especie; si, á pesar de esto, los individuos son semejantes entre sí unos á otros y si la

especie tiene una apariencia de existencia, esto depende de dos causas: en primer lugar porque hoy, á juzgar por lo que de ello sabemos, la vida procede de otra vida; en segundo lugar, porque se está bajo el imperio de la ley de la herencia que acabamos de explicar. La descendencia de un organismo antecesor implica semejanzas y un cierto lazo entre los individuos; la ley vital primitiva implica su diferencia y su autonomía; de hecho, no hay dos individuos absolutamente semejantes el uno al otro y hasta cada individuo es probablemente, considerado en el *quimismo* y el mecanismo más íntimo y más misterioso de sus partes constitutivas fundamentales, infinitamente más diferente de cualquier otro individuo, que una especie cualquiera de otra especie; (me figuro como esencia última del individuo un ritmo especial de la vibración de los átomos y del éter que constituyen sus células germinativas y creo que este ritmo no obedece en dos individuos á la misma ley periódica).

Esto explica también la posibilidad del egoísmo que no podría imaginarse ni explicarse, si se hubiera de considerar la especie como algo realmente existente y no tan solo

como una abstracción del espíritu humano. El individuo se siente á sí mismo como el solo existente en un principio y el solo esencial, y únicamente la evolución superior de su pensamiento le hace comprender que entre él y los seres que le son semejantes existen relaciones necesarias y que guardando ciertas atenciones hacia ellos, favorece su propio bienestar. El sentimiento de la solidaridad no es, pues, un instinto primitivo como el sentimiento singular ó el sentimiento personal, sino una comprensión adquirida; el altruismo no es lo contrario, sino el mismo egoísmo profundizado y ensanchado y el hombre alcanza la noción ideal de la solidaridad como ha alcanzado la noción material de la policía y del catastro: llegando á comprender su utilidad para él.

Ahora bien, todo este razonamiento biológico, que hasta aquí ha parecido acaso una digresión al lector, entra en las vías de las presentes investigaciones. La ley de la herencia implica la trivialidad, la ley vital primitiva, la originalidad. Las funciones más bajas que son al mismo tiempo las más necesarias y por ende las más frecuentes y que

seguramente han realizado también el padre y el abuelo, caen bajo la ley de la herencia; las funciones superiores y supremas, por lo contrario—cuya necesidad raramente se hace sentir y que el antecesor quizá no ha sentido jamás ó no ha tenido que ejercitar sino rara vez, de suerte que no han dejado huella bastante profunda en su organismo para poder ser transmitidas por la herencia—son realizadas, se cumplen, de un modo autónomo y original.

En una situación en la cual se encuentra á menudo y que es la misma para muchos ó para todos, el organismo obra de una manera trivial acostumbrada; en una situación que se le presenta por vez primera, dará pruebas de originalidad si no puede sustraerse á ella. El genio más grande, lo mismo que el aguador más modesto, masca con los dientes y oye con las orejas, y el poeta francés está de lleno en la verdad, cuando dice: «plantar coles, es imitar á alguien»; estas funciones, las mismas para todos los hombres, las realizan todos lo mismo; por lo contrario, se advertiría en seguida una diferencia, si se pusiera, por ejemplo, á dos hombres á la cabeza de una sociedad como la de los

«Padres peregrinos», haciendo rumbo á bordo del *Mayflower* hacia América para fundar una nueva sociedad y si se les encomendara la empresa de conquistar un mundo desconocido y de edificar un Estado desde la base hasta la cúspide.

Un organismo dotado sólo con la cantidad media de fuerza vital no alcanza nunca á realizar las funciones superiores y supremas; no busca situación alguna que no haya sido ya familiar á sus antecesores: si se encuentra, contra su voluntad, colocado frente á una situación nueva, se esfuerza ante todo por sustraerse á ella; si esto le es imposible, busca con afán el medio de obrar frente á ella según las analogías acostumbradas, es decir, el medio de conducirse como ha tenido costumbre de hacerlo en otras situaciones frecuentes algo semejantes á la nueva; y si merced á esta pequeña treta no consigue ponerse á la altura de la situación nueva, se deja dominar por ella y sucumbe, á menos que vivan en él fuerzas latentes que no han tenido en su situación ordinaria ocasión de desarrollarse y que la necesidad entonces despierta. Permanece así, pues, siempre encerrado en el círculo fatal de la herencia; se asusta por el

menor cambio en las líneas de su semejanza con sus antecesores y sus compañeros en medianía y acaba su vida como la ha empezado: como un cliché de formas que le han precedido y que existen en torno suyo. Pero un organismo cuya fuerza vital excede del tipo medio; ó bien experimenta directamente la necesidad de nuevas situaciones, ó bien, si en ellas se encuentra colocado, las domina y se adapta á ellas sin atenerse estrechamente á los ejemplos conocidos ni dejarse dirigir por los hábitos de los antepasados; un organismo de esta índole rebasa triunfalmente por encima de las barreras de la herencia que alcanzan sólo á una cierta altura, y con un vuelo al que jamás se elevan las individualidades más débiles, se desarrolla sin trabas adoptando formas personales diferentes por completo de todas las demás.

He reducido, pues, en último término, originalidad y trivialidad á la cantidad de fuerza vital; si no se posee de esta última más que una medida estrictamente suficiente para constituir un organismo de tipo determinado, se permanece dentro de la forma transmitida y se ayuda á la especie para conservar la fisonomía tradicional; si se posee la

fuerza vital con exceso, ésta triunfa sobre la inercia que mantiene á la materia en la formación heredada, ella constituye en plena libertad, según su propia impulsión, su forma física y su plan de desarrollo y hasta puede decirse que llega á ser—*deviene*—el origen de una nueva subvariedad de la especie. La vida es la más alta función de la materia: su posesión inspira á todos los seres un respeto instintivo, poco más ó menos como el que inspira la riqueza pecuniaria á las naturalezas vulgares; ahora bien: como la originalidad, se funda sobre una más grande riqueza de vida, se la reconoce superior á la trivialidad, que es la confesión de escasas rentas de fuerza vital; he aquí por qué se desprecia la trivialidad y se procura ser original, parecerlo por lo menos, si no se puede serlo en realidad. No querer formar parte del rebaño es producirse como un millonario de vitalidad; el desprecio hacia el *filisteo* es la forma que se adopta para pagar el tributo de admiración á la vida. Se siente uno mucho más orgulloso por ser antecesor y fundador de una raza que por ser el heredero; por ser molde que por ser prueba, y se ufana uno por figurar como título de libro y no como pági-

na intercalada con su correspondiente número de orden. Sin embargo, como quiera que el padre más apto para la generación es al propio tiempo hijo de alguien y que cada fundador de una nueva estirpe tiene antepasados que ascienden hasta la *ascidia*, ó hasta el plasma primitivo, aun el individuo más original se enlaza á pesar de todo, con la especie; la más poderosa exuberancia vital está sometida, por lo que respecta á sus funciones inferiores, á la trivialidad; la contradicción entre el aislamiento de las naturalezas distinguidas y su fusión ocasional con la muchedumbre, se disipa y si así lo quiere el *filisteo*, puede ufanarse por el hecho que hasta un Goethe y un Napoleón, con toda su originalidad, no pueden llorar ni reirse, dormir ni afeitarse de un modo distinto del que él mismo emplea.

* * *

En los seres vivos diferenciados sexualmente, la fuerza vital y su potencia formadora parecen ser menores—ó por lo menos, más inertes, menos explosivas—en la hembra que en el macho. Por que ello sea así, lo ignoro, pero el hecho parece comprobado;

Darwin (en el «Origen de las especies») ha amontonado varios centenares de páginas con observaciones, de las cuales resulta que en la mayor parte de las especies animales, la hembra conserva el tipo de la especie mientras que los machos se apartan de ella individualmente, con frecuencia de una manera muy considerable. En la hembra, pues, predomina la ley de herencia, en el macho la ley de formación individual que yo considero como la ley vital primitiva. Esta relación existe también en la especie humana: la mujer, por regla general, es típica; el hombre, individual; aquella tiene la fisonomía media; éste, una fisonomía propia. Sin duda, esta aseveración contradice la manera de ver habitual, pero esta manera de ver es falsa; proviene de que ordinariamente se ha tomado la idea que se tiene de la mujer, en las poesías y en las novelas; los poetas, al describir la mujer no han partido de una observación concienzuda, sino que han obedecido inconscientemente á excitaciones sexuales. En la literatura, la mujer no es sencillamente una sobria imagen científica, sino la creación ideal de una imaginación de hombre sumida en éxtasis genésico; el poeta no quiere

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
 TORONTO, CANADA
 1965

describir sino galantear; cuando habla de la mujer no es observador imparcial, sino que instintivamente solicita con afán sus favores. Esto falsea por completo la observación, y puede decirse que la mujer aparece en la filosofía de todos los pueblos y de todos los tiempos, no como ella es en realidad, sino tal como se le figura á un entusiasta enamorado. Esta es la consecuencia natural de que primitivamente la poesía haya sido cultivada únicamente por los hombres; si las mujeres hubieran inventado la lírica y la epopeya es probable que la imagen de la mujer en literatura hubiera llegado á ser imparcial, y por esta razón, bastante indiferente. Hoy que la producción de novelas, por lo menos en determinados países, es punto menos que un exclusivo trabajo femenino, los autores del sexo débil reproducen también el retrato ideal de la mujer imaginado por el hombre y convertido en tradicional, sencillamente porque las mujeres autores son incapaces de elevarse por encima de la tradición y de pensar de un modo original. «La mujer es mudable como la onda y veleidosa», enseña un filósofo con pretensiones de profundidad; «¿quién puede vanagloriarse de conocer la

mujer?» exclama un poeta lírico, poniendo los ojos en blanco y relamiéndose los labios, sumido en reminiscencias agradables; «toda mujer es un misterio y un enigma y ninguna de estas esfinges se parece á otra», asegura un cuentista (cronista) que nos enjareta, en apoyo de su dicho, interminables cuentos de bandidos. Pero todo esto no son sino frases huera de las cuales precisamente se ríen las mujeres inteligentes y que sólo agradan á las estúpidas que las toman por galanteos personales; la mujer es infinitamente menos diversa (varia) que el hombre; el que conoce á una las conoce á todas, con raras excepciones; su manera de pensar, de sentir, hasta su físico, son típicos, y Margarita, Julieta y Ofelia se parecen de tal modo una á otra, que se podría tomarlas por hermanas de temperamento un poco distinto y de educación algo diferente. Así se explica cómo las mujeres se acomodan tan fácilmente á todas las situaciones sociales; un mozo de cuadra que se ve elevado por el favor de una czarina á la dignidad de duque de Curlandia, permanece toda su vida impregnado por el olor de los caballos; la hija de un tambor mayor que llega á condesa y á dominar en el corazón

de un rey, no se diferencia en nada al cabo de algunos meses, y aun si me apuran al cabo de algunas semanas, de una dama nacida con derecho á ocupar un puesto en el almanaque de Gotha. No hay mujeres advenedizas, lo análogo del hombre improvisado; en cuanto una mujer se ha asimilado las formas de un rango nuevo para ella, y con su sentido sagaz de las exterioridades y del detalle, las adquiere con una facilidad prodigiosa, ha entrado de lleno en el carácter de ese rango. Esto es así, porque entre la princesa y la lavandera la diferencia fundamental es de poquísima monta; lo esencial en ambas es la femineidad, es decir, la reproducción impersonal de la fisonomía de la especie. Michelet condensa la filosofía de la mujer en una sola palabra, á la cual quisiera él atribuir el efecto punzante de un epigrama: «la mujer—dice—es una personalidad»; ese es uno de los errores de más bulto de este autor ardiente y generoso, pero á veces superficial; la verdad es lo contrario: la mujer no es una personalidad, sino la imagen de una especie.

Seguramente hay también mujeres que se pueden llamar originales; pero ¿queréis que os dé un consejo, caros lectores? Guardáos

de las mujeres originales; la desviación del tipo en la mujer, de cien veces, ochenta, es morbosa; la mujer original se distingue de la mujer normal, como un tísico de un individuo sano, y en los otros veinte casos que no me sería dable interpretar como morbosos, la originalidad es una inversión intelectual del sexo; lo que por esto se entiende, todo el mundo lo sabe: se tiene el cuerpo de una mujer, pero el carácter, las ideas y las inclinaciones de un hombre, ó recíprocamente. El juicio popular no anda descarriado, cuando califica en redondo á una mujer original de *marimacho*; esta expresión lleva consigo la explicación del fenómeno; en cuanto la mujer se sale de la uniformidad, pierde el principal de los atributos psicológicos de su sexo. Puedo hacer notar en apoyo de esta aseveración, que las mujeres originales no causan habitualmente impresión sino sobre los hombres de consistencia floja y desdibujada, mientras que los machos con personalidad vigorosamente acentuada se prendan con preferencia de las mujeres triviales; éste es un hecho tan frecuente que es de todo punto superfluo recordar con este motivo el ejemplo de Goethe, Enrique Heine, Byron, Víctor

Hugo, etc. Conclusión: que el hombre cuya fuerza vital no es bastante poderosa para crear nuevas formas, trata de satisfacer inconscientemente, uniéndose con una mujer más pródigamente dotada que él, el instinto fundamental del organismo, es decir, el de la formación y desarrollo individuales, mientras que el hombre más favorecido por la naturaleza no tiene necesidad de eso y se contenta con su propia originalidad.

Con el carácter típico de la mujer va ligada la deplorable trivialidad de sus inclinaciones; sin duda, un hombre que sobresale de lo ordinario, sea física, sea intelectualmente, excita como todo lo que es raro, la imaginación de la mujer y ejerce sobre ella una poderosa atracción. Pero, ¿qué prueba esto?: nada más sino que la mujer, como todo organismo superior, es atraída y estimulada por todo lo nuevo; pero su instinto primordial la inclina irresistiblemente hacia lo que es ordinario—y el hombre perfectamente trivial—que no se aparta de la norma ni por una estupidez demasiado evidente, ni por una inteligencia especial; el que en sus galanteos y cumplidos sigue al pie de la letra los buenos modelos, tiene por tema principal de su conversación

el tiempo que hace, se entusiasma por los ideales cultivados en las escuelas primarias y odia al «enemigo mortal», idea ú hombre, designado por las gentes de autoridad como especialmente odioso; el que participa de las opiniones y de los sentimientos de los notables comerciantes y demás gentes acomodadas y con patente; el que, además, está al corriente de todas las innovaciones en la forma y el color de las corbatas—este tipo, obra maestra de un Rafael diestro en los retoques de un mismo modelo, sorberá el seso á noventa y nueve mujeres, de ciento, y ningún ejemplar de hombre superior dibujado á la mano puede subsistir al lado suyo.

Una vez, en el transcurso de varios siglos, nace una mujer que tenga ambición—ruego que no se confunda este sentimiento elevado con la vanidad vulgar que trata de hacerse pasar por tal ambición.—Mujeres artificiosas, con afán de dominar, cómicas, marisabidillas, pitonisas de salón con ansias de deslumbrar, se imaginan á veces ellas mismas que son ambiciosas: no lo son en modo alguno. Se trata, para ellas, de un efecto inmediato de su personalidad; quieren procurar á su bajo egoísmo la satisfacción de ser reconocidas en

todas partes como bellas, elegantes, espirituales, ingeniosas; quieren que haya muchas mujeres que las envidien, que muchos hombres caigan á sus pies, que vuelvan las gentes la cabeza para verlas en la calle y que en el teatro selas tome por punto de mira; no tienen otro propósito sino conseguir la exhibición más exterior y más necia que acompaña á la notoriedad local. La ambición es cosa muy diferente: es una impulsión violenta por encarnar el propio *yo* en una creación, en una proeza, que le aseguren una existencia mucho más allá de la duración somática del individuo; es una lucha apasionada contra la ley universal de la caducidad de las cosas, el deseo altivo de mantener en su forma especial el propio *yo*, que uno siente tener su plena razón de ser, que uno siente poderoso y necesario, y de constreñir á respetarlo á la naturaleza misma. Lo que se llama ambición deriva también de la ley vital primordial y es una manifestación extremada de ella, puesto que esta ley no tiende tan sólo á producir formaciones orgánicas autónomas que no han de parecerse sino á ellas mismas y á nada que no sean ellas; sino que tiende, además, al esfuerzo de conservar estas formacio-

nes, de asegurarles la duración y aun de ensancharlas en una nueva especie. La ambición se funda sobre una exuberancia de fuerza vital que la mujer posee muy raramente; por esto la mujer sueña con conquistas amorosas, pero no con la inmortalidad; no se ocupa sino del acompañante que puede decirle á boca de jarro: «señora, la amo á usted»; en cuanto á las generaciones por nacer del lejano porvenir cuyos homenajes y ramilletes de flores no pueden llegar hasta ella, su coquetería no la inspira el menor interés hacia ellas; no tiene el deseo de apartarse de la especie y de fundar una nueva, de la cual sería el arquetipo.

El predominio de la ley de herencia en el organismo femenino explica también todas las otras singularidades de espíritu y de carácter en la mujer; es casi siempre enemiga del progreso y el más firme sostén de la reacción en todas las formas y en todas las materias. Permanece apasionadamente ligada al pasado y á la tradición y considera lo nuevo—á menos que sea, por ejemplo, una moda que pueda aumentar el efecto de sus atractivos—como una ofensa personal; reproduciendo servilmente lo que ha visto ha-

cer, transforma en su inteligencia, la religión en superstición, las instituciones racionales en formas exteriores, las acciones de profundo sentido en ceremonias vanas y las reglas de las relaciones sociales, inspiradas al hombre en un principio por las consideraciones hácia sus semejantes, en etiqueta tiránica y estúpida. Es la mujer, aparte las raras excepciones que he admitido, un autómatas intelectual que ha de andar hasta el punto de parada, tal y como fué dispuesto y que no puede cambiar por sí mismo el mecanismo de su marcha.

Ahora que ya he expuesto las razones biológicas de la trivialidad, mi concepción de los límites de la originalidad se desprende por sí sola. Subjetivamente, el derecho de ésta última es ilimitado; objetivamente, es circunscrito. Cuando no hay nadie más que yo, puedo ser original; cuando entro y me confundo con la muchedumbre, mi primer deber de ciudadano es parecerme á todos. Las ideas y las acciones que nos afectan exclusivamente están en cada uno de nosotros libertadas de la tutela de la tradición; actos que invaden el círculo de existencia de los

otros hombres, deben someterse á la regla de la tradición general. Sin duda, en virtud de la ley vital primordial, yo soy un individuo independiente, autónomo, en cierto modo una especie compuesta por solo yo, no pareciéndome por completo á ningún otro ser y desarrollándome únicamente según mis propias fórmulas orgánicas; pero en virtud de la ley de herencia estoy, sin embargo, ligado por una cierta extensión de mi superficie á la especie, á los seres que por consecuencia de un mismo origen son semejantes á mí, y esta parte de mi superficie no está sujeta á mi libre voluntad. Ocurre en este respecto á cada cual de nosotros lo que ocurre con los hermanos siameses; cada cabeza puede pensar por sí misma; alegre ó triste, según le venga en ganas; inteligente ó estúpida, según sus medios; pero los dos cuerpos tienen que, por ejemplo, andar y sentarse juntos. Estos principios tienen una vasta aplicación práctica: defienden el sufragio universal; hacen una reverencia, rinden homenaje á la democracia; establecen el predominio de la mayoría en los asuntos del Estado y de los municipios. Mi horizonte intelectual me pertenece á mí solo; nada me obliga en este res-

pecto á tolerar lo que me molesta ó me disgusta y arrojo fuera de mi vista, con un puntapié vigoroso, el gorro de algodón del vecino cuya borla se alza pretenciosamente ante mí, como una cima frondosa de montaña; pero la calle, la ciudad, el país, nos pertenecen á todos en común; aquí, tú eres mi hermano, digno *filisteo*; aquí, tengo que leer tus deseos en tus ojos; aquí, nada puedo hacer que no merezca tu aprobación, y si quiero que tú me complazcas, mi deber elemental es decírtelo en un lenguaje que tú comprendas y apoyarlo con razones que tú estés en condiciones de discernir cabalmente.

Por esta consideración no puede haber políticos, legisladores, hombres de Estado, originales: cuánto más cada cual de ellos es trivial, tanto mejor será para él y tanto mejor para su pueblo; el que está llamado á crear instituciones dentro de las cuales ha de vivir la masa, ese, tiene que tomar la medida de la masa y no la del menor número: el sastre del regimiento corta según patrones medios y no según las proporciones de un tambor mayor conocido suyo; y lo que de esto último resultaría, como cuando el zorro convida á comer á la cigüeña y le presenta los manja-

res en la vajilla de familia, puede leerse en la fábula sugestiva de Schiller. El juego natural de las fuerzas prohíbe, por otra parte, por sí mismo, toda originalidad cuando se trata de los asuntos de la humanidad ó de una nación: no se necesita una profundidad de espíritu ni un dón de observación especiales, para advertir que toda asamblea un poco numerosa es irremisiblemente mediocre; reunid cuatrocientos Shakespeares, Newtons, Goethes, Laplaces, Pasteurs, etc., y dejadles hablar y decidir sobre cuestiones concretas; sus discursos se distinguirán, acaso—y aun esto no es muy seguro—de los que se pronuncian en una diputación provincial; sus decisiones no se distinguirán de las de ésta. ¿Por qué?; porque cada uno de ellos, al lado de su originalidad personal, que hace de él la notable individualidad que es él mismo, posee las propiedades hereditarias de la especie que le son comunes, no sólo con las de sus colegas de la asamblea, sino también con las de todos los transeuntes anónimos de la calle. Puede expresarse ésto diciendo que todos los hombres normales tienen una cantidad común de igual valor, que llamaremos *a*, y los hombres eminentes otra cantidad además, dife-

rente en cada individuo, y que debemos designar de un modo distinto para cada uno, sea *b*, *c*, *d*, etc.; por el hecho de reunirse cuatrocientos hombres, aunque todos ellos fueran genios, tendremos así ante nosotros cuatrocientos *a* contra una *b*, una *c*, una *d*, etc. Siendo así, no puede suceder de otro modo sino que las cuatrocientos *a* derroten por completo á la *b*, á la *c*, á la *d*, etc.; es decir, que el elemento humano común ponga en fuga al elemento individual, que el gorro de dormir de algodón cubra triunfalmente la muceta de doctor. Lo que es diferente no puede sumarse; éste es un principio que se aprende ya en la escuela de primeras letras; hé aquí por qué, puede perfectamente imaginarse un partido de buenas gentes, sencillotas y mediocres, y no un partido de hombres de genio; se puede votar por mayoría acerca del buen sabor de un plato de berzas (*choucrouste*) y no sobre el valor de las diferentes concepciones del mundo. Si se votara acerca de éstas, cada una de ellas obtendría, sin duda, un voto, el de su autor.

De hecho, pues, el *filisteo* es el amo en un país y el hombre original más celoso de su autonomía se ve obligado á bailar á compás

cuando el vals general ha empezado. El contenido de todas las instituciones públicas y de toda la política, no lo ha provisto el trabajo intelectual de un Jhon Stuart-Mill ó de un Herbert Spencer sino la idea estereotipada del honorable Juan ó Pedro que no logra descifrar el periodicocho de campanario sino señalando con el dedo cada palabra, y el genio más original pierde su fisonomía y desaparece absorbido en la gran procesión, cuando, al llegar el día del voto, afluye á las urnas la muchedumbre.

¿Debe por esto el hombre de genio renunciar á proclamar sus nuevas ideas, diferentes de todo lo conocido hasta entonces; renunciar á esforzarse por realizarlas, á querer que el *filisteo* se convierta á ellas? De ningún modo; no lo debe, ni siquiera puede hacerlo; hemos visto, con efecto, que toda originalidad está animada por el instinto incoercible de imponerse á la generalidad y de formarla según ella. Pero á lo que debe renunciar el hombre de genio, es á presentar sus ideas como órdenes y á esperar que el ejército de los *filisteos* se alinie bajo ellas como un regimiento bien instruído. Debe

predicar, no mandar; hay ahí una enorme diferencia: la que existe entre un misionero y un coronel; he dicho más arriba que el *filisteo* es el campo de cultivo del hombre de genio; tan exacta me parece la imagen que insisto en ella: el pensador original debe entregarse al pesado trabajo agrícola, como el educador de niños debe practicar una delicada labor de jardinería. Este último debe ingerir en los arbustos salvajes ramas maduras nacidas sobre viejos árboles mejorados por el cultivo; aquel otro, arroja á puñados, á brazadas, la simiente de trigo, y después de haber concienzudamente abonado y rastrellado el terreno, debe esperar pacientemente á que transcurran meses enteros de silencioso crecimiento, antes de la aparición de la mies. Todo ello es una cuestión de tiempo: el hombre ordinario quiere que sus ideas lleguen hasta él por la herencia y no adquirirlas por su propio trabajo; basta, pues, solo con inculcar á una generación lo que se quiere ver llegar á ser (*devenir*) el patrimonio común de la generación siguiente. Representaciones y asociaciones de ideas que han pasado ya por la cabeza del padre y del abuelo y que se han repetido con frecuencia

desde largas generaciones, han llegado á ser una parte constitutiva del organismo, han sido organizadas; y no le cuesta al individuo más trabajo pensarlas, que andar, comer, dormir; es decir, que ejercitar cualquiera otra función convertida en orgánica. Nuevas representaciones y asociaciones de ideas, por lo contrario, que se presentan por primera vez ante el hombre, desarreglan todo el trabajo de la máquina de pensar; hacen necesarios, para ser admitidas, nuevos arreglos; reclaman poner en obra la atención, así como la intervención de la voluntad y de la conciencia. Sucede como con el tejido mecánico: cuando se teje un dibujo habitual para el cual está agenciada la máquina y ejercitado el obrero, todo anda sin obstáculo y se hace casi á ojos cerrados; el obrero puede entregarse al ensimismamiento mientras el tejido va alargándose metro á metro; pero cuando se trata de poner en el telar un nuevo dibujo, hay que arreglarlo exprofeso, hay que manipular la cadena, imprimir otra marcha á la lanzadera, el contra maestre tiene que intervenir y prestar ayuda, el obrero tiene que sacudir su apacible adormilamiento y poner atención en lo que hace; en suma, el trabajo

no se hace ya él solo, sino que exige el concurso de las manos y de la cabeza. Los hombres ordinarios están organizados para el trabajo regular del pensamiento y no pueden llenar cumplidamente otro alguno; no son ni bastante fuertes ni bastante hábiles para hacer que su telar produzca un nuevo dibujo. Ahora bien: las naturalezas superiores tienen por función, no sólo inventar nuevos dibujos, sino también modificar de arriba abajo los telares de la gran fábrica que se llama la humanidad, de modo que en ellos pueda tejerse el nuevo dibujo como se ha tejido antes el antiguo. La muchedumbre resiste contra las nuevas ideas, no porque no quiera pensarlas, sino porque no puede hacerlo; esto exige un esfuerzo, y todos los esfuerzos son dolorosos y sabido es que cada cual aparta de sí el dolor. Este hecho parece contradecirlo la observación de que la masa, por lo contrario, se muestra ávida de novedad y que todo lo que ofrece este carácter se abre camino y es bien acogido por ella; pero en todo caso, esta contradicción no es más que aparente, como demostrará fácilmente un somero razonamiento.

Las modificaciones en nuestro sistema

nervioso, son las únicas que llegan al sentimiento y á la conciencia. Si nada acontece en él, el *yo* que siente y piensa tampoco experimenta nada; el servicio de las noticias en nuestro organismo no está establecido de modo que en el centro del *yo* esté en permanencia un celador jefe vigilante que á cada momento expida mensajeros á las antecámaras y á los patios exteriores para informarse de si hay algo nuevo; este celador jefe permanece, por lo contrario, sentado ante su mesa en el gabinete más recóndito, á donde van llegando los datos é informes de fuera. Sino recibe ninguno, continúa tranquilo, hasta dormita y no da señales de vida; pero si de fuera llegan noticias como éstas: «llaman á la puerta de la derecha», ó: «acaban de tirar una piedra á la ventana del primer piso», ó: «el piquete de guardia en el patio de entrada recibe una provisión de víveres», el celador jefe se despierta y confirma, por lo menos, inmediatamente que ha llegado la noticia y que ha tomado conocimiento de ella, ó bien responde con una orden prescribiendo lo que haya que hacer en cada ocasión. Si se pudiera imaginar el mundo parado en una completa inmovilidad, nuestros nervios continuarían en el

estado en que se encontrasen; nada obraría sobre ellos, nada les excitaría, nada produciría en ellos una modificación capaz de llegar al conocimiento de la conciencia; nuestros ojos no verían, ni oírían nuestros oídos; las avanzadas destacadas en el límite exterior de nuestra personalidad estarían en su puesto, pero no tendrían nada que observar ni que anunciar. Tampoco entonces pensaríamos, y nuestra conciencia estaría como sumida en un reposo sin ensueños; sentir es, pues, percibir, notar que en un distrito cualquiera del sistema nervioso, un estado existente pasa á otro estado; el corto espacio de tiempo que apenas si puede medirse, que media entre el cese de un estado y el comienzo de otro, es, en realidad, todo el contenido de nuestro mundo de apercepción. Resulta de aquí que, para pensar, para llegar á ser consciente de su *yo*, el hombre tiene que ser excitado; pero la excitación no es traída sino por un cambio, es decir, por algo nuevo y como la conciencia del propio *yo* es la premisa necesaria de todas las sensaciones agradables y constituye ya por sí misma un sentimiento de placer, aun quizá el más poderoso entre todos, lo nuevo, el cambio que por la excitación de los

nervios se convierte en la fuente de la conciencia, lo sentimos como algo agradable y es ávidamente buscado. Para que el cambio, sin embargo, sea sentido como agradable no debe ser ni brusco ni violento; lo nuevo, que excita los nervios, no debe diferenciarse de lo antiguo que lo ha precedido sino muy poco, en un grado, en un matiz; ha de ser cercano, próximo, de lo antiguo y presentarse como una continuación suya. Pongamos esto de relieve por medio de una imagen familiar: una nueva forma de frac se pondrá fácilmente de moda, si no toca á las grandes líneas del frac, al carácter general de esta prenda de vestir airosamente ligera y sin embargo, tan revestida de dignidad, y si no se aparta de lo que antes era sino por detalles insignificantes, como, por ejemplo, por tener faldones más cortos ó más redondeados, solapas más anchas ó más estrechas, del mismo paño que el frac ó forradas de seda; por lo contrario, le sería difícil á un sastre innovador y exento de prejuicios, conseguir que se aceptara una prenda de vestir de gala que rompiera radicalmente con la moda en vigor hasta entonces y representase, por ejemplo, la toga romana ú otro modelo aún más extraño.

Una cosa cualquiera que es completamente distinta de lo que antes existía provoca sensaciones desagradables que pueden llegar hasta la aversión y el espanto más violento; Lombroso, el gran psicólogo italiano, ha encontrado para designar este estado una feliz expresión: esta aversión y este espanto los llama «misoneísmo», hostilidad contra lo nuevo, y demuestra su existencia en el ser humano inculto, en el niño y aun en el animal. Para ceñirme á mi comparación de la máquina tejedora, poco importa á la máquina y al obrero que la maneja que los hilos sean de otro color con tal que el dibujo continúe siendo el mismo; un cambio en el color del tejido no implica ni una modificación de la tejedora, ni una más grande atención por parte del obrero; sólo en el caso de que el dibujo haya de ser cambiado se presentarán las complicaciones más arriba descritas. De este modo se explica que sin duda, lo nuevo pueda gustar á la muchedumbre; pero que, no obstante, la muchedumbre rechace con verdadero furor, á menudo con esfuerzos desesperados, lo que es realmente nuevo, lo que difiere específicamente de sus ideas corrientes y habituales.

Me inclino mucho á creer que las tribus salvajes no van desapareciendo ante la civilización invasora sino porque la enorme transformación de todas las cosas que les rodean exige de sus espíritus, demasiadas ideas nuevas y funciones individuales. Sin contar más] que consigo mismo, sin que le ayuden en nada los procedimientos del pensar heredados, cada salvaje tiene que recibir las impresiones nuevas, clasificarlas, enlazarlas, reunir las en apercepciones y en ideas, y tiene que corresponder á ellas por medio de determinaciones y actos individuales completamente extraños á su organismo y para los cuales no están dispuestos su cerebro ni sus nervios; este es un trabajo del cual el hombre civilizado puede apenas formarse una idea precisa, puesto que hasta el hombre civilizado más original, más diferente de los individuos de su especie, no se encuentra expuesto sino raramente, á recibir impresiones completamente nuevas y á crear combinaciones igualmente nuevas del todo, de concepciones y resoluciones. ¡Y el salvaje tiene que suministrar de pronto y continuamente, en la medida más grande, esta actividad que es la más elevada del organis-

mo humano!; nada tiene de extraño si no tarda en agotarse por completo y en sucumbir bajo el peso de esta actividad. Si existiera una civilización tan inconcebiblemente distinta de la nuestra como puede serlo ésta con respecto de la de un *Papú* de la Nueva Guinea, y si dicha civilización se precipitara sobre nosotros de improviso, los más grandes filósofos y los más grandes hombres de Estado de la raza blanca de nuestro tiempo se marchitarían y desaparecerían ante ella, lo mismo exactamente que los salvajes ante nuestra civilización.

De todas estas consideraciones resulta mi manera de ver acerca de la relación entre el hombre de genio y el *filisteo*, opuesta á la de Carlyle. El visionario de Chelsea hace que su héroe aparezca como un capitán Cook, en medio del rebaño de hombres ordinarios á los cuales obliga, amenazándoles con buenos fusiles y cañones, á someterse y á reconocer su superioridad y á admirar su arte y su ciencia más elevados; por mi parte, yo no considero la vida del hombre superior como si fuera un viaje de exploración en los mares del Sur ni un desembarco en un país de

antropófagos desnudos; no puedo reconocer al hombre superior el derecho de exigir á los del rebaño típico que han heredado las ideas ya hechas y formadas, la misma actividad intelectual original é independiente del hábito organizado que una mayor cantidad de fuerza orgánica hace que sea fácil para el individuo no típico. Si la grandeza solitaria no basta á su ardiente deseo de ejercer su acción sobre los demás, si no quiere, como el desgraciado Luis II de Baviera tomar él solo asiento en el teatro, limitándose á contemplar durante toda su vida el espectáculo que sus ideas representan, no más que para él; si está animado por el instinto, inseparable de una fuerza vital poderosa, que le impulsa á asegurar la duración á su propia forma y á imprimirla en otros organismos, debe poner al servicio de su originalidad una compañera que tiene por nombre la paciencia; debe inculcar á la muchedumbre las nuevas ideas poco á poco, como si se tratase de un idioma extranjero ó de un ejercicio corporal complicado, por medio del ejemplo, de una demostración sistemática y de frecuentes repeticiones. En una palabra, se trata de inculcar en el hombre ordinario la sumisión al yugo de una nueva

costumbre que pueda conllevar como ha hecho con las antiguas, sin mayor gasto de pensamiento ni esforzarse más penosamente sino de un modo tan automático, dormitando á medias y rumiando, todo lo cual excluye las acciones bruscas.

Habr  advertido el lector que continuamente opongo entre sí, unas   otras, las nuevas   las viejas ideas y no hablo para nada de ideas mejores ni peores, más elevadas ni más bajas; en una palabra, que procuro evitar el empleo de epítetos que implican alabanza   censura y atestiguan predilección por unas y aversión hácia otras. En la lucha, callada   ruidosa, entre la minoría original y la pluralidad t pica, no se trata, en efecto, más que de reemplazar por otras nuevas las viejas concepciones heredadas; estas concepciones nuevas no necesitan en modo alguno ser mejores; su nota esencial, su marca, consiste únicamente en ser nuevas, en ser distintas de las concepciones tradicionales. Se califica ordinariamente de estúpida   la muchedumbre, lo cual es culparla sin razón: considerada en sí misma no es en modo alguno estúpida, sino sencillamente, no tan inteli-

gente como las individualidades más inteligentes de la época; representa sencillamente el grado de desarrollo intelectual alcanzado ayer mismo por los mejores; los mejores de hoy están evidentemente más adelantados, pero mañana la muchedumbre llegará tan lejos como ellos y para tener el derecho de llamarla atrasada y de motejarla, los genios de mañana tendrán que ser tan superiores á los de hoy, como éstos lo son con respecto al populacho actual. Originalidad y medianía no tienen, pues, una significación absoluta sino solamente una significación relativa; la excepción se esfuerza por llegar á ser regla, la originalidad por llegar á ser tipo, las naturalezas poderosas tienen el valor de modelos libremente inventados, los cuales son fielmente reproducidos por los hombres ordinarios. La forma de sombrero imaginada ayer por un inventor atrevido y que produjo sensación en los paseos de la capital, se ostentará pomposamente mañana, en la feria de la aldea, sobre la cabeza de todas las mozas de labranza y no atraer  siquiera la atención de los lacayos engalonados;   de dónde procede este efecto diferente?   ha cambiado la forma?; n : ha dejado sencillamente de ser rara; la tri-

vialidad es la originalidad usada, la originalidad es el estreno de la trivialidad. Nos encojemos hoy de hombros cuando tropezamos con un poeta lírico que se entretiene en comparar á las estrellas los ojos de su amada y admiramos á Lenau que dice empleando una audaz metáfora: «á lo largo de sus cantos abigarrados, la alondra trepa alegremente por los aires»; y sin embargo, la primera comparación es bella, mucho más bella que la segunda: al comparar á las estrellas los ojos de la mujer amada, el amante traza primero un cuadro con dicha comparación, aplica además para reproducir la imagen de los ojos de su amada, un método de amplificación susceptible de halagar el amor propio de la mujer á quien dirige su canto, dando con la dicha imagen una buena idea de su propia exaltación; enlaza, en fin, el aspecto de la mujer amada con los más bellos fenómenos del universo y la sustrae, en cierto modo, á su pobre contingencia individual, para engrandecerla hasta la infinidad de la naturaleza misma. ¿Cómo podrá sostener la comparación con esta imagen, la de Lenau, que nos sugiere á lo sumo la idea de una escala, por muy abigarrada que sea, á lo largo de la cual trepa una

alondra como pudiera hacerlo un renacuajo dentro de una bomba de cristal, cosa muy curiosa, sin duda, pero ni extraordinariamente bella, ni mucho menos sublime?; la comparación de los ojos á las estrellas produjo una profunda impresión sobre los contemporáneos, el día que un genio poético de la antigüedad más remota la encontró por primera vez; con el tiempo ha llegado á ser trivial; ¿por qué?; porque es excelente. La imagen sorprendente de Lenau no correrá esta suerte; no es bastante profunda para llegar á ser típica.

A esto quería yo venir á parar: la trivialidad de hoy no es sólo la originalidad de ayer; es, además, la fina flor de esta originalidad, lo mejor y lo más precioso de ella, la parte de ella que merecía perdurar no sólo porque era bella, sino porque además era verdadera y buena. ¡Saludemos á la trivialidad!; es la colección de todas las cosas más excelentes que el espíritu humano haya producido hasta los tiempos actuales.

Lo que se llama la opinión pública, es decir, la manera de ver de la muchedumbre, no puede evidentemente erigirse en ley para

los mejores espíritus de una época dada; merece, no obstante, interesar aún á estos espíritus escogidos en cuanto es el fruto de todo el desarrollo anterior de la humanidad. Los gritos confusos de una asamblea popular, los componen las voces de los grandes pensadores que hablan desde su tumba con frecuencia diez veces secular, por el gáznate ronco de un zapatero remendón, político alcoholizado; y quien se tome el trabajo de analizar este ruido hasta en sus elementos constitutivos, podrá restituir á algún autor eminente la propiedad de toda consigna y toda frase hueca que han dejado ya de tener sentido. El lugar común del discurso del *filisteo* ha comenzado su carrera constituyendo una salida de tono sorprendente y brillante y toda simpatía ó aversión instintiva, todo prejuicio, todo acto inconsciente del hombre ordinario, han sido primitivamente el resultado del penoso y austero trabajo intelectual de un hombre excepcional; la mayoría significa en último análisis el pasado, la minoría puede significar lo porvenir si ha puesto á prueba su originalidad. Aristóteles, el padre de nuestro saber actual en la mayor parte de los dominios del conocimiento, no podría hoy en nin-

guna parte salir airoso en el examen del bachillerato, si se exceptúa en la asignatura de lengua griega, que por otra parte quizá tampoco había profundizado como un filólogo de nuestros días; la teoría de Harvey sobre la circulación de la sangre que pareció á sus contemporáneos algo así como una rebeldía contra la verdad reconocida hasta entonces, se enseña hoy sin el menor tropiezo en las escuelas primarias, y el genio que hoy se aísla desdeñosamente de la muchedumbre y se enorgullece por no tener nada de común con ella, por pensar y sentir de otro modo y por no ser por ella comprendido, el genio éste, quizá se extrañaría si pudiera volver al mundo dentro de mil años, oyendo á los chiquillos expresar sus ideas más personales y más pasmosas con la misma naturalidad y de un modo tan corriente como se dan los buenos días.

Lo que, dentro de estas condiciones, no puedo comprender, es que los conservadores y los reaccionarios, los defensores del estado de cosas existente y los adversarios de las innovaciones, sean enemigos de la democracia; si tuvieran el sentido de su verdadero

interés, serían demócratas rabiosos, aconsejarían al czar que introdujese en Rusia el sufragio universal, sustituirían el parlamento con el *referendum* suizo y atribuirían á las resoluciones de las asambleas populares una importancia mucho más grande, sin comparación, que á las de los consejos de ministros. La muchedumbre es siempre conservadora porque obra en virtud de instintos genéricos hereditarios y no en virtud de nuevos procedimientos del pensar individual, y no puede, por consiguiente, encontrarse á gusto sino en condiciones hereditarias y no en condiciones nuevas; puede seguir á una voluntad individual poderosa que la arranque de los carriles de la costumbre, pero por su propia iniciativa, por un deseo de libre vagancia, jamás abandonara el camino trillado de las generaciones anteriores. Las revoluciones son siempre la obra de la minoría cuya originalidad no puede acomodarse á condiciones tradicionales no calculadas para ella y no adaptadas á ella; la mayoría no la sigue sino á su pesar y contra su gusto, á menos que no haya sido en el transcurso de varias generaciones conducida poco á poco á sentir que el estado de cosas existente ha pasa-

do de sazón, se ha gastado y no tiene ya razón de ser. Los únicos verdaderos innovadores que registra la historia han sido los déspotas ilustrados por los cuales sienten tantos entusiasmos los historiadores conservadores; por lo contrario, las revoluciones hechas por la masa popular vinieron á parar irresistiblemente en la reproducción de meros lugares comunes. A la cabeza de un libro de historia reaccionaria debiera ponerse, no ya el retrato de Federico el Grande ó el de José II, sino el de un demócrata de 1848 cubierto con el sombrero expresivo de la época, y los reaccionarios, si fueran inteligentes y sinceros, deberían confesar que la barricada es una columna del edificio político y social.

Si pronuncio, por otra parte, la frase de «lugar común» aplicándola á la política, esta palabra tiene en mis labios el valor de un testimonio de estima. La política tiene por objeto procurar á las muchedumbres las más favorables condiciones de existencia: debe, pues, regularse según las necesidades de la muchedumbre; ésta piensa y siente automáticamente, es decir, según fórmulas heredadas y costumbres organizadas; reclama,

pues, con justa razón, que no se la imponga el cumplimiento de un trabajo de inteligencia nuevo, individual, casi siempre excesivo para sus fuerzas. Quien dice política, dice, pues, régimen de mayoría, lugar común, tradición; las gentes intratables y ásperas para las cuales estas expresiones son demasiado imparciales, pueden reemplazarlas si en ello tienen empeño, por las de tiranía de la mediocridad y camino trillado de la rutina. La individualidad poderosa que alcanza un desarrollo original, no encuentra de su gusto, no se aviene á acomodarse á las condiciones típicas que para la muchedumbre típica, son precisamente las buenas; no puede quejarse si el hecho redunde en su perjuicio; no tiene por esto el derecho de empeñarse en revestir con sus pantalones largos las piernas cortas de las gentes ordinarias. Toda organización que complace á la mayoría es buena, no ya examinada en sí misma, sino en las circunstancias dadas; no puede ser de otro modo: supongamos que la muchedumbre se equivoca, que reclama una estupidez y erige las leyes más absurdas; pues bien: dénse todos prisa, por lo más sagrado, apresúrense todos á permitirle realizar esa estupidez é introdu-

cir esas leyes absurdas; pronto echará de ver la muchedumbre que su situación es más mala que antes; espíritus más inteligentes y que ven más lejos le mostrarán la causa de sus males y la muchedumbre exigirá por su propio impulso, sin pérdida de tiempo, los cambios necesarios. ¿Se encuentra, por lo contrario, contra lo que se podía esperar, á gusto con su estupidez y feliz con sus leyes absurdas?; tiene de todo punto entonces, el derecho de ovacionar fuera del templo con cascotes de botella, según la usanza antigua, ó al modo moderno, menos elegante, el derecho de denunciar á la policía como culpable de lesa majestad ó perturbador del orden público, al sabio que quiere persuadirla, á pesar de todo, que no tiene razón para creerse feliz. Cuando una muchedumbre es estúpida, ante todo hay que dejarla que lo sea; es muy hermoso y muy noble que el hombre más inteligente trate de llevarla poco á poco hasta un más alto grado de intelectualidad; pero ante todo, ella tiene derecho á instituciones y á leyes calculadas con la mira puesta en el rebaño popular y no en vista de los intereses de astutas gentes aficionadas al enredo y embrollo, ó de especuladores de Bol-

sa; á la minoría inteligente obligada á vivir bajo esas leyes ó esas instituciones, no puedo sino expresarle mi cordial compasión. Vamos á figurarnos por extraordinario acaso, una ciudad que estuviera por entero, ó casi exclusivamente, habitada por ciegos; esto es, en teoría, admisible; un hombre dotado de vista sana, pediría que se alumbraran las calles, petición que en sí misma sería de seguro excelente; no le costaría gran trabajo encontrar las razones más convincentes para demostrar la necesidad de establecer faroles, ni tampoco pintar con la elocuencia más atrayente el esplendor de la noche alumbrada por la electricidad; y sin embargo, la población de ciegos rechazaría la proposición por unanimidad, y daría yo cualquier cosa por conocer al hombre razonable que no creyese que la razón estaba de parte de la mayoría de ciegos y no considerase que se equivocaba el defensor del alumbrado. Hace falta en Abdere un municipio de abderitanos y allí no hay sitio para los comensales de los banquetes de Platón; si, no obstante, estos últimos habitan en la ciudad y no quieren abandonarla, les queda el derecho incontestable de fundar una tertulia y de entregarse en ella á la

burla y á la risa á costa de sus conciudadanos.

* * *

Creo que el *filisteo* puede estar satisfecho del sitio que le he asignado en el mundo; reconozco en él un fenómeno monumental, á saber: un monumento del pasado, con frecuencia mal conservado en verdad, con la nariz mutilada y mostrando las huellas de torpes revoques, blanqueado con lechada de cal por un imbécil maestro revocador. Su fisonomía es una cromolitografía que reproduce un cuadro de alto valor artístico: es el heredero del genio que le lega constantemente sus más preciados bienes; veo en espíritu, sobre su gorro de dormir, el verde turbante que le caracteriza como descendiente del Profeta. El genio no le dejará, en verdad, penetrar en su mundo interior que á él sólo pertenece; nada tiene allí que ver la mayoría; á él sólo le compete saber cómo él mismo piensa y siente; pero en cuanto sale de su mundo interior, en cuanto

no se contenta con ejercer influencia no más que por su ejemplo y con obrar solamente para sí mismo, le es preciso despojarse del traje especial de la originalidad y llevar el uniforme de la trivialidad. Ya no es entonces sino un *filisteo* honorario, uno de tantos entre los demás. En Inglaterra, un príncipe ó un lord que quiere representar un papel cualquiera en la administración de la Villa, tiene que hacerse admitir é ingresar en una corporación, tiene que convertirse de nombre en un sastre ó tundidor de paños ó algo análogo: esto es exactamente lo que yo quiero decir.

II

PSICO-FISIOLOGÍA DEL GENIO Y DEL TALENTO

I

Es conveniente hacer que preceda á las consideraciones que forman la trama de este capítulo una definición lo más clara y precisa que sea posible de los conceptos que constituyen su objeto. ¿Qué es un talento? ¿qué es un genio? La respuesta á estas preguntas consiste ordinariamente en unos cuantos vagos desatinos manoseados, en los cuales predominan los sustantivos admirativos y los adjetivos laudatorios; no podemos contentarnos con tan poca cosa; no son flores de retórica galana lo que necesitamos, sino una sobria explicación. Ahora bien: creo que nos aproximamos mucho á la verdad, diciendo: un talento es un sér que realiza actividades general ó frecuentemente practica-

no se contenta con ejercer influencia no más que por su ejemplo y con obrar solamente para sí mismo, le es preciso despojarse del traje especial de la originalidad y llevar el uniforme de la trivialidad. Ya no es entonces sino un *filisteo* honorario, uno de tantos entre los demás. En Inglaterra, un príncipe ó un lord que quiere representar un papel cualquiera en la administración de la Villa, tiene que hacerse admitir é ingresar en una corporación, tiene que convertirse de nombre en un sastre ó tundidor de paños ó algo análogo: esto es exactamente lo que yo quiero decir.

II

PSICO-FISIOLOGÍA DEL GENIO Y DEL TALENTO

I

Es conveniente hacer que preceda á las consideraciones que forman la trama de este capítulo una definición lo más clara y precisa que sea posible de los conceptos que constituyen su objeto. ¿Qué es un talento? ¿qué es un genio? La respuesta á estas preguntas consiste ordinariamente en unos cuantos vagos desatinos manoseados, en los cuales predominan los sustantivos admirativos y los adjetivos laudatorios; no podemos contentarnos con tan poca cosa; no son flores de retórica galana lo que necesitamos, sino una sobria explicación. Ahora bien: creo que nos aproximamos mucho á la verdad, diciendo: un talento es un sér que realiza actividades general ó frecuentemente practica-

das, mejor que la mayoría de los que han tratado de adquirir la misma aptitud; un genio es un hombre que imagina actividades nuevas aún no practicadas hasta que él las realiza, ó bien, que practica actividades conocidas según un método completamente propio y personal. Defino, de propósito deliberado, el talento como un sér y el genio por lo contrario, como un hombre; con efecto, el talento no me parece en modo alguno limitado á la humanidad; existe sin duda alguna también en el reino animal: un perrito de aguas al cual pueden enseñársele ejercicios más complicados que á cualesquiera otros perros, es un talento, como también lo son un canario ó un jilguero que cántan mejor que sus congéneres y aun quizás también un sollo más diestro en la caza ó un gusano de luz más luminoso que los otros. Un genio, por lo contrario, en cuanto manifestación individual, no puede imaginarse sino en el hombre; ateniéndonos á nuestra definición, consiste en que un individuo sigue nuevas vías nunca abiertas antes de que él las haya trazado: he ahí lo que no hace ningún individuo del reino animal, por lo menos en cuanto alcanza á determinarlo la observación huma-

na; las especies pueden hacerlo y pueden por tanto, estar dotadas colectivamente de genio; el conjunto de los séres vivos lo hace de seguro: la evolución de los organismos, desde el ser unicelular hasta el hombre, así lo demuestra. Se puede, pues, decir: el mundo orgánico en su conjunto es un genio; evolución y genialidad son sinónimos; y la teoría de la descendencia no es otra cosa sino la comprensión y la proclamación de la operación de un genio en el mundo orgánico. Existe ciertamente también en el individuo animal una cierta libertad de desarrollo, una tendencia á desviarse del tipo de raza heredado, puesto que es preciso que las modificaciones que observamos en la estructura y en la manera de ser de las especies, al cabo de transcurridos largos espacios de tiempo, hayan sido llevadas á cabo y realizadas en los individuos; pero en el animal individuo, la desviación con respecto al tipo antiguo y la tendeneia al nuevo son tan poco pronunciadas que no debemos tomarlas en cuenta, porque no podemos notarlas ni percibir las; una abeja que en vez de un alvéolo exagonal construyese uno octogonal ó cuadrangular, una golondrina que encontrase una forma nueva para su nido

un buey que se defendiera hasta la muerte antes que dejarse uncir al yugo, serían unos genios entre los animales; en el mundo, sin embargo, no se han visto todavía fenómenos de ese género, mientras que hemos visto hombres capaces de realizar desviaciones equivalentes con respecto á las actividades heredadas.

Existe, pues, entre el talento y el genio, no una diferencia cuantitativa, sino una diferencia cualitativa. No se me oculta, á este respecto, que se puede en último término, reducir toda diferencia á una cuestión de más ó menos; bastará con un ejemplo: para llegar á ser profesor de historia, se necesita en cierta medida tener memoria, voluntad y discernimiento; estas cualidades reunidas no hacen sin embargo de quien las posee sino un hombre mediocre que sale del paso, todo lo más, un talento estimable. Pero cuando existen en un grado de vigor extraordinario, su poseedor puede convertirse en un gran hombre de Estado, en un dominador de hombres que dará acaso una nueva faz á la historia de los pueblos y al cual se debe calificar de genio. La diferencia, es cierto, estriba únicamente en la magnitud distinta de las

mismas cualidades, pero es, sin embargo, tan importante que los dos fenómenos, diferentes tan solo bajo el punto de vista cuantitativo, producen la impresión de ser diferentes en su esencia misma y de no tener ningún lazo de parentesco. Del propio modo, el Mont-Blanc y un grano de cuarzo no difieren el uno del otro sino cuantitativamente; en el fondo son una sola y misma cosa: al grano de cuarzo le bastaría con ser suficientemente grande para convertirse en el Mont-Blanc y á éste le bastaría con achicarse hasta una dimensión casi imperceptible, para ser el grano de arena. Estimamos, sin embargo, que la sola diferencia de magnitud basta para hacer de dos cosas, idénticas en su esencia, fenómenos tan radicalmente diferentes como el Mont-Blanc y el grano de arena.

II.

En el precedente capítulo, *Mayoría y Minoría*, he tratado ya de demostrar que todo organismo no posee la facultad de responder por medio de reacciones del sistema nervioso

y muscular, es decir, por medio de ideas y de actos personales y nuevos, á las impresiones que vienen de fuera. Esto sólo puede hacerlo un organismo singularmente perfeccionado, singularmente rico en fuerza vital; el genio, cuya cualidad esencial creo reconocer en el poder de elaborar de un modo propio suyo las apercepciones del mundo exterior, tiene por ende por premisa un desarrollo orgánico superior; el teclado de su espíritu posee, en cierto modo, una octava más que los otros organismos; ni aplicación ni ejercicio alguno pueden producir esta mayor extensión que sólo ha de resultar de la construcción del instrumento. Goethe dice, así como si fuera cosa de juego y como si se tratara de la cosa más natural del mundo: «sumergíos tan solo en plena vida humana»; el bufón en cuyos labios pone este verso, es un espíritu malicioso que las coge al vuelo; el consejo parece una inocentada y no es de hecho sino la orgullosa jactancia de un espíritu muy seguro de sí mismo; «¡sumergíos tan sólo en plena vida humana!»: ¡en verdad!, la receta es segura, pero tiene que ser un genio quien la siga; el hombre ordinario y aun el hombre dotado de condiciones, no sa-

be en modo alguno cómo tiene que arreglárselas para hacerlo y cuando lo intenta, vuelve á la superficie con las manos vacías. Y esto es porque el hombre del tipo medio, y también cuento en esta categoría al talento, no vé en modo alguno el mundo, sino tan solo su reflejo en los ojos del genio; vé la «plena vida humana» no plásticamente en relieve ante él, sino sólo como sombras chinescas proyectadas sobre la pared por la linterna mágica del genio. Tratará en vano de asir con las manos estas sombras multicolores y móviles: no lo conseguirá; el fenómeno del mundo constituye una primera materia, con la cual nada puede hacer el hombre que es uno de tantos, de la cual sólo el genio puede formar alguna cosa que enseguida aquél alcanza también á comprender. Si el hombre del tipo medio ve las cosas y los sucesos en grupos fijamente limitados, es porque el genio ha establecido los grupos; si el mundo y la vida se ofrecen ante él bajo la forma de cuadros sinópticos, es porque el genio los ha resumido y como encerrado en marcos fijos; el hombre del tipo medio siente, juzga y obra como el genio ha sentido, juzgado y obrado ante él por primera vez: en cuanto á los fenóme-

nos que el genio no ha elaborado orgánicamente, pasa ante ellos sin notarlos, sin que le produzcan sensación alguna, sin juzgarlos.

No puedo hacer que resulte más clara esta relación mejor que tomando una comparación del mundo orgánico: las materias que todo sér vivo necesita para su nutrición, singularmente el carbono y el ázoe, existen en todas partes, sobre la tierra, en cantidad prácticamente ilimitada; pero los animales no pueden servirse de ellas, no pueden emplearlas bajo la forma en que la naturaleza se las ofrece primitivamente. En una atmósfera sobrecargada de ácido carbónico, sobre un suelo excesivamente rico en nitratos, un animal tendría que perecer miserablemente; sólo la planta, y entre ellas, sólo la planta que tiene clorofila se halla en estado de elaborar estas materias primeras en elementos nutritivos, y sólo cuando la planta ha elaborado en su propio organismo el carbono y el ázoe, llegan éstos á ser capaces de servir de alimento al animal. Lo propio absolutamente acontece con el genio y el no genio, talento inclusive; el no genio no puede digerir la naturaleza, asimilársela, transfor-

marla en partes constitutivas de su propia conciencia: vé los fenómenos, pero no se forma de ellos imagen ninguna; percibe el sonido, pero ni entiende su significación ni lo interpreta; el genio, por lo contrario, tiene en sí mismo algo de particular, como si fuera una especie de clorofila, que le hace capaz de formar con ayuda de los fenómenos, representaciones mentales acabadas que el espíritu humano ordinario puede luego recibir en su conciencia. Darwin traza, en el primer capítulo de su *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, un cuadro sorprendente de la vida sobre las rocas absolutamente desnudas de San Pablo, en medio del Océano Atlántico: dos especies de pájaros se encuentran allí: el buaro, especie de cernícalo y una especie de golondrina de mar, el gran pigargo de Buffón; sobre los pájaros éstos, viven como parásitos una mosca, una especie de garrapata y un pteróforo; con sus excrementos se alimentan una especie de estercorario y una larva de la madera; numerosas especies de arañas tienden su tela en la que se quedan sujetas las moscas y las tarmas, y puede añadirse, lo que no dice Darwin, que alrededor de estos animales superiores, bulle

seguramente todo un mundo de seres microscópicos, de infusorios, micrococos y bacterias. Basta, pues, con que un solo pájaro pose su nido en San Pablo, para transformar inmediatamente la roca árida en un medio adaptado á la nutrición de una serie bastante vasta de criaturas, que sin este pájaro no podrían subsistir un solo día en aquel paraje.

Un hecho de todo punto semejante es, por ejemplo, el del nacimiento de una literatura en un pueblo: un genio transforma por medio de los órganos digestivos intelectuales que sólo él posee, las impresiones de los sentidos en una obra de arte susceptible de ser comprendida y digerida por los demás humanos. Inmediatamente surge todo un enjambre de seres parasitarios: primero se revelan los imitadores que repiten y varían más ó menos hábilmente la primera obra: son en cierto modo las moscas y las garrapatas que se nutren con la sangre de las golondrinas de mar; luego se fundan escuelas críticas y estéticas que no tienen ya nada que ver con la naturaleza desnuda y se ocupan solamente de los resultados de la digestión de esta naturaleza por el genio y sus imitadores: son

en cierto modo las arañas que apresan á las moscas y los estercorarios que se alimentan con excrementos; en fin, aparecen los historiadores de la literatura que narran con mucha prosopopeya como todo ello ha ocurrido: por lo que á estos se refiere no encuentro de pronto el organismo correspondiente entre los de la roca de San Pablo, puesto que no quisiera asimilarlos á los microbios. Tenemos ya, pues, una gran literatura nacional con obras de segundo orden, sistemas estéticos, ingeniosos trabajos críticos, historias literarias y monografías sobre capítulos sueltos de ésta, sabios comentaristas de todos estos libros y toda una corporación de profesores que viven de ello, entregándose sobre el asunto, desde el principio al cabo del año, á lucidas disertaciones; y toda esta biblioteca, con su apéndice vivo de eruditos, tiene su punto de partida y su razón de ser únicamente en las creaciones de algún candoroso genio que no era ni erudito ni profesor y que ha producido su obra maestra como el manzano da manzanas, porque su disposición orgánica le impulsaba á producirla, y todos los demás hombrecillos que han seguido sus huellas, no hubieran sabido, puestos frente á la

naturaleza desnuda, decir tan siquiera: ¡bél, ni aun hubieran ellos mismos surgido, como tampoco hubiese aparecido sin el pájaro que le hace posible la existencia, el minúsculo mundo animal de la roca de San Pablo.

El genio estriba, pues, en un desarrollo orgánico primitivamente superior; el talento, en un pleno desarrollo adquirido mediante la aplicación del ejercicio, de las disposiciones naturales que en el seno de una raza dada, posee la mayoría de los individuos sanos y normales. Si ahora yo llego á afirmar que el genio tiene una base fisiológica, una estructura especial, existe fundamento para preguntarme cuál es el tejido cuyo desarrollo más rico produce el genio. La pregunta parece bastante escabrosa; no sería, sin embargo, la respuesta quizá tan difícil, si el genio ó el talento fuesen fenómenos simples; se podría en ese caso, llegar por un método muy sencillo á la solución de la dificultad: tenemos un caso en que existe una asombrosa memoria; hé aquí otro caso, caracterizado por una extraordinaria voluntad; evidentemente en estos dos casos, los centros cerebrales que presiden á la memoria ó á la voluntad deben

estar singularmente desarrollados. Cuáles son estos centros, es lo que todavía no se sabe exactamente, pero se les descubrirá con el tiempo y ya se está en camino de encontrar algunos de ellos. Si esto fuera así, el análisis y la explicación de los fenómenos intelectuales excepcionales, serían juegos de niños, pero desgraciadamente las cosas no son tan sencillas; genio y talento son fenómenos excesivamente complejos y raramente se explican por el relieve extraordinario de una sola facultad intelectual fundamental; aunque lo más frecuente sea que una determinada facultad predomine y pueda ser verificado su predominio por un estudio exacto, casi siempre varias facultades fundamentales participan, si bien en desigual medida, á la producción del fenómeno total del genio ó del talento y las diversas proporciones en las cuales entran en la combinación, se expresan en resultados finales tan diversos que es, con frecuencia, excesivamente difícil concluir de estos á sus causas orgánicas. Todo el arte del análisis psicológico del genio como del talento consistirá, pues, en disolver en sus partes constitutivas simples lo que se presenta como un conjunto de una sola pieza y en remon-

tarse hasta la fuente de éstas en el organismo.

III

Todo hombre culto sabe hoy que nuestro sistema nervioso central, es decir, el cerebro y el cerebelo, la médula alargada, la médula espinal, los nervios sensoriales y motores, no constituye un órgano único de función simple, como, por ejemplo, el corazón ó los riñones, sino un conjunto de numerosos órganos, emparentados en verdad por su naturaleza, pero que presiden, sin embargo, funciones muy diferentes. Lo propio acontece con el aparato digestivo: el trayecto entero de los intestinos, desde la puerta de entrada á la de salida, con todos sus apéndices, forma un único aparato cuyas partes concurren juntas al objeto de hacer servir las materias nutritivas introducidas, mediante una modificación mecánica y química conveniente de ellas, á la construcción y á la conservación del organismo; pero, ¡cuán diferentes son las partes aisladas de este aparato!: las glándulas salivales de

la boca nada tienen de común con el páncreas y el hígado, el estómago está constituido de un modo diferente al del intestino delgado, las glándulas que elaboran pepsina difieren bajo todos aspectos de las biliosidades intestinales. Aquí, se efectúa la secreción de un jugo que transforma en azúcar el almidón; allí, la de otro jugo que hace soluble la albúmina insoluble; tal tejido no tiene más ocupación que hacer avanzar el bolo alimenticio, tal otro está encargado, por lo contrario, de cerrarle momentáneamente el camino y de obligarle á detenerse, aquel otro está exclusivamente destinado á la absorción. Del mismo modo, el sistema nervioso central realiza en su totalidad la gran labor general de establecer relaciones entre el *yo* y el *no yo*, ó para emplear una expresión menos filosófica, entre el mundo exterior y el individuo, de transformar impresiones en conciencia y de hacer reobrar la conciencia sobre el mundo, pero este trabajo se divide en numerosos actos particulares muy diferentes los unos de los otros, actos realizados por partes completamente distintas del cerebro y de la médula espinal.

Voy á explicar esto con un solo ejemplo:

consideremos el acto de ver: para el profano parece sencillísimo tomar un periódico y leer lo que contiene, y comprenderá inmediatamente que no pueda hacerlo un ciego; por lo contrario, se quedará muy asombrado quizá, si se le dice que no basta con tener ojos que vean para realizar la acción de leer; que es preciso, además, la cooperación de una serie de otros órganos situados en el cerebro y que la lectura no es posible si uno tan sólo de estos órganos no trabaja correctamente. El globo ocular representa un aparato á la manera de la cámara oscura, sobre el fondo de la cual se forma una imagen reducida y tan clara como es posible del mundo exterior; este fondo está formado por una expansión del nervio óptico cuyos elementos sufren bajo la influencia de los rayos luminosos, una alteración química análoga á la que experimenta una placa sensible en el acto de fotografiar; la noción de esta alteración, de su calidad y cantidad, es decir, la imagen proyectada sobre el fondo del ojo, es conducida al cerebro; la impresión es sentida en una región del cerebro situada, según toda probabilidad, en la parte posterior de la cápsula interna; la interpretación de la impresión, por último, se verifica en otro si-

tio del cerebro que según las investigaciones de Kussmaul, de Westphal y otros, se puede colocar con bastante certeza, en el lóbulo occipital izquierdo inferior de éste. El ojo refleja, pues, el mundo exterior; el reflejo es conducido por el nervio óptico á la cápsula interna; la cápsula interna transforma el reflejo en una impresión sensorial, es decir, en una percepción; ésta es transmitida á la corteza gris y elaborada por ella en una percepción consciente. Si el ojo es incapaz de funcionar, el mundo exterior no se refleja en un sitio útil y la relación entre el *yo* y el *no yo* queda en esta vía, la del sentido visual, completamente interceptada; si el nervio óptico está enfermo, el reflejo del mundo exterior se forma sin duda en el sitio congruente, pero la imagen no llega allí donde sólo es percibida; si la parte posterior de la cápsula interna no está en orden, la imagen llega al cerebro, pero allí no hay, por decirlo así, nadie que pueda recibirla: es como si un hilo telegráfico permaneciese intacto y el aparato receptor no funcionara ó no lo hubiera en la oficina del telégrafo; la imagen en este caso no es percibida; si, por último, la corteza gris del lóbulo occipital iz-

quierdo inferior está desorganizada, la imagen es sin duda percibida, pero no comprendida, no interpretada; se ve, pero no se sabe lo que se ve: es, siguiendo la comparación con el telégrafo, como si el aparato receptor funcionara y el despacho fuese recibido en la oficina, pero no pudiera ser remitido á su destino. Así es como cada actividad intelectual particular, cada acto de voluntad, cada sentimiento, cada representación, por simples y desnudas que aparezcan, son en realidad algo muy complicado, á cuya producción participan numerosas partes, es decir, órganos que son esencialmente diferentes del sistema nervioso central.

Estos órganos particulares, situados en lo interior de la médula espinal y del cerebro son llamados centros y se les ha colocado según una jerarquía; se habla de centros inferiores y de centros superiores: la función que cumplen determina naturalmente su rango en la escala de la dignidad. Pero en la evaluación del valor de estas funciones se ha considerado menos su importancia para el mantenimiento de la vida, que la parte que tienen en la producción de la esencia específicamente humana; hay facultades que sólo el

hombre posee, por ejemplo: el don de la abstracción ó el lenguaje; otras de que también participan los animales: la memoria, la voluntad; otras, por fin, que son comunes á todos los seres vivos: como la nutrición; (entiéndase bien, dicho sea incidentalmente, que aun la más humana de todas las facultades, es decir, precisamente la abstracción ó el lenguaje citados como ejemplo, no es exclusivamente humana, en el sentido de que aparece plenamente desarrollada en el hombre, sin estar indicada ni aun por el menor vestigio en los animales inferiores á él; según los trabajos de Romanes, no cabe la menor duda que la vida intelectual humana no es sino un más alto desarrollo de la vida intelectual animal, y que la naturaleza, en esto como en todo, no conoce más que líneas de evolución ininterrumpidas; pero ni saltos ni soluciones de continuidad. No obstante, no es éste el lugar de insistir sobre este punto. La dignidad de una función, por consiguiente también del centro que la preside, está en relación inversa de la frecuencia con que se presenta en el mundo orgánico y de su importancia para la conservación de la vida. Sin los hechos más ó menos simples y complicados de

la nutrición, es decir, sin digestión, respiración ni circulación de la sangre, el organismo no podría subsistir por un momento; pero los centros de digestión en los ganglios del simpático, los centros medulares y cardiacos que rigen la actividad de los músculos torácicos y del corazón, son los más inferiores de todos. Los movimientos de los miembros, y singularmente la combinación precisa de estos movimientos, que hace posibles la marcha, la prehensión, etc., son ciertamente, muy importantes para el individuo, pero se puede, sin embargo, vivir sin ellos; los centros de los movimientos musculares y de su concordancia exacta (la expresión técnica es *coordinación*) en la médula espinal y verosimilmente en los pedúnculos cerebrales, quizá también en el cerebelo, son ya superiores. Memoria, juicio, imaginación, en fin, son para el organismo total, no una necesidad vital sino un lujo agradable; el individuo puede muy bien vegetar sin ellos años y decenas de años, pero los centros de estas facultades situados en la corteza gris son los más elevados. Esta jerarquía no es en modo alguno arbitraria, sino ajustada á razón; cuanto más una función es general y necesaria, tanto

más su instrumento es simple y grosero; en la medida en que la función se vá haciendo más especial y más diferenciada, el instrumento ha de hacerse también más fino, más complicado y por consiguiente más delicado: un arado es de mayor necesidad y es empleado por mayor número de gentes que un cronómetro; éste es más necesario y está más generalizado que un instrumento de precisión para la comparación exacta de un metro con el metro tipo de París; pero el arado es mucho más grosero y más sencillo que el cronómetro y éste es mucho más grosero y más simple que el instrumento de precisión; no es fácil destruir un arado; un reloj necesita ya ser tratado con alguna más delicadeza, pero todavía resiste á una porción de choques; en cuanto al instrumento de precisión, basta para desarreglarlo el sacudimiento que produce en el suelo un coche que pasa á lo lejos. No de otro modo ocurre con los centros nerviosos: cuanto más el trabajo que le es reclamado, es individual, especial y exclusivo, tanto más tienen que ser complicados, finos y por consiguiente, delicados. La nutrición es un acto comparativamente grosero; en rigor, no habría necesidad de órga-

nos particulares para realizarla, del mismo modo que por ejemplo, se podría trazar un surco sin arado, con un palo ó una piedra y aun con la mano, sólo que con menos facilidad y comodidad; la gota más ínfima y más simple de protoplasma tiene la facultad de nutrirse, en el sentido más amplio, mediante la suscepción de materias sólidas, líquidas y gaseosas, es decir, la facultad de digerir y respirar. Si nosotros tenemos necesidad para nutrirnos de poseer instrumentos sumamente complicados, tales como los sistemas de la circulación de la sangre, de la respiración y de la digestión, es porque nuestro organismo tiene que realizar actos más complicados que una gotita de protoplasma y no puede prescindir de la división del trabajo; así es como, por ejemplo, un ministro del Estado no tiene tiempo para guisar él mismo su comida ni para hacerse sus trajes, trabajo que muy bien puede, por lo contrario, realizar el *lazzarone* napolitano. No obstante, la nutrición, aún en nuestro organismo complejo y que funciona con una amplísima división de trabajo, es una tarea subalterna y sencilla y los centros que la presiden son tan groseros que resisten el máximo de tiempo á las in-

fluencias destructoras, y de hecho, son los últimos que mueren; también los centros motores son así mismo bastante subalternos, y por esta razón, proporcionalmente resistentes; es poca cosa lo que tienen que hacer estos centros que se encuentran en la médula espinal; cuando los nervios sensitivos les transmiten la percepción de que una fuerza exterior obra sobre una parte cualquiera del cuerpo, ya se manifieste esa fuerza bajo la forma de un simple contacto ó de un dolor, tienen que incitar á contraerse á grupos musculares determinados, impedir que otros lo hagan y suscitar de este modo un movimiento eficaz que sustraiga el cuerpo al efecto de la fuerza exterior; ésto es lo que se llama un movimiento reflejo que se verifica sin mandato de la conciencia, aún sin que ésta tenga de él conocimiento; hasta puede realizarlo una rana á la cual se ha despojado del cerebro. Los centros motores medulares son muy bastos, por no decir estúpidos: no pueden discernir la causa determinante de las percepciones que les son transmitidas; no pueden responder á las excitaciones exteriores sino mediante las más sencillas medidas motoras; si el cuerpo puede quedar expuesto sin peligro á la fuerza

exterior, un centro superior tiene que ordenarles que permanezcan quietos; si, por lo contrario, el simple movimiento de retroceso no es suficiente, si el cuerpo tiene, por ejemplo, que correr ó saltar para sustraerse á una acción exterior, un centro superior tiene también en este caso que ordenarles que pongan en movimiento á los grupos musculares cuyo conjunto produce la carrera ó el salto. Los centros cerebrales, por último, que producen la voluntad y la conciencia con todo su contenido son los más elevados, puesto que su actividad es la más variada y la más compleja, es la más exclusivamente humana y necesita para ser cumplida convenientemente, un tan preciso y justo engranaje de tantas partes delicadas, que bastan pequeñísimas influencias para trastornar este aparato ultrasensible, del propio modo que muy pequeñas incitaciones son suficientes para ponerle en actividad. Cuánto más elevado es un centro, tanto más tardamente llega á la madurez, tanto más tiempo trabaja el organismo para perfeccionarlo, tanto más rápidamente se usa; la jerarquía de los centros no es, pues, arbitraria, no está determinada según apreciaciones individuales sobre la

mayor ó menor importancia de sus funciones, sino que está establecida por la naturaleza misma. Un gastrónomo delicado se empeñaría en vano en decir: «opinión por opinión: yo coloco el centro de nutrición por encima del centro de la memoria ó del juicio;» habría que responderle que sus inclinaciones personales le inducen en error, que el centro de nutrición no puede ser el más elevado, puesto que está extendido en todo el reino animal, aparece en el primer instante de la vida individual, dura hasta la caducidad extrema del organismo y opera un trabajo constantemente uniforme que no es jamás modificado individualmente, mientras que los centros de la memoria y del juicio no aparecen sino en los animales superiores, no se manifiestan en la vida individual sino en un cierto nivel de desarrollo, se convierten en obtusos é incapaces de funcionar por regla general, antes de la muerte natural del organismo y producen un trabajo que ha de amoldarse á todas las modificaciones de las circunstancias exteriores.

La nueva biología darwinista, que ya fue presentada por Virchow, hasta llega á concebir el más alto organismo animal, el del hom-

bre, tan solo como una colonia de simples seres vivos, dotada de una división de trabajo llevada muy lejos y que produce una modificación necesaria de los individuos de esta colonia. En un principio, cada célula de las cuales estamos formados, constituye un organismo en sí misma que puede realizar todo lo que es necesario á un organismo con voluntad de existir; la célula puede, pues, nutrirse, reproducirse por división, según el tipo más simple y moverse por medio de la contracción de su protoplasma; pero al reunirse en innumerables millones para formar un organismo animal ó humano, las células no participan de estas diferentes ocupaciones; cada cual de ellas no puede sino cumplir un trabajo determinado, olvida los otros trabajos y tendría que perecer, si las otras células no hicieran para ella y en vez de ella lo que ella ya no puede hacer: el glóbulo rojo puede absorber oxígeno y llevarlo á todos los tejidos, pero ya no puede moverse ni reproducirse; la fibra muscular puede moverse y arrastrar con ella las otras partes del cuerpo, pero no podría incorporar á su propia sustancia, tomándolas de la naturaleza, materias nutritivas no preparadas, ni reproducirse, etc.

A despecho de la completa igualdad primitiva de las partes reunidas, ó para no salirnos de nuestra expresión anterior, de los ciudadanos reunidos de la colonia, se ha formado en ella una jerarquía muy severa; el organismo es una sociedad compuesta de proletarios, burgueses y clases directoras; encierra elementos que representan los grados más diversos de desarrollo de la vida animal. Los corpúsculos de la sangre y las células linfáticas no son de un orden más elevado que las bacterias, con las cuales tienen á menudo que luchar y por las cuales á veces son vencidos, aunque, por regla general, se muestran más fuertes que ellas; la médula espinal no es de un orden más elevado que, por ejemplo, la de una rana; el centro de sensación no es más elevado que el de un hombre de la raza más inferior, un bosquimano, por ejemplo; únicamente los centros más nobles del pensar y del juicio elevan el organismo indeterminado por encima de todos los demás seres vivos y hacen de él, no ya un sér vivo en general, no un animal vertebrado, no un hombre á secas, sino un hombre determinado, un individuo que se distingue de todos los demás y domina á todos los demás, cuando estos

centros están especialmente desarrollados.

La jerarquía en el organismo no excluye por otra parte, una cierta independencia de cada una de las clases: podría decirse que reina en ellas un constante conflicto entre principios democráticos y aristocráticos. Los centros inferiores no se someten de buen grado al mandato de los superiores; los superiores tratan en vano de sustraerse á la tiranía de los centros inferiores; los centros cerebrales no pueden impedir que los centros de nutrición cumplan su trabajo, no pueden sujetarles á cumplir este trabajo de tal ó cual manera, más rápida ó más lentamente; las operaciones de los corpúsculos de la sangre, de las glándulas linfáticas, etc., se sustraen completamente á la acción de la conciencia y de la voluntad; solamente de un modo indirecto los centros cerebrales pueden mostrar que á pesar de todo son los más poderosos: tienen el poder de negar á los centros inferiores las condiciones en las cuales únicamente pueden estos ejercitar su actividad, impidiendo, por ejemplo, la introducción de alimentos en el estómago, de aire en los pulmones y haciendo así imposible á las glándulas digestivas y á los glóbulos de la sangre el

cumplimiento de su deber. Recíprocamente, los centros inferiores mantienen también á los centros elevados en una estrecha dependencia, puesto que estos no pueden suministrar lo mejor de su trabajo sino cuando aquellos realizan regular y completamente su función.

No existen tan sólo tendencias democráticas en las clases bajas de la colonia que constituye el organismo: todo el derecho público de ésta, es democrático, ó, por lo menos, no es monárquico; no tenemos un centro único que gobierne de un modo omnipotente, como un rey absoluto, sobre todos los centros del organismo, sino varios centros con iguales derechos y que ocupan en la colonia orgánica exactamente el mismo rango. Entre estos centros, tres por lo menos, pueden pretender que se les considere como el triunvirato que ejerce en el organismo derechos soberanos: son los centros de la conciencia, de la memoria y de la voluntad; —bien entendido que es una mera hipótesis atribuir á estas tres actividades centros determinados; hasta ahora, esto no está probado y un análisis más profundizado podría acaso demostrar que la conciencia, la memoria y la voluntad no son

simples, sino complejas y reductibles á elementos fundamentales;—estos centros influyen mútua y recíprocamente los unos sobre los otros, pero son independientes los unos de los otros; para que su actividad sea ventajosa y útil al organismo, deben concordarse entre ellas, pero esta armonía falta á veces, en los casos de enfermedades del cerebro y aun en plena salud intelectual aparente: se pierde á veces la memoria, pero se conserva la conciencia; del propio modo, conservando la conciencia, se puede perder la voluntad; voluntad y memoria subsisten por otra parte con la pérdida de conciencia, por ejemplo, en el sonambulismo ó en ciertas formas del hipnotismo. Y hasta cuando los tres centros trabajan normalmente, siguen no obstante, de ordinario cada uno su propio camino que puede evidentemente ser paralelo al de los otros, pero que está lejos de serlo siempre; sabemos que la memoria es por completo independiente de la voluntad: lleva á veces á nuestra conciencia representaciones que no hemos ni buscado ni reclamado, y á veces se niega tenazmente á llevar otras que hacemos esfuerzos violentos por recordar; del propio modo, la voluntad es indepen-

diente de la conciencia y de todo su contenido; por más que queremos persuadirnos, desplegando todas las fuerzas de nuestro juicio, de que debemos realizar un acto determinado, no lo realizamos á pesar de todo: la conciencia está plenamente convencida, pero la voluntad no lo tiene en cuenta; ó bien, nos probamos á nosotros mismos con razones irrefutables que debemos abstenernos de un acto determinado: la voluntad escucha, deja decir y hace en fin de cuentas aquello contra lo cual se rebela la conciencia. Los centros superiores permanecen, pues, independientes los unos con respecto de los otros; á veces obran de acuerdo, otras veces entran en conflicto y se disputan á la verdad, durante toda la vida, la influencia preponderante en el organismo.

Ya lo hemos visto en el capítulo precedente: únicamente en un desarrollo muy rico y muy perfecto, los centros más elevados se hallan en estado de formar nuevas combinaciones, es decir, de responder á las impresiones exteriores por medio de pensamientos y de actos no usados hasta entonces y de los cuales no hay ningún ejemplo, mientras que esos mismos centros, en un desarrollo menos

elevado, no trabajan sino de una manera tradicional y heredada, es decir, funcionan exactamente como ellos mismos han funcionado anteriormente en semejantes ocasiones y como, ántes que ellos, han funcionado los progenitores. Toda actividad que se ejercita repetidamente está organizada, es decir, que la relación que han de guardar los neuronas los unos respecto de los otros para producir esta actividad, se hace fija y estable y la actividad se efectúa automáticamente.

A pesar de todo cuanto Herbert Spencer puede alegar contra las comparaciones y las imágenes destinadas á explicar los hechos psicológicos, no dejan de ser éstas un buen medio para hacer que claramente comprendan hasta los profanos, una materia tan difícil; no vacilo, pues, en emplear un ejemplo grosero y por eso mismo, más fácilmente comprensible, para explicar lo que se entiende por actividad no organizada y por actividad organizada de los centros cerebrales. La actividad organizada es, comparada á la actividad no organizada, lo que es el repertorio de una caja de música con relación á la ejecución que realiza un artista; la caja de mú-

sica reproduce en cuanto se le da cuerda, nota á nota, las piezas de su repertorio, pero no puede naturalmente servir para tocar otra cualquiera pieza distinta; el artista, por lo contrario, interpretará cuantas piezas musicales se le presenten, y si para ello tiene condiciones, podrá también inventar nuevas piezas y no limitarse á ejecutar composiciones ajenas. Por lo que se refiere á la masa de los hombres, los centros cerebrales son como las cajas de música: no tocan más que las piezas introducidas y organizadas en ellos; pero ¿quién es el mecánico que ha dispuesto este mecanismo en vista de determinadas piezas de música?: es la serie de los antecesores que han tocado siempre del mismo modo estos trozos de música, hasta que el instrumento que primitivamente resonara bajo el libre juego de los dedos, se hizo automático. En los hombres excepcionales, por lo contrario, los centros cerebrales son como los artistas: pueden tocar composiciones que no han oído anteriormente; su repertorio no consiste en unos cuantos trozos, siempre los mismos, machaconamente repetidos, sino que cambia continuamente y sin limitación de número de piezas.

Queda una postrer cuestión; ¿por qué actividades, cualesquiera, ejercitadas con frecuencia, acaban por organizarse? ó, para ceñirnos al ejemplo escogido: ¿por qué una pieza de música, ejecutada libremente varias veces, queda al fin y al cabo incorporada al repertorio de la caja de música? Mi respuesta no puede ser más que una hipótesis, pero que está de acuerdo con todo lo que sabemos acerca de las leyes de la naturaleza; esto se produce por efecto de la ley universal, formulada por primera vez por Leibnitz, en virtud de la cual todo se hace en la naturaleza con el menor gasto posible de fuerza. Cuando la voluntad ó la conciencia tienen que formar nuevas combinaciones, esto exige un gran gasto de fuerza nerviosa; cada tiempo del trabajo debe ser especialmente ordenado y vigilado; pero este gasto se economiza cuando es posible realizar automáticamente actividades con frecuencia repetidas. Basta entonces con una impulsión única, dada por una simple impresión sensorial ó por una orden de la voluntad ó de la conciencia, para poner el mecanismo en movimiento y el trabajo se realiza desde el principio hasta el fin sin que los centros supremos tengan que vi-

gilarle, intervenir ni dar órdenes detalladas. Este es, sin duda, el motivo por el cual actividades frecuentemente ejercitadas no son ya libremente realizadas por los centros supremos, sino que se efectúan automáticamente, es decir, orgánicamente; esta tendencia á la economía de trabajo y de fuerza mediante la más amplia transformacion posible de actividad libre en actividad automática, es tan fuerte, que tiende á prevalecer de continuo, no sólo en la especie, sino también en el individuo. No se necesita una larga serie de generaciones para organizar una función en los centros que la suministran; esto sucede en poco tiempo, en mucho menos tiempo que la duración de una sola vida humana. Aun el más poderoso organismo, es decir, según mi explicación precedente, el más original, ve su originalidad convertirse en automática, y si continúa siendo original, comparado á los demás organismos, ha dejado ya de serlo, comparado á sí mismo; se convierte en cierto modo, en la caja de música que toca mecánicamente sus propias composiciones; así se explica que el genio más personal acaba por hacerse amanerado, y no estaba tan lejos de lo cierto aquel buen hombre que

ante un hermoso cuadro, hacía notar que para producir semejante obra, se necesitaba probablemente tener mucha costumbre de pintar.

Las funciones automáticas de los centros supremos no llegan á nuestra conciencia bajo la forma de ideas, sino bajo la de emociones. Únicamente las actividades que desde el principio hasta el fin se verifican en la conciencia, es decir, que comienzan por una impresión sensorial, que se transforman en una percepción, que son objeto de una interpretación acerca de la causa que las produce, quedan encasilladas en la memoria y provocan un juicio cuya realización está expresamente ordenada á la voluntad; sólo estas actividades son sentidas, experimentadas por el *yo pensante* como ideas claras, de contornos precisos, limitadas fijamente. Por lo contrario, las actividades que se efectúan sin intervención directa de la conciencia, que consisten, por consiguiente, en que un centro recorre mecánicamente, provocado por una incitación, un ciclo de actos organizados, como una caja de música toca su sonata,—estas actividades son tan sólo sentidas como movimientos de alma oscuros y va-

gos, ó para emplear la expresión técnica, como emociones.

Hay que atenerse severamente á esta distinción: forma la premisa de todo lo que me resta por decir en este ensayo. Que no se olvide nunca que lo que llamamos la conciencia no abarca el organismo entero, sino solamente un órgano de éste, un centro cerebral; que es, en una palabra, no *la* conciencia, sino *una* conciencia. Cada centro tiene su propia conciencia, pero el centro supremo, el que es el *substratum* de nuestro *yo pensante*, de nuestra personalidad intelectual, no tiene de él ningún conocimiento, ó no tiene sino un conocimiento obscuro; nuestro *yo*, es decir, el centro cerebral supremo, no sabe nada ó nada de todo punto preciso, acerca de los hechos que ocurren en los centros de la médula espinal y del sistema simpático. Y, sin embargo, es indudable que estos centros tienen también su conciencia, estrecha y subordinada, es cierto; que saben, en todo caso, mediante qué actividad, mediante cuáles órdenes á los tejidos que les están subordinados, han de responder á las excitaciones. Es preciso representarse la conciencia como un ojo íntimo que mira á través de una especie de mi-

microscopio, los centros y su actividad; el campo visual de este microscopio es relativamente pequeño; lo que está fuera del campo, no lo venaturalmente el ojo que observa, como tampoco ve el principio ni el fin de las imágenes que se extienden más allá del estrecho campo visual; la conciencia percibe los últimos resultados de la actividad de otros centros, pero no sus principios ni sus desarrollos; cuando la memoria empuja una representación al campo visual de la conciencia, ésta la vé; pero el cómo esta representación ha sido llevada allí y dónde va á deslizarse luego, esto no lo ve la conciencia. Las cosas suceden del propio modo con respecto á la voluntad; la conciencia ve el efecto de una actividad del centro de voluntad, es decir, un movimiento muscular ó una serie de movimientos eficaces y complejos; pero, el cómo nace la impulsión de inervación, es decir, la fuerza que á través de las vías nerviosas incita á los músculos á la contracción, de eso, la conciencia no tiene conocimiento. La manera como la conciencia siente su propia actividad y la de los otros centros, en tanto que aparecen en su estrecho campo visual, es completamente distinta; los actos

propios que comienzan y acaban en la conciencia, de los cuales ella misma prepara todas las partes, no dejan en ella ninguna incertidumbre, ningún estado de vaguedad insaciable; son, como antes he dicho, ideas, es decir, claridades; por lo contrario, los actos de los demás centros, sólo imperfectamente percibidos, sobre los cuales la conciencia no tiene influencia directa, de los cuales no distingue claramente las fases sucesivas, cuyo principio, desarrollo y término se sus traen á ella, suscitan en la conciencia una especie de malestar y de tensión, de buen grado diría, un esfuerzo visual, la sensación que experimenta un ojo que quisiera ver claramente algún objeto distante, pequeño ó débilmente iluminado, y no puede conseguirlo: es como una comprobación de su limitación propia, una comprobación de debilidad y de imperfección, una curiosidad y una inquietud, un vivo deseo de saber más. Esta sensación es precisamente la emoción que llega á nuestra conciencia como presentimiento, aspiración, excitación indeterminada y deseo flotante y vago.

Las emociones agradables no quedan, como pudiera creerse, fuera de esta defini-

ción; con efecto, un atento análisis descubre en el sentimiento de placer los mismos elementos de vago deseo, de inquietud investigadora y de trastorno de la comprensión, que en la emoción triste, consecuencia de una depresión orgánica. El trabajo de idea clara y precisa, esta actividad del centro supremo de la conciencia que, para abreviar, llamaré cogitación, por contraste con la emoción, es cumplida, realizada por los individuos más perfectamente dotados que poseen la facultad de formar nuevas combinaciones; la masa media cuyos centros trabajan automáticamente y no contienen por consiguiente, sino combinaciones organizadas, queda limitada á la emoción; la gran mayoría de los hombres no tiene jamás en la conciencia, durante su vida entera, una sola idea clara, plenamente iluminada; sus conciencias no alcanzan nunca á ver sino imágenes vagas y semi—obscuras; no serían capaces de expresar claramente, en un momento dado, lo que está pasando en sus espíritus: toda tentativa de este género no tardaría en venir á parar á sandeces sin ton ni son y á lugares comunes insignificantes y sin relieve; viven, en suma, exclusivamente de

emociones. La emoción es, pues, lo que es heredado; la cogitación lo que es adquirido; la emoción es la actividad de la especie, la cogitación la actividad del individuo.

A pesar de su carácter de vaguedad, y bien que deje la conciencia insuficientemente satisfecha y aun inquieta, la emoción es subjetivamente más agradable que la cogitación, y esto es así por tres razones. En primer lugar, es más fácil, es decir, se produce con menor gasto de fuerza nerviosa, puesto que el trabajo automático de los centros es más cómodo que el trabajo consciente y libre, y que la comodidad es sentida como algo agradable, el esfuerzo como una fatiga ó un dolor; en segundo lugar, precisamente la impotencia de la conciencia para ver con claridad en los processus que se verifican en la intimidad de los centros que trabajan automáticamente, es decir, en las emociones, implica en sí misma, al lado de un elemento de angustia, también un elemento de atractivo y de interés; la conciencia trata de adivinar lo que no sabe, trata de atribuir una forma á lo que no puede ver con claridad; esta actividad de la conciencia no es otra cosa sino la fantasía que, por consiguiente, es excitada

por la emoción; ahora bien, la fantasía es, la observación nos lo prueba, una actividad agradable de la conciencia. En tercer término—y este argumento se encuentra ya en Darwin—las actividades más importantes del organismo son naturalmente también las más frecuentemente ejercitadas; luego, pues, las funciones organizadas, convertidas en automáticas á consecuencia de su frecuente repetición, serán también, por regla general, las más importantes para la conservación del individuo y de la especie; y como estas funciones no llegan á la conciencia, sino bajo la forma de emociones, el organismo atribuirá á las emociones, como siendo la expresión de las actividades orgánicas más esenciales y más importantes para él, el más grande valor, es decir, para hablar subjetivamente, que las sentirá lo más profunda y lo más poderosamente.

A la cogitación se aplica [lo contrario de estos tres argumentos:] no puede ser sentida como más agradable porque, primero, es demasiado penosa y demasiado incómoda para el organismo medio; segundo, no excita ese juego placentero de la conciencia que se llama fantasía; y tercero, no parece, á primera

vista, importante y esencial para el organismo, puesto que hasta entonces,—esto es un hecho de experiencia,—ha existido éste sin ella, y tendrá aún que probar su importancia ó su utilidad, hallando frecuentemente, una vez ejercitada con ventaja para el organismo, la ocasión de ser repetida; solo que, en este caso, será rápidamente organizada y de cogitación se transformará en emoción.

Estas premisas aclaran una porción de fenómenos oscuros. [El romanticismo que prefiere lo viejo á lo nuevo, que estima la edad media más «poética» que nuestro tiempo, que se enamora con entusiasmo de unas ruinas y trata de innoble una construcción apropiada á su objeto y en buen estado,—este romanticismo, tiene su raiz en este hecho que las representaciones añejas y heredadas excitan actividades automáticas de los centros, y son por consiguiente, sentidas como emoción, mientras que las representaciones nuevas, aún no organizadas, tienen que ser pensadas con un esfuerzo de la conciencia, es decir, provocan la cogitación.

La antigua galera despertaba la emoción en la generación que todavía se servía de

ella en los viajes, y el camino de hierro suscitaba la cogitación, y á los contemporáneos de la gran transformación de los medios de transporte se les antojaba por consiguiente poética la galera, prosáico y desagradable el camino de hierro. La poesía toda ella y su efecto se fundan sobre esta diferencia fundamental entre la emoción y la cogitación; la poesía tiene como contenido las relaciones, estados y pasiones generalmente humanos, es decir, actividades con frecuencia ejercitadas, convertidas en automáticas, organizadas; la poesía procede por consecuencia de la emoción y suscita la emoción; hasta en su lenguaje se liga á añejas representaciones, no fortuita, sino necesariamente, porque es natural que las representaciones heredadas se presenten con el ropaje con el cual han sido también heredadas de los abuelos, en el campo visual de la conciencia. He aquí porqué todavía hoy, la poesía habla de espíritus, de elfos y de dioses; he aquí porqué antropomorfiza la naturaleza y los movimientos del alma; he aquí porqué arma á sus héroes con flechas y mazas y no con fusiles Lebel; porqué pasea á sus viajeros sobre un fogoso corcel y no en un cupé-cama ó sobre una bici-

cleta; porqué conserva la concepción cósmica de la infancia de nuestra civilización. No sabría qué hacer con las representaciones y las formas modernas; no se encontraría en su terreno en nuestra concepción actual del mundo; esto es demasiado nuevo para ella, esto no está todavía organizado, esto no es aún automático; en una palabra, esto no es todavía emocional, sino cogitacional. Por esta razón, toda tentativa para dotar á la poesía de un contenido moderno, nada puede prometer; los rimadores que se proponen crear una se dicente poesía de ideas, introducir la ciencia en sus versos, demuestran sencillamente que no tienen la menor idea de la esencia de la poesía; la poesía es emoción: querer hacer de ella una cogitación, sería querer transformar un ensueño en una velada lucida, sin que, no obstante, dejara de ser un sueño. Pero el paso de la cogitación á emoción se realizará después: es tan solo una cuestión de tiempo; lo que hoy es nuevo, será viejo dentro de mil años; lo que hoy es individual será después innato en la especie, hereditario y organizado. Entonces, una estación de camino de hierro parecerá tan poética como lo parece hoy un castillo feudal

en ruinas; un cañón Krupp, tanto como una lanza de torneo; la mención de una máquina electro dinámica ó de un bacilo, tanto como una alusión al pájaro azul ó á los trinos del ruiseñor. Porque no hay que olvidar que todo el viejo aparato de la poesía ha sido en otras épocas tan nuevo, por consiguiente, tan cogitacional, como lo son hoy los caminos de hierro, la artillería, las ciencias exactas; en aquellas épocas parecerían seguramente la armadura de los caballeros y el castillo altaneramente erguido en la cima de la montaña, tan prosáicos como hoy un capote militar y un cuartel, y sólo se consideraba poético lo que era arcaico. No es esto una mera suposición; tenemos sobre este asunto señales ciertas: en casi todos los pueblos antiguos se ligaban á los instrumentos de piedra ideas religiosas, místicas, es decir, emocionales, una vez que ya hacía siglos estaban en posesión de útiles de metal; el instrumento de piedra era para los bárbaros de la edad de bronce y de la edad primitiva del hierro, lo que el *bibelot* medioeval es para las naturalezas soñadoras de nuestro tiempo.

Hay sexos, edades, pueblos, épocas, en los cuales la actividad automática vence á la

actividad combinadora libre de los centros supremos, la emoción vence á la cogitación. La mujer, cuyos centros supremos no llegan casi nunca al más vigoroso desarrollo que alcanzan con mucha mayor frecuencia en el hombre, es mucho más emocional que éste; el niño cuyos centros todavía no se han desarrollado por completo, el viejo en el cual ya declinan, no tienen casi más que emociones y no cogitaciones; en la enfermedad, en la convalecencia, cuando el organismo, por consiguiente también todo el sistema nervioso central, está todavía debilitado, no se producen más que emociones. Las enfermedades cerebrales se anuncian precozmente por la facilidad con la cual el individuo cambia de humor, ríe y llora por cualquier cosa, es decir, por su emotividad: los chinos, los neo latinos modernos, son pueblos emocionales; se dejan dirigir por estados semi-conscientes, es decir, por la actividad automática, heredada, de sus centros, y no producen sino raros individuos en los cuales los centros supremos son bastante vigorosos para sujetar, para «inhibir» el automatismo y formar combinaciones libres, es decir, para pensar personalmente, ser cogitacionales. La edad me-

dia ha sido una larga época de carácter puramente emocional; la tradición era todopoderosa, el individuo desaparecía por completo en el parenteseo, la corporación y el Estado; durante cerca de cinco siglos, no hubo un centro cerebral capaz de cogitación; por eso, toda esta época fué, fácilmente se comprende, sentimentalmente religiosa y mística, epítetos que no significan otra cosa sino esta especie de esfumamiento, con el cual, como hemos visto más arriba, la actividad automática de los centros llega á la conciencia del individuo.

IV

Me he entregado hasta aquí á explicaciones extensas, pero el lector que no es psicólogo de profesión, las estimará indispensables. Sólo ahora puede comprender lo que he querido decir, al suponer que el genio y el talento hayan de ser considerados como relacionados con el grado de desarrollo de centros determinados. ¿En qué parte del cerebro hay que buscar cada uno de los centros cuyo desarrollo particular se manifiesta por un talento particular?; esto es lo

que ignoramos en la mayor parte de los casos; pero no es inadmisibile y aun es verosímil, que las investigaciones reunidas de la medicina clínica, de la anatomía patológica y de la patología experimental, quizá también el estudio del cerebro de hombres eminentes, emprendido sistemáticamente en estos últimos tiempos tan solo, fijarán el asiento de los centros particulares.

Aquel, para el cual las actividades intelectuales son funciones de un alma, es decir, de un huésped inmaterial de nuestro cuerpo, hallará la explicación del fenómeno de un genio y de un talento, ó ridículamente fácil ó por completo imposible. No le sería lícito salir del paso diciendo que Pedro tiene más alma que Juan, puesto que allí donde no hay materia, no hay tampoco extensión que es un atributo de la sola materia, ni intensidad que es un atributo de la sola energía, función de la materia; por consiguiente, no puede tratarse de ningún *más* ni de ningún *ménos*, sino solamente de la unidad. No puede tampoco decir que las diferentes almas son diferentes en su esencia y que solo se trata por ende, no de un *más* ó de un *ménos*, sino de un *constituído de otro modo*;

puesto que una diferencia de esencia de lo inmaterial es tan inimaginable para la inteligencia humana, como una diferencia de esencia de la materia que nuestra concepción del mundo supone como siendo una, inmutable y siempre semejante á sí misma. No queda, pues, más que esta explicación, que nada explica, á saber: que la gracia de Dios concede á un alma determinada una actividad más rica y vigorosa que á cualquiera otra. El que por lo contrario, admite con la ciencia moderna, que las actividades intelectuales son funciones de órganos determinados, es decir, de los centros cerebrales, puede comprender sin dificultad ninguna que un órgano mejor desarrollado trabajará mejor que un órgano menos bien desarrollado. Porqué tal ó cual centro está mejor desarrollado en un individuo que en otro, esto, sin duda, no queda explicado por esta hipótesis; pero este importuno *porqué*, que investiga la causa primera de los fenómenos, la ciencia exacta lo evita siempre y en todas ocasiones.

Si nada digo acerca de las causas que producen el genio, porque estas causas son aún desconocidas, dedicaré, sin embargo, aquí, algunas palabras á las relaciones entre

el genio y la locura: se ha querido asimilar estos dos términos; en opinión de un gran número de alienistas, *el genio es una neurosis*; mi ilustre maestro Lombroso precisa: el genio es una forma de la epilepsia; luego, pues, siempre patológico, siempre degenerativo. Yo creo que éste es un error que tiene su punto de partida sobre todo en una aplicación tradicional, pero inexacta, de la palabra *genio*; se llama así, con una deplorable facilidad, á cualquier imbécil extático que se las echa de profeta ó de artista y que deslumbra por su extravagancia absurda á esa porción, la más repulsiva del ejército de los *filisteos*: los *snoobs* que blasonan de estetismo. En los pueblos bárbaros se considera á los locos y á los idiotas como personajes sobrenaturales y se les rodea de una especie de religioso respeto; por virtud de un residuo de esta superstición primitiva, es por lo que se aplica á espíritus enfermos cuya condición patológica se manifiesta por medio de una actividad se dicente «artística,» este nombre de *genio*, que tiene que servir también para designar á los inventores de nuevas verdades y á los iniciadores que hacen avanzar el conocimiento humano. Los pseudo genios «ar-

tísticos,» los abandono á los alienistas; son con efecto, séres patológicos y degenerados; pero los genios que son realmente tales, aquellos á los cuales no se les llama así abusivamente, no son, de cierto, ni enfermos ni degenerados.

El genio es evolutivo: es la primera aparición en un individuo de funciones nuevas, y sin duda también de tejidos nuevos ó modificados del cerebro, destinadas acaso á convertirse luego en típicas para toda la especie; ahora bien: ¿dónde hay ejemplo que una neoplasia patológica sea evolutiva? Admito que el genio auténtico, él también, está expuesto con bastante frecuencia á trastornos cerebrales; pero esto no prueba, en modo alguno, que el genio es *á priori* una *psicosis*; esto prueba únicamente que una neo-formación evolutiva, una diferenciación superior que se presenta por vez primera como adquisición individual, es más delicada y menos resistente que un órgano ruda y sólidamente labrado, consolidado por la herencia y por una larga selección. Sabemos que muchos atletas padecen y mueren de hipertrofia y de degenerescencia grasosa del corazón; es la enfermedad profesional de los campeo-

nes del sport y de los gimnastas; sin embargo, ¿no se me reirían en mis barbas si dijera: «el atletismo es una cardiopatía?»; pues esta afirmación tendría exactamente el mismo valor que el famoso axioma: «el genio es una neurosis».

Después de esta ligera digresión necesaria, no necesitamos detenernos largo rato en el examen del talento. El talento no tiene substratum anatómico; no tiene su fundamento en un desarrollo particular de los centros; no se distingue en la esencia ni aun en las proporciones, de las gentes en las cuales no se reconoce un talento particular; no estoy muy lejos de expresar esta idea de una manera todavía más absoluta y de decir: el talento ni siquiera existe; no hay por lo menos que entender por esta palabra nada que sea específico; lo que existe, es la aplicación y la ocasión, es decir, la ocasión del ejercicio y del desarrollo. Todo hombre normal—designación que excluye por consiguiente, enfermedad, detención de desarrollo é inferioridad con respecto al tipo medio actual de la humanidad de la raza blanca—tiene en sí mismo todo lo que es necesario para realizar toda actividad de un modo que or-

dinariamente se designa con el calificativo de *talentoso*; le basta para esto con dedicarse exclusiva ó principalmente á esta actividad. De todo niño del tipo medio perfectamente sano, se puede hacer lo que se quiera, cuando se le adiestra racionalmente, con tiempo bastante y con suficiente severidad: con la preparación sistemática apropiada, no sería difícil formar regimientos, hasta ejércitos de todo lo que se quisiera, artistas, escritores, oradores, sabios, sin selección prealable, al azar ó caprichosamente, como se incorporan reclutas al ejército, y cada hombre de estos ejércitos tendría que ser en absoluto reconocido como un talento. Sobre esta premisa tácita descansa todo nuestro sistema de educación; la escuela supone que todos los escolares están igualmente dotados y pueden conseguir los mismos objetos escolares; emplea por consiguiente, para todos los mismos métodos pedagógicos, los mismos trabajos, la misma materia de enseñanza; sí, en realidad, hay, sin embargo, buenos y malos alumnos, depende únicamente—en cuanto puede hacerse abstracción de los casos de desarrollo imperfecto, es decir, no típicos y patológicos—de la aplicación más ó menos

grande de los escolares, ó de su posibilidad de consagrarse más ó menos exclusivamente á las tareas de la escuela. Es verdad que estos ejércitos de sabios, de oradores, de poetas, de pintores, etc., no crearán nunca nada nuevo, no ensancharán nunca la frontera de su especialidad, no llevarán nunca más lejos la finalidad de su arte; pero lo que ha sido hecho ántes de ellos, lo repetirán muy hábilmente, muy fácil y correctamente, y al que puede hacer esto se le llama un talento. Hay numerosos ejemplos de hombres que, de hecho, han tenido que ser reconocidos como unos talentos en las materias más diversas; me contentaré con recordar los talentos universales del Renacimiento, y como ejemplo individual, con nombrar, entre otros, un Urbino Baldi que era á la vez filólogo, pintor, matemático, médico, poeta, sabía dieciseis lenguas, enseñó medicina en la Universidad de Pádua y se hizo notar en toda clase de cosas. En los siglos precedentes semejantes talentos universales no eran raros, y hoy todavía podrían cultivarse cuantos se quisiera, si el dominio del saber no se hubiera acrecentado tan considerablemente; es hoy preciso mucho más tiempo para imitar hábilmente lo que ya se ha he-

cho ántes: esa es una cuestión de años y no de disposición; si los hombres vivieran doscientos años, el mismo individuo podría hoy, como en los tiempos del Renacimiento, adquirir á fondo múltiples facultades diversas y llegar en cada una de ellas á la habilidad que haría de él un talento en cada especialidad determinada.

Pero, ¿qué haré con las pretendidas vocaciones pronunciadas por tal ó cual carrera? Tal niño quiere precozmente llegar á ser soldado; tal otro, músico, ó naturalista, ó ingeniero; esto indica por lo tanto que hay en él algo que falta por completo á los demás ó que los otros no poseen en igual medida; esto es sin duda, lo que se dice. No obstante, creo que en todos estos casos de una pretendida vocación de un niño por una carrera determinada, se tienen en cuenta observaciones inexactas; la mayor parte de las veces, un niño se dejará seducir por una vocación determinada á consecuencia de una circunstancia exterior, por el ejemplo de las gentes que le rodean, por las conversaciones que sorprenda, por lo que digan libros que hayan caído casualmente entre sus manos ó por los episodios de espectáculos que haya visto, y cuan-

do todas las vocaciones son indiferentes todavía para un niño, basta con una muy débil impulsión para atraer su atención hacia una de ellas con preferencia á las demás. Y en el reducido número de casos que no podrían explicarse de este modo, la pretendida inclinación por una vocación determinada no existe en realidad; no es sino una aversión pronunciada contra otras vocaciones, aversión que estriba en el sentimiento de ineptitud para ciertas actividades, y que es á su vez determinada por el desarrollo defectuoso de ciertos centros nerviosos; pero aquí, hemos llegado ya al terreno patológico, nos encontramos frente á individuos que en una dirección cualquiera quedan retrasados respecto del tipo normal; ahora bien, mi axioma que el talento no es sino un desarrollo debido á un ejercicio suficiente, no debe ser aplicado sino á individuos del tipo normal, plena y completamente desarrollados. Consideradlo atentamente y veréis que cuantas veces un adolescente se escapa del colegio ó del mostrador para emprender la carrera de artista ó de soldado, no ha obrado por virtud de una vocación irresistible hacia esos oficios, como él mismo se lo figura más tarde, sino por

horror hacia las matemáticas ó hacia la severa disciplina de una casa de negocios, é imaginándose vagamente que la otra carrera será más fácil y más agradable. Este tráfuga no posee una cualidad cualquiera más que los otros, una facultad determinada para el arte ó para el oficio militar, sino que tiene alguna cualidad menos que los otros, la facultad de someterse á la sujeción que impone el estudio regular ó la disciplina comercial.

Después de todo cuanto llevamos dicho, la cuestión de la herencia del talento se resuelve por sí misma; puesto que no creo en el talento como algo de preformado en el organismo, no puedo tampoco creer en su transmisión por herencia. Lo que se alega como hechos observados en apoyo de esta opinión, no puede impresionarme, como tampoco el tan renombrado libro de Galton que empleando con inexactitud curiosa el sustantivo, ha titulado su autor *Genio hereditario*. Si en una misma familia puede observarse una sucesión de pretendidos talentos en una misma dirección, esto no prueba absolutamente nada; ¿qué hay más natural que un niño sea incitado en sus primeros años, por el ejemplo de su padre ó de su tío, á imprimir á su pen-

samiento una dirección determinada?: el hijo de un médico vive rodeado desde su infancia por representaciones de naturaleza médica y científica; si no tiene el espíritu obtuso, habrá necesariamente de ocuparse en estas representaciones que le impulsarán á escoger la carrera paternal ó una carrera análoga, y si es un hombre normal, se distinguirá evidentemente en la profesión escogida, es decir, llegará á ser un talento. ¿Ha heredado, por esto, un talento determinado de su padre? no: sólo que dotado con aptitud para aprender perfectamente todas las actividades humanas, ha sido dirigido por el ejemplo del padre al estudio de la actividad paternal; hijo de un general, el mismo muchacho hubiera llegado á ser un talento militar; hijo de un pintor, un artista de talento; en todos los casos, una medianía estimable, pero que difícilmente se elevaría más alto. La aparición de varios talentos de la misma especie en una familia, lejos de demostrar la herencia del talento, prueba directamente lo contrario: prueba que en toda carrera, á la que es impulsado por tradición de familia, un niño normalmente desarrollado puede llegar al rango de talento por el solo efecto del ejemplo, sin que para ello sea

necesario una formación orgánica especial. Una prueba decisiva podría resolver definitivamente la cuestión, pero que yo sepa, nunca ha sido hecha; consistiría en que un niño recogido en la calle y educado en el hospicio, escogiera por inclinación irresistible, y á pesar de que en la escuela no se hubiera favorecido especialmente á sus ojos ninguna carrera, una vocación determinada, obtuviera en ella resultados apreciables, aunque no fueran extraordinarios, descubriera más tarde su origen y resultara que procedía de una familia en la cual se hubieran ya producido otros talentos en esa misma profesión. Esta prueba tendría que repetirse varias veces, á fin de excluir el efecto de un azar; sólo entonces quedaría probado que un determinado talento es hereditario; pero, lo repito, no sé que semejante experiencia haya sido nunca hecha y dudo mucho que nunca se haga.

Cosa muy distinta acontece con el genio: éste no es un sinónimo de habilidad adquirida mediante un ejercicio suficiente; no es un tipo normal que se ha desarrollado perfectamente por virtud de condiciones favorables. El genio es una formación extraordinaria que se aparta de las formaciones norma-

les; estriba en el desarrollo especial de un centro nervioso, á veces también, en lo posible, de varios centros ó aún de todos; realiza, por consiguiente, de un modo extraordinariamente perfecto, todas las actividades á las cuales presiden los centros excepcionalmente desarrollados en él, con mucha mayor perfección que los hombres del tipo medio, aunque hubiesen logrado mediante el ejercicio de sus centros correspondientes, alcanzar el más alto grado de perfección que les sea accesible. Bajo el punto de vista puramente fisiológico, se debería en realidad considerar como constitutivos de genio todos los casos en que un centro cualquiera, hasta un tejido cualquiera, se ha desarrollado de una manera extraordinaria, excediendo con mucho de la medida normal: un hombre excesivamente robusto que fuera capaz de realizar sin descanso los trabajos más penosos, de permanecer expuesto á todas las injurias del tiempo, de privarse del sueño, de alimentarse insuficientemente, de ir casi desnudo, y que á pesar de todo no se resintiera su salud en lo más mínimo,—un hombre dotado de este temperamento, podría ser llamado un genio de vitalidad, puesto que sus centros

más inferiores, los que presiden á las más simples funciones del organismo, á los más íntimos trabajos mecánicos y químicos de la célula viva, tendrían que ser en este hombre extraordinariamente perfectos. Necesitaría poseer sobre todo fagocitos de una maravillosa actividad: Milon de Crotona era en este sentido, un genio muscular; el tejido muscular tenía en él un desarrollo que no ha sido alcanzado por ningún otro hombre que hayan conocido los antiguos; por eso pudo hacer cosas que nadie hasta entonces había hecho, que no parecían posibles á los hombres normales ni les era posible á ellos hacer. Hendía los árboles con los puños, lo cual era un método de leñador que á nadie se le había ocurrido y que no se pudo reproducir á pesar de emplear para conseguirlo toda clase de ejercicio; apenas si se ha podido intentar hacerlo con árboles mucho menos corpulentos y mucho más frágiles; han existido, seguramente, talentos musculares que han logrado mediante un ejercicio continuado realizar con troncos jóvenes la proeza que solamente el genio muscular ha podido realizar al primer esfuerzo, sin modelo ni ejercicio, con árboles viejos. Podría existir un hom-

bre que poseyese un oído tan perfecto que percibiera con la mayor claridad, mientras se paseaba por la calle, lo que se dijese y aún lo que se murmurase en las habitaciones más retiradas de las casas: sería un genio del oído; llegaría á saber, sin gran trabajo, con la mayor naturalidad del mundo, multitud de cosas, y penetraría secretos que el hombre normal ni siquiera sospechase que se pudieran adivinar; pero no calificamos de genio las perfecciones de este género, porque no son exclusivamente humanas; todo sér vivo posee los centros más bajos de los processus vitales y los fagocitos, y si el hombre robusto que más arriba hemos bosquejado fuese calificado como genio de la vitalidad, la rana legendaria que vive durante una larga serie de siglos encerrada en una piedra, ó un gato que permanece encerrado durante seis semanas, sin alimento alguno, en un canalillo de hierro, bajo los escombros de un incendio, y no se muere, tendrían derecho á semejante calificación. Del mismo modo Milón de Crotona, por su fuerza muscular, puede colocarse á lo sumo en la misma serie que un elefante de extraordinaria fuerza, ó aún tan sólo en la de una pulga excepcional que puede sal-

tar mucho más lejos que cualquiera de sus congéneres; y un genio del oído no se eleva por encima de los animales en los cuales tal ó cual sentido se ha desarrollado hasta llegar á una perfección para nosotros incomprensible, como sucede con el sentido de la vista en los rapaces diurnos y el sentido del olfato en los perros. Ciertos animales poseen facultades que presuponen un sentido propio que falta al hombre; el gimnoto puede lanzar descargas eléctricas; el palomo mensajero encuentra á través de continentes enteros el camino de su palomar; ciertas avispas carnívoras tienen un conocimiento tan exacto de la anatomía de los artrópodos, que perforan con sus picaduras, dirigidas con una seguridad infalible, los ganglios nerviosos de todos los anillos del cuerpo de una oruga, exceptuando los ganglios cefálicos, de suerte que la oruga queda completamente paralizada, pero no muere, y puede, viva, servir de alimento á la progeneratura de la avispa, sin que sus movimientos la perjudiquen en el estrecho nido. Todas estas facultades faltan en el hombre, y le costará gran trabajo adquirirlas porque no las necesita: las suple con exceso con una facultad más alta y más vasta: la del juicio; sabe crear-

se fuentes de electricidad más poderosas que las del gimnoto; encuentra, con ayuda de la brújula y de los mapas, su camino, con tanta seguridad como la paloma mensajera; aprende la anatomía hasta llegar á ser más experto que la avispa del género sphex. Pero podría admitirse en teoría que existiera por excepcion, un hombre que poseyera el órgano eléctrico del gimnoto ó el hipotético órgano de orientación del palomo mensajero, ó el órgano que suple en la avispa sphex á un manual de anatomía y de fisiología, ó un órgano que le permitiera percibir los movimientos que se efectúan durante el trabajo de los centros cerebrales ajenos, al modo como percibimos con los ojos y con los oídos movimientos de otra clase; que le permitiera, por ejemplo, leer en el pensamiento. Un hombre semejante realizaría cosas que no podríamos calificar sino de maravillosas; excepción hecha de las gentes de una muy elevada cultura, todo el mundo le tomaría por un brujo hechicero, pero difícilmente se le calificaría de genio; hay que reservar este nombre para los seres en los cuales está excepcionalmente desarrollado, no uno cualquiera de los centros infra-humano ó extrahumano, sino un cen-

tro pura y exclusivamente humano, uno de esos centros supremos que sólo el hombre, entre todos los seres, posee completamente organizados.

V

Esta limitación de su sentido excluye el abuso de la palabra en que se incurre de ordinario aun por las gentes que ponen atención en lo que dicen. Citaré algunos casos, escogiéndolos entre los muertos, para no zaherir inútilmente á los vivos; se califica de genio, sobre todo en los países germánicos, á un Listz, á un Makart, á un Dawison: no es esto ni más ni ménos justo que si, según mi ejemplo precedente, se calificara de genio á un hombre dotado de una musculatura extraordinaria. En los tres casos se trata de una perfección especial de centros muy inferiores; para probarlo basta con analizar y reducir á sus últimos elementos el fenómeno, evidentemente muy complejo, de un pianista, de un pintor y de un actor trágico.

Consideremos primero el acto de tocar el piano: se produce mediante movimientos de los dedos, de las manos y de los brazos (po-

demus no tener en cuenta los movimientos de los piés sobre el pedal, relativamente poco importantes), y mediante impulsiones cerebrales que hacen estos movimientos más enérgicos ó más suaves, más lentos ó más rápidos, más iguales ó más irregulares. Se puede, pues, considerar aquí en serie descendente: un centro que emite impulsiones motrices de distinta fuerza y de diferente carácter, que cambian con una grandísima rapidez; nervios que son lo bastante impresionables para transmitir estas impulsiones con la mayor rapidez y precisión, de suerte que no experimenten el menor cambio ni en la cantidad de su energía ni en su carácter; en fin, músculos de los miembros superiores que gradúan tan exactamente sus contracciones que los movimientos permanecen de un modo constante perfectamente proporcionales á las impulsiones. Sabemos que el trabajo de la combinación adaptada al objeto de movimientos musculares, la coordinación, tiene centros determinados, y podemos suponer que las impulsiones musicales nacen en un centro de percepción cuya actividad automática es excitada por impresiones que obran sobre el oído de preferencia, pero

también sobre otros sentidos y centros cerebrales, si bien estas impresiones aparecen siempre ó con frecuencia asociadas á las del oído. Impresiones de este género, no acústicas sino ordinariamente asociadas á éstas, son, en primer término, las impresiones sexuales; el hombre primitivo, como aún hoy toda una serie de animales, ha acompañado muy verosímilmente su vida amorosa con manifestaciones sonoras (gritos rítmicos, cantos), cuyo fenómeno ha dejado en nuestros centros cerebrales una asociación organizada de las actividades del centro genésico y del centro de la percepción musical; al excitar uno de estos centros entra al mismo tiempo el otro en actividad. Las sensaciones amorosas despiertan, pues, impresiones musicales, la actividad del centro de las percepciones musicales provoca el trabajo del centro genésico; pero este lazo está lejos de ser el único de esta clase; todo fenómeno del mundo exterior implica en sí mismo excitaciones, no de un solo sentido, sino de todos ellos. Consideremos el fenómeno de una mañana de primavera iluminada por un sol brillante; el sentido principal al cual se dirige este fenómeno es evidentemente el de la vista,

porque la parte más esencial de este fenómeno es la luz solar y el efecto especial de ésta sobre el paisaje; pero además el olfato recibe la impresión de aromas de hierbas y de flores, de vapor de agua y de ozono; el tacto, la impresión de frescura y de un cierto grado de humedad y el oído, la de ciertas voces de cuadrúpedos y de aves, del rumor del viento en el ramaje y de otros ruidos. Todo fenómeno compuesto consiste de este modo en las impresiones que experimentan varios sentidos ó todos ellos; estas diversas impresiones, de las cuales unas son más fuertes, otras más débiles, son conservadas por la memoria como formando un cuadro de conjunto, y una impresión cualquiera de un solo sentido despierta también en los demás centros sensoriales y de percepción, las impresiones que ordinariamente son recibidas simultáneamente con aquella: así es como el olor característico de la mañana de estío en los campos o en el bosque evocará en nosotros el fenómeno completo de una mañana de estío y por consiguiente, también las demás impresiones sensoriales de las cuales se compone: la impresión táctil de frescura y humedad, la impresión auditiva del canto del gallo y de la

alondra, del ladrido del perro y del tañido de las campanas, etc. Cualquiera ligera excitación de uno de los sentidos puede, pues, como á los demás centros, excitar también al centro de percepción acústica á una actividad que será de naturaleza diferente según la naturaleza de la excitación sensorial; el encadenamiento de la actividad de los diferentes centros se realiza completamente fuera de la conciencia, de un modo automático por completo, y la conciencia no siempre puede tampoco distinguir cuál impresión sensorial ha excitado la actividad de otro centro, porque no está acostumbrada á analizar los fenómenos y á establecer qué parte tiene cada uno de los sentidos en su producción; pero toma de ordinario como la única esencial una sola impresión sensorial y no tiene en cuenta para nada las otras, más débiles y más subordinadas.

Me concretaré á un solo ejemplo para no apartarme demasiado de mi tema propiamente dicho. Una parte del fenómeno constituido por un cuadro al óleo está formada también por una impresión del olfato, la del color ó del barniz; pero esta impresión es tan débil y tan inesencial al lado de la impresión visual,

que de ella nos enteramos con dificultad; uo la tenemos en cuenta para nada y no reflexionamos que el centro del olfato tiene también una parte en la elaboración de la representación «cuadro al óleo» en nuestra conciencia. Basta, sin embargo, que el centro del olfato reciba una vez una impresión sensorial semejante, es decir, la del barniz ó del color, para excitar también á los otros centros al trabajo que realizan de ordinario juntos cada vez que elaboran la representación «cuadro al óleo»; en nuestra conciencia aparecerá, pues, de repente, la representación de un cuadro, sin que podamos explicarnos por qué asociación este cuadro ha surgido súbitamente en nuestra memoria. Hé aquí precisamente, una de las formas más esenciales de las asociaciones de ideas; de este modo se explican las disposiciones de espíritu que se deslizan en nosotros sin que sepamos cómo; quizás también la mayoría de los sueños en los cuales los centros sensoriales, con una actividad débil ó suspendida del centro de la conciencia, elaboran automáticamente muy débiles impresiones exteriores, en representaciones, de las cuales forman una parte constitutiva dichas impresiones.

Para ser un eminente pianista, un individuo tiene, pues, que llenar estas condiciones: es necesario que posea un sistema nervioso muy impresionable, por consiguiente, en estado de perfecto funcionamiento; su centro de sensación acústica ha de ser fácilmente excitado por las impresiones exteriores, no sólo por las del oído, sino, en virtud del mecanismo que se acaba de explicar, también por las de los otros sentidos, á emitir impulsiones; y su centro de coordinación ha de ser singularmente perfecto, de manera que pueda combinar, á la vez que cambiándolos con la mayor rapidez, los movimientos más delicados, más precisos y más complicados de los músculos de la mano.

El lugar del pianista está determinado por el predominio del uno ó del otro centro; si el principalmente desarrollado es su centro de coordinación, será un técnico brillante que dominará todas las dificultades sin esfuerzo, pero producirá la impresión de la frialdad y de la falta de sentimiento; si, por lo contrario, al lado del centro de coordinación, el centro de la percepción acústica está igualmente desarrollado de una manera eminente, la ejecución no será sólo técnicamente

hábil, sino que reflejará también impulsiones sensitivas cambiantes y variadas, es decir, será animada y rebosará de sentimiento. Un centro de percepción acústica extremadamente desarrollado será capaz de emitir impulsiones más poderosas que las ordinarias y conocidas, y de combinar éstas entre sí de una manera nueva, original; esta condición forma el substratum psico-físico de un compositor musical de génio: es la marca de un Beethoven; un centro de percepción acústica tan desarrollado como el anterior, al cual se asocia un centro de coordinación bien desarrollado, da una personalidad que es un genio de la composición y al mismo tiempo una eminencia como pianista: por ejemplo, un Mozart; si el primer centro continúa siendo de una rara perfección, pero sin embargo predomina el segundo, entonces se manifiesta uno de esos maestros cuya música no produce toda la plenitud de sus efectos sino cuando ellos mismos la ejecutan ó cuando es interpretada con toda fidelidad, según su manera individual, es decir, según la naturaleza original de su centro de coordinación: así, por ejemplo, un Chopín; por último, un centro de coordinación extremada

mente bien desarrollado, junto con un centro de percepción acústica un poco, pero no mucho, superior al término medio, da un maravilloso pianista y un notable asimilador musical, pero un autor compositor apenas del tipo medio, tal como Listz, al cual se califica de genio con abuso evidente. Este genio estribaría, como nos lo ha demostrado un detallado análisis, en un extraordinario desarrollo del centro de coordinación, es decir, que sería un genio de coordinación; pero este centro es inferior, no exclusivamente humano, y su desarrollo excepcional no da derecho á la designación de «genio» que debe ser reservada para la perfección de centros específicamente humanos.

También ciertos animales nos presentan una coordinación perfecta, singularmente los monos, cuyas volteretas gimnásticas y ejercicios de equilibrio hay muy pocos hombres que puedan imitar. En el hombre mismo el notable funcionamiento de actividades relativamente inferiores presupone igualmente centros de coordinación muy perfectos; hace falta, por ejemplo, para ser un excelente patinador, poseer un centro de coordinación de los miembros inferiores exquisitamente

desarrollado. Esta misma perfección asociada á un centro de percepción acústica bien desarrollado producirá un eminente bailarín; formará, por lo contrario, el substratum psico-físico de un excelente jinete, si en vez de estar asociada á un centro notable de percepción acústica, está asociada á los centros bien desarrollados de la voluntad, esta parte esencial del valor y del discernimiento. Un alto desarrollo del centro de coordinación de los miembros superiores produce igualmente toda una escala de facultades diferentes, según el género de los centros superiores que están simultáneamente bien desarrollados y envían á aquél sus impulsiones; la combinación del centro de coordinación y del centro de percepción acústica da, como hemos visto, el pianista; la combinación del primero y de los centros de voluntad y de discernimiento producirá un excelente tirador de armas. Así existe un curioso paralelo entre el bailarín y el pianista por un lado, entre el jinete y el tirador de armas por otro; no es, pues, más justo calificar á un pianista de «genial», que lo sería conceder este título á un bailarín, á un jinete ó á un tirador de armas.

La materia de que trato aquí es inmensa; permitiría los más extensos desarrollos, no ya en capítulos, sino en voluminosos tomos; casi se podrían combinar hasta lo infinito los diferentes centros y ver cuál facultad particular es la que resulta; dejamos esta tarea al lector que haya sido incitado á ella por los ejemplos suministrados.

Quiero todavía tocar, sin agotarla, otra cuestión. ¿Qué llega á ser un hombre que tiene las disposiciones orgánicas de un Listz, si nace ántes de la invención del piano ó de cualquier otro instrumento que se ponga en acción por medio de movimientos manuales? En este caso no se verifica simplemente la combinación característica de los dos centros, de los cuales el uno está extraordinariamente desarrollado y el otro lo está suficientemente; cada cual, entonces, trabaja aisladamente, y vemos, en lugar de un Listz, un sér que se distingue por una gran habilidad de los dedos en todos los trabajos manuales, por ejemplo, por su destreza para hacer nudos ó trenzas, quizá también para hacer juegos notables de prestidigitación, y ofrece junto con esto disposiciones musicales que pueden manifestarse simplemente por medio

de la afición al canto ajeno, quizá también por medio de ensayos propios en el canto y en el silbido. Hasta la actividad del centro más noble que hay que considerar en un pianista, y cuyo desarrollo supremo produce realmente un genio, algo como un Beethoven, la del centro de percepción acústica, es puramente automática, puramente emocional y permanece por bajo de cualquier actividad cogitacional; la del centro menos noble, el centro de coordinación, no es ya una actividad intelectual, exclusivamente humana, sino una actividad que es propia también de un muy gran número de organismos fuera de la humanidad, y lo es hasta en un alto grado de perfección.

VI

Apliquemos ahora este método de análisis al fenómeno de un pintor, por ejemplo, de un Makart. Una obra de arte pictórico, un cuadro, es asimismo algo muy complicado cuyos elementos simples pueden participar en las proporciones más diversas á la producción del fenómeno total; lo que se conside-

ra en un cuadro es, primero el efecto del colorido, luego la forma y finalmente el contenido intelectual que se llama asunto (anécdota) ó composición. Nuestro centro de percepción luminosa está de tal modo construido, que siente como agradables las impresiones de ciertos colores y sus combinaciones, y como desagradables las de otros colores. En qué estriba esta diferencia de sensación subjetiva es lo que no puedo explicar con certeza; Helmholtz y Brücke han publicado sobre este asunto notables investigaciones y conseguido que se considere, por lo ménos, muy verosímil el hecho de que el efecto subjetivo de la combinación de los colores, como de los sonidos, depende de las relaciones del número, de la extensión y de la forma de las vibraciones ú ondulaciones, las cuales probablemente provocan en nuestros órganos sensoriales las modificaciones sentidas por nosotros como colores ó sonidos. Según estos grandes fisiólogos, habría, pues, en el acto de sentir agradable ó desagradablemente los colores y los sonidos, el testimonio inconsciente de relaciones aritméticas y geométricas, simples ó complicadas, de los movimientos del éter ó de la materia; que esto sea así ó no

es un hecho empírico que hay colores y combinaciones de colores agradables y desagradables. Un centro de percepción óptica singularmente bien desarrollado permitirá á un hombre sentir desde luego de una manera singularmente intensa las impresiones coloreadas, es decir, experimentar un placer singular al ver colores bien armonizados, y un disgusto especial al ver colores discordantes; y le permitirá encontrar luego por sí mismo, los colores y las combinaciones de colores que producen una sensación de placer singularmente pronunciada. El centro que se considera aquí, es como todos los centros sensoriales, de la clase de los centros cerebrales inferiores; no es un centro esencialmente humano, sino un centro de que participa toda la série animal hasta un escalón colocado muy abajo; podemos suponer que muchos pájaros y aún mariposas, escarabajos y hasta los mismos moluscos, poseen dicho centro, pues que si no fuera así, la espléndida coloración de estos animales sería absolutamente incomprensible; con efecto, desde que lo hizo notar Darwin, se admite por lo general que los hermosos colores de los animales han sido obtenidos mediante la selección

sexual, es decir, por el hecho que el individuo adornado con colores vistosos, ha sido favorecido por los individuos del sexo opuesto, lo cual no se comprendería si no se supusiera en estos individuos el sentimiento del efecto de los colores, el placer de contemplar los colores hermosos. Por su simple sentimiento de los colores, es decir, por el placer que le produce la vista de hermosos colores, el hombre se coloca á lo sumo en el mismo nivel que la cotorra, el pavo real ó la actinia; el desarrollo del centro de percepción luminosa tan sólo es suficiente para una manifestación artística: para la producción de adornos agradablemente polícromos de las superficies, es decir, de tapices, tapicerías y decoraciones murales de colores bien armonizados. Los cuadros propiamente dichos, creados bajo la impulsión de este centro, producen quizá el mismo efecto que unos bonitos tapices orientales, pero ocuparán sin embargo como obras de arte, un lugar menos elevado que estos porque distan mucho de ser tan perfectos en su género como en el suyo los buenos tapices.

El segundo elemento que hay que considerar en una obra pictórica, es la forma:

el cuadro trata, con efecto, de darnos la ilusión de una aparición de la forma de las cosas; los medios de los cuales se sirve la pintura para producir esta ilusión son el dibujo y el color; (bien entendido que no insisto en esta distinción sino por encontrarla cómoda, puesto que lo que llamamos dibujo no es igualmente en el fondo más que un efecto de colores; el dibujo nos produce también la ilusión de los objetos mediante un contraste de grados de intensidad luminosa ó de colorido, ordinariamente, el negro y el blanco). En la naturaleza vemos los objetos según su situación en el espacio, es decir, según la distancia á que están de nosotros y los unos con respecto á los otros, según su posición, encima ó debajo de nosotros ó á nuestro lado, con forma, con dimensiones y con iluminación diferentes; una misma bola nos parece grande cuando está cerca de nosotros y pequeña cuando está lejos; en determinado momento, cuando está convenientemente iluminada, vemos perfectamente una de sus mitades, en otros casos sólo un segmento más ó menos grande; no reconocemos de una manera directa su forma globular, sino sencillamente porque la parte que se presenta más en relieve.

la parte más próxima á nosotros, está iluminada de otro modo, muestra una coloración distinta de la de las partes situadas en un plano más aleja lo. Aunque la imagen que produce esta bola en nuestra retina sea diferente en cada posición, la atribuimos no obstante, á una sola y misma causa: reconocemos en el objeto que vemos la misma bola, ya la veamos grande de cerca, pequeña de lejos, ya veamos un hemisferio ó un segmento, ya la veamos iluminada por la parte anterior, más luminosa en el centro y más oscura hacia los bordes, ya iluminada por la parte posterior, más oscura en la parte central y más clara hacia los bordes. Lo que nos ha enseñado á interpretar las imágenes, es decir, las impresiones de la retina, es la experiencia que hemos adquirido mediante la colaboración de los otros sentidos y del discernimiento; en realidad no vemos más que imágenes planas, todas cuyas partes están situadas en un mismo plano y tienen diferentes magnitudes, diferentes coloraciones y diferentes grados luminosos: que á estas diferencias de color, de dimensión, de luz, corresponden diferencias de distancia, que los objetos que se nos aparecen en el mis-

mo plano, están situados en realidad en planos diferentes, es cosa que no sabemos más que por experiencia. Para saber que una imagen plana de forma circular, diferentemente iluminada en el centro y en los bordes, es una bola, es necesario que hayamos palpado en alguna ocasión un objeto análogo, es necesario que recordemos los movimientos que ha tenido que ejecutar nuestra mano para contornear la superficie de este objeto; el sentido muscular tiene que prestar su ayuda á nuestro sentido visual y completar las indicaciones de éste; del mismo modo, es preciso para saber que una casa que nos parece pequeña y que vemos confusamente, es en realidad espaciosa, pero está lejos de nosotros, haber recorrido alguna vez el camino que conduce hacia el pretendido objeto pequeño y confuso, y recordar los movimientos que han tenido que hacer nuestras piernas para que, al fin y á la postre, el objeto pequeño y confuso se trueque en un objeto espacioso y de contornos perfectamente claros. Ahora bien, la pintura imita los objetos, no como ellos son en realidad, sino como se reflejan de ordinario en nuestra retina; por consiguiente, según sus condiciones aparentes de

dimensión, de color y de luz, y cuando estas condiciones son exactamente reproducidas, nos dejamos llevar por nuestra costumbre adquirida é interpretamos esta imágen plana como interpretamos de ordinario las imágenes planas que se forman en nuestra retina; es decir, que vemos en una pequeña mancha vagamente indicada, y á pesar de su pequeñez, una casa grande, y aunque se encuentre allí, sobre el lienzo, al alcance de nuestra mano, vemos una casa lejana; y aunque esté colocada en el mismo lienzo entre otros muchos objetos, vemos una casa situada en otro plano muy distinto, mucho más alejado que lo están, por ejemplo, los árboles ú otros objetos del primer plano. El trabajo de interpretación no se verifica naturalmente en el ojo, sino en los centros superiores, los de la memoria y del discernimiento y la impresión visual no hace más que excitarlo; así, para provocar una imagen en nuestra conciencia, el pintor no necesita en realidad sino poner ante nuestra vista un solo signo, ya sea el contorno, ya el efecto luminoso del objeto de que se trata; la memoria añade automáticamente los otros signos porque está acostumbrada á ver presentarse siempre este signo en

compañía de otros. De este modo creemos con frecuencia ver con los ojos, en un cuadro, cosas que en realidad no están en el lienzo, cosas que nuestros ojos, por consiguiente, no pueden ver, que nuestros centros cerebrales añaden y con ayuda de las cuales completan por sí mismos las indicaciones que el pintor ha introducido en su cuadro.

Tan sólo un ejemplo en apoyo de esto: creemos ver en un cuadro todos y cada uno de los pelos de la barba, las hojas, una por una, de un árbol; ahora bien, el pintor no ha pintado ni pelos ni hojas, sino un cierto efecto de luz sobre una superficie irregular obscura ó verde; sólo que como hemos observado con frecuencia este efecto de luz en las barbas y en las copas de los árboles y hecho la experiencia de que es forzosamente producido por pelos ó por hojas, nuestra memoria lo refiere en el cuadro á pelos ó á hojas que no están en él en modo alguno, y vemos en nuestros centros cerebrales algo que nuestros ojos no ven en realidad.

El arte del pintor consiste en encontrar los signos de los objetos y en reproducirlos tales como nuestra retina los experimenta ordinariamente en la realidad; puede el pintor repro-

ducir todos los signos ó solamente algunos, con tal que sean los esenciales; el contorno por sí solo, recuerda no más que un sólo signo, la limitación de los objetos y exige por tanto la ayuda minuciosa de los centros cerebrales si ha de suscitar por sí sólo una representación de los objetos; el contorno en perspectiva nos da ya una representación de las relaciones de los objetos en el espacio, puesto que encontramos en él las diferencias de dimensión aparentes que observamos en la naturaleza; el dibujo sombreado añade á los objetos un signo más, la diferencia de iluminación que nos facilita en la naturaleza la apreciación de la dimensión y de las distancias, y por ende, el conocimiento de la naturaleza del objeto; el color, en fin, nos suministra el último signo que el sentido visual puede percibir; y el cuadro exacto por el contorno, la perspectiva, la iluminación y el color, produce sobre el ojo absolutamente la misma impresión que los objetos mismos, de tal suerte que les es imposible á los centros superiores distinguir una de otra ambas impresiones y dejar de reconocer los objetos mismos en su propia imitación pintada, cuando han sido reproducidos todos sus signos ópti-

cos. El trabajo del pintor es un análisis muy agudo de sus representaciones, en las cuales tiene que distinguir la parte de los centros superiores de la que corresponde á las impresiones visuales; para no salirnos del ejemplo puesto: cuando el pintor vé un follaje tiene que analizar esta aperccepción y advertir que vé con los ojos, no ya hojas, sino tan sólo una superficie verde irregular iluminada de un modo especial que únicamente su memoria transforma en la imagen de hojas aisladas; no debe, pues, reproducir hojas que él se representa sin verlas en realidad, sino sólo la superficie verde iluminada de un modo especial que sus ojos perciben realmente. No tiene idea el profano de cuán distinto es lo que ven realmente nuestros ojos, de lo que nos representamos cuando recibimos una impresión visual determinada; pero el pintor debe abstraerse completamente de la aperccepción y atenerse sencillamente á la impresión sensorial que evoca la aperccepción. Este análisis se efectúa inconscientemente; estriba en una aptitud para la inervación, partiendo de los centros de percepción luminosa, de los músculos que son puestos en movimiento al dibujar y al pintar, sin que se

verifique una intervención de los centros superiores de la memoria y del discernimiento; la mano puede, de este modo, solamente dibujar y pintar lo que el centro de sensación luminosa experimenta, es decir, vé realmente, y no lo que los centros superiores añaden, completando ó modificando la visión. El enlace directo de los centros de sensación luminosa con los centros motores que es el substratum orgánico del don de la pintura y del dibujo, no excluye por completo la intervención de centros más elevados; estos llevan á cabo una selección entre los elementos de la impresión que el centro de sensación luminosa recibe de un objeto y sólo conservan algunos, los esenciales, que son enseguida reproducidos por medio de los movimientos musculares, mientras que los elementos no esenciales quedan más ó menos omitidos; el sentimiento, todavía inconsciente en muchos casos, de que un signo, un contorno, un efecto de luz, son más aptos para suscitar una representación de un objeto determinado, que otro signo cualquiera, eleva la actividad del pintor desde la función de los sentidos y de los músculos á la de la inteligencia y hace que un cuadro es algo distinto de una fotogra-

fía; no obstante esta actividad es aún bastante subalterna, no procede sino en una muy escasa medida de los centros supremos y no se dirige á ellos; su resultado es una obra de arte cuyo único mérito es la verdad, pero una verdad sin interés y que no nos sugiere nada; un individuo que posee la facultad de reproducir sus impresiones visuales directamente, sin mezcla de los complementos suministrados por la memoria y por el discernimiento, podrá dibujar, y si además tiene el sentido del color, pintar también una excelente naturaleza muerta; llegará á ser un clásico en espárragos y en ostras y triunfará en la reproducción de calderos de cobre y de copas para el vino del Rhin; pintará á la perfección lo que el *Sar Peladan* llama valiéndose de una expresión española, los *bodegones* (pinturas de comestibles), pero no se elevará más alto.

Y llegamos ahora al tercer elemento que hay que tener en cuenta tratándose de un cuadro, á su contenido intelectual, es decir, á lo que representa, á su asunto, á su idea. El mismo don de análisis que le hace posible al pintor separar el verdadero fenómeno óptico de los objetos, de su imagen psíquica y apo-

derarse y reproducir los elementos más esenciales de este fenómeno, le permite, cuando se trata de un individuo superiormente desarrollado, fijar é imitar también el verdadero aspecto óptico de hechos complejos, de sucesos humanos. Tan poco como vemos en realidad lo convexo de una bola, tan poco asimismo, vemos un movimiento ó un estado de alma; en aquel caso vemos realmente un círculo plano característicamente iluminado, en este otro caso una serie de imágenes sucesivas ó una cierta posición de los músculos visuales, de los miembros y del cuerpo; pero la experiencia nos ha enseñado que el círculo plano, cuando está iluminado de un cierto modo, representa una bola y sabemos igualmente por experiencia que una serie de imágenes idénticas que aparecen sucesivamente en nuestra retina, y que para ser siempre vistas con claridad exigen movimientos de nuestros músculos oculares y cervicales, significan movimiento del objeto visto, y que el ceño fruncido y los puños cerrados, por ejemplo, indican en un hombre la cólera. El pintor se apodera, pues, del signo óptico característico, por ejemplo, de la cólera, de la alegría, de la tristeza, y reproduciéndole

fielmente, suscita en nosotros la idea que ha representado de este modo el estado de alma correspondiente que en realidad no es representable.

Estas consideraciones indican los límites del arte del pintor; este arte es al principio puramente histórico, lo cual significa que puede solamente representar hechos que ya hemos visto del mismo modo ó de un modo semejante y cuyos signos ópticos nos son conocidos. Si el pintor quisiera representar hechos que nos son completamente desconocidos, nos hallaríamos enfrente de un fenómeno óptico que no podríamos interpretar: la retina recibiría impresiones, pero la memoria ni el discernimiento añadirían nada y el cuadro produciría tan solo un efecto sensorial y en modo alguno una apercepción que el pintor no puede suministrar con los medios de su arte, que no puede más que sugerir y que nuestro propio espíritu ha de elaborar sobre la base de la ocasión ofrecida por el pintor. En segundo término la pintura no es susceptible de representar processus intelectuales muy diferenciados, sino que tiene que limitarse á comprensivas y amplias generalidades; no puede expresar esta idea particular:

«estoy descontento del modo cómo he pasado los últimos diez años y singularmente de la carrera que he escogido»; puede, á lo sumo, expresar en general este sentimiento: «estoy disgustado». ¿Porqué? porque el descontento en general tiene un signo visible, un cierto aspecto y una cierta actitud, mientras que el estar descontento de la carrera que se tiene ó de un período de la vida, no se distingue del descontento en general por ningún signo óptico especial que sirva exclusivamente para designarle; estos límites de la pintura tienen por consecuencia que hacer de ella un arte puramente emocional y hacer que no pueda ser un arte cogitacional: todo aquello que es completamente nuevo, puramente personal, lo que no se enlaza con nada ya conocido, es para ella inaccesible. El genio del pintor consistirá en hallar ante todo, aún tratándose de hechos muy complicados, signos ópticos que les sean propios de un modo exclusivo, pero que se sustraen á todo otro análisis que no sea el más agudo y el más penetrante; en segundo lugar, en reproducir con la mayor fidelidad los signos que ha percibido, y en tercer término, en escoger hechos considerables como objeto de su representa-

ción. El talento por sí sólo, y con mayor razón la incapacidad, no podrían nunca, por lo ménos tratándose de los dos primeros puntos, igualar al genio, puesto que son impotentes para reducir el fenómeno mismo á sus signos ópticos esenciales y para reproducir característicamente estos signos; todo lo más que pueden hacer es imitar el análisis pictórico de los fenómenos que les es ofrecido por el genio.

Tenemos ya los elementos simples cuya reunión produce un genio pictórico: sentido del color, aptitud para distinguir en un fenómeno lo que es en realidad visto con los ojos de lo que es añadido por la actividad intelectual, y enfin, capacidad para reducir los hechos complejos á los signos ópticos que les son propios y que permiten enseguida interpretarlos exactamente. Los dos primeros son subalternos y automáticos; su posesión no podría dar motivo á la calificación de «genio»; el tercero, por lo contrario, presupone ya la intervención de centros elevados é implica una actividad nueva, original: la facultad de encontrar signos ópticos característicos aún no considerados hasta entonces como tales. Estas tres aptitudes no han de

estar necesariamente reunidas y desarrolladas en la misma medida; según que predomine una ú otra de ellas, la fisonomía del genio pictórico será también diferente; la aptitud analítica, la verdad y el sentido del color existentes en un grado casi igual de perfección, producen un Rafael: con estas dotes se crea una Madona Sixtina que reproduce los signos esenciales del fenómeno que en el hombre (en mucha menor escala en la mujer y de ningún modo en el individuo no adulto), suscita las emociones más poderosas, es decir, reproduce los signos de lo femenino perfectamente bello y puro que excita los centros sexuales del hombre, y de lo divino que habla á su sentido heredado de lo místico; una Madona que produce además, por el dibujo y el colorido, la impresión de la verdad é influye agradablemente sobre los sentidos mediante el efecto de la harmonía del color. Un Murillo y un Velázquez poseen una tonalidad cromática tan agradable y una mayor verdad óptica, pero no suscitan siempre las mismas emociones porque el contenido de sus obras más importantes no se dirige á dos sentimientos tan poderosos como la sexualidad y el misticismo, sino ó bien so-

lamente á este último, ó bien á la simple curiosidad, al interés más ó menos superficial por un suceso humano; (no pienso al decir esto en las madonas de Murillo porque no las considero como sus mejores creaciones, sino que me refiero á sus grandes cuadros épicos de la Caridad de Sevilla). Encanto del color, suficiente verdad y llamamiento no á las emociones profundamente humanas, sino á emociones más restringidas y más especiales, nacionales y patrióticas, producen un Pablo Veroneso; verdad y contenido elevado, sin atractivo especial del color, un Cornelius ó un Feuerbach. Si le falta al pintor el don supremo, el de reproducir fenómenos ó hechos considerables con sus signos ópticos esenciales, pero si la verdad óptica y el sentido del color existen en un grado eminente, tenemos un Leibl, un Meissonier, un Hondekoeter, artistas que hacen cosas sorprendentes y agradables, pero con dificultad logran suscitar emociones algo profundas y á los cuales ya no hay derecho para calificar de «genios». El predominio pronunciado de la aptitud para ver é imitar de una manera ópticamente verdadera, junto con un desarrollo escaso ó ausente del poder analítico

MAX NORDAU.—Psico-fisiología.

41
 ALFONSO REYES
 BOUTREY, NEW YORK

supremo y del sentido del color, produce un Courbet cuyos cuadros no son ni agradables en el sentido del color ni considerables por el contenido, sino que son tan ópticamente verdaderos que producen exactamente en nosotros las mismas sensaciones que las cosas representadas en la realidad misma; con este pintor, hémos aquí ya llegado casi á la fotografía, salvo esta pequeña diferencia que ésta reproduce impasiblemente todos los signos ópticos de las cosas, excepto su color, mientras que, en un Courbet, un centro superior detiene aún al cuadro en su camino inconsciente desde la retina hasta la mano que pinta, suprime algunos elementos no esenciales y no deja pasar más que los característicos. El solo sentido del color, enfin, produce un Makart muy diestro en la yuxtaposición de colores agradables, como puede serlo también un gallo silvestre de Australia al fabricar su ingenioso emparrado de ramaje; pero que no vé ni reproduce las cosas de un modo ópticamente verdadero y no es capaz de reproducir con sus signos visibles esenciales, hechos ó fenómenos importantes, de tal suerte que sean bien comprendidos y que provoquen por su reproducción pictórica

las emociones que podrían producir los hechos ó los fenómenos mismos; no será lícito calificar de genio á un Makart, á ménos de aplicar igualmente esta calificación al clamydodera, al ptilonorrinco ó á otros pájaros de la Australia que construyen enramadas multicolores.

VII.

Por lo que respecta al cómico, podemos terminar mucho más pronto. Su aptitud particular estriba en el desarrollo obtenido mediante una cultura especial de cualidades orgánicas que pertenecen á las más generales no sólo de los hombres, sino también de los animales superiores; á saber: en el poder de imitación y de la acción recíproca de las representaciones mentales sobre los movimientos y de los movimientos sobre las representaciones. Es inútil detenernos en el exámen del poder de imitación; todos sabemos en qué consiste y he mostrado en una obra anterior sus condiciones orgánicas. (Véase el capítulo *Sugestión de las Paradojas sociológicas*). La acción recíproca de las

representaciones y de los movimientos exige por lo contrario, unas cuantas palabras de explicación; todas las impresiones exteriores que son transmitidas por los nervios sensoriales á los centros espinales ó cerebrales provocan en éstos un trabajo que se manifiesta finalmente bajo la forma de una impulsión motriz. Notemos aquí, incidentalmente, que aún cuando la impresión exterior provoca en apariencia tan solo un trabajo de ideación consciente—cogitación—ó un trabajo automático inconsciente de los centros superiores—emoción—, pero no movimiento alguno perceptible, se produce siempre también una impulsión motriz muy débil, en verdad, que las personas singularmente impresionables, tales como las de sobra conocidas que «leen los pensamientos», pueden todavía percibir en ciertos casos.

Pongamos ejemplos sencillos y por tanto claros; los nervios sensitivos de la yema de un dedo que imprudentemente se aproxima á una estufa encendida, comunican á la médula espinal y al cerebro una impresión que es sentida en el centro medular, subalterno, por lo general como un peligro, y en el centro cerebral, superior, de manera más deter-

minada, como un dolor y como un dolor producido por una quemadura; el centro medular responde á esta impresión bajo la forma de una impulsión motriz á los músculos de los brazos que ocasiona la brusca retirada de la mano, y el centro cerebral responde igualmente bajo la forma de una impulsión motriz, á los músculos faciales de la respiración y laringeos, que tiene por consecuencia una dolorosa contracción del semblante y la emisión de un grito. La sensación ó la aperccepción de un dolor causado por la quemadura ha provocado de esta manera impulsiones motrices determinadas; en sentido inverso, estos mismos movimientos, es decir la brusca retirada de la mano, la contracción característica de los músculos de la cara y la emisión de un grito por la violenta contracción de los músculos intercostales y del diafragma asociada á una disposición especial de los músculos de la laringe, suscitan en los centros cerebrales superiores, nó la sensación, es cierto, sino la representación de un súbito dolor en la mano. Todo el que quiera puede hacer la experiencia siguiente: notad bien, ante todo, por medio de cuáles movimientos el estado de alma de una profunda pena se manifiesta en vosotros; por ejemplo,

por el acto de mantener la cabeza baja, por ciertos movimientos de fisionomía, por una tonalidad determinada de la voz, por sollozos, etc.; imitada luego, exactamente, todos estos movimientos musculares y notareis enseguida, quizá con asombro vuestro, que os embargará una profunda tristeza; notareis además después de esto, que se manifiestan al mismo tiempo otros fenómenos que acompañan de ordinario esta disposición de ánimo, los cuales no pueden ser provocados á voluntad porque no son producidos por movimientos de los músculos estriados, tales como las secreciones lacrimales y las asociaciones de ideas ó cuadros fantásticos de tristeza, etc. No hay que perder nunca de vista que los nervios que van desde la periferia del cuerpo á los centros, y luego después esos mismos centros y los nervios que parten de ellos hacia otros centros ó hacia los músculos, forman un sólo aparato cuyas relaciones se han convertido en orgánicas y automáticas, y que este aparato desarrolla todo su trabajo automático al ponerle en actividad en no importa cual de sus partes, sea en el sentido normal, sea en el sentido inverso, yendo de la representación al movimiento ó del movi-

miento á la representación. Tal es el mecanismo con ayuda del cual el cómico realiza su tarea que consiste en hacer perceptibles para los sentidos estados de alma dados, los del personaje que representa; puede realizar esta tarea de dos modos: de un modo consciente ó de un modo inconsciente; conscientemente, puede observar con exactitud y con penetración mediante cuáles movimientos musculares, es decir, mediante qué gestos, qué movimientos de fisionomía y qué inflexiones de voz, estados de alma dados, la alegría, la desconfianza, el ensueño, etc., alcanzan de ordinario la expresión óptica y acústica en las personas de cierta organización, en las gentes tranquilas ó nerviosas, bien educadas ó groseras, y esforzarse por imitar mediante la sola voluntad todos estos grupos de movimientos;— ó bien puede representarse en general el estado de alma que ha de hacer visible, ayudar á su representación mental por medio de algunos movimientos habitualmente causados por este estado de alma y dejar luego á éstos el cuidado de hacer, ascendiendo en la vía nerviosa, que la representación mental sea muy viva, de suerte que emita enseguida inconsciente y automáticamente todas las im-

pulsiones motrices que le son habituales, las voluntarias lo mismo que las involuntarias. El primer método es el más difícil y queda siempre expuesto á tener muy poca seguridad; presupone la misma facultad de observación y de análisis de los fenómenos que hemos reconocido ser necesaria en el pintor: el cómico que imita conscientemente tiene que haber observado de un modo efectivo los estados de alma que quiere representar; ni una sola de sus manifestaciones perceptibles esenciales ha de habersele ocultado, y no puede, como el pintor, limitarse á los signos ópticos de los fenómenos sino que necesita tener en cuenta también los signos fonéticos; si no encuentra en su memoria el modelo que quiere imitar ó si no lo ha observado suficientemente, la imitación será torpe é imperfecta y no podrá producir la impresión de la verdad. El segundo método es, por lo contrario, fácil y seguro: como quiera que los mismos estados de alma, con ligeras adaptaciones individuales, excitan en todos los hombres las mismas manifestaciones sensibles y que el cómico, al fin y al cabo, es también un hombre, podrá, una vez que haya evocado dentro de sí mismo el estado de alma de que se trate, dejar

que éste trabaje tranquilamente: las manifestaciones perceptibles características suyas, todas sin excepción, las voluntarias como las involuntarias, hasta las lágrimas, la expresión de los ojos, etc., aparecerán indefectiblemente las unas en pos de las otras y la plena verdad humana de la imitación será alcanzada. La única cosa necesaria para el empleo de este método es un estado de equilibrio muy inestable de los centros cerebrales, dicho de otro modo una gran emotividad; no se ha de tener ni una grande equanimidad, ni conciencia vigorosa, ni personalidad original; la actividad cogitacional de los centros supremos no ha de predominar sobre la actividad emocional de éstos, entorpecer ni influir sobre su trabajo automático. El cómico excelente ha de ser, en cierto modo, un fusil cuyo gatillo funciona con facilidad excepcional; del propio modo que en este caso, el más ligero contacto hace salir el tiro, así, la más ligera impresión exterior provoca en el cómico el estado de alma que ha de ser representado y que elabora enseguida automáticamente su propia exteriorización sensible. Fácilmente se comprende que esta manera de ser, no puede esperarse sino de un cerebro cuyos centros su-

premos se encuentren de ordinario desocupados y por consiguiente, no realicen ningún trabajo propio de ideas y estén por ende prontos á responder á todas las impresiones de los sentidos con las disposiciones de espíritu y las representaciones correspondientes; ¿dónde hay aquí sitio para un genio? El solo don en rigor todavía cogitacional de la observación y de la imitación consciente no provee de medios sino á un cómico de segundo orden; precisamente los intérpretes de la vida humana, los más delicados, los más verdaderos y los más vibrantes, han de ser por lo contrario, espíritus subordinados, han de tener un campo de conciencia vacío y una personalidad embrionaria y sus centros han de poder ser puestos en actividad automática con una facilidad rayana casi en lo patológico; ¿no es un dato característico que la belleza física y las cualidades de la voz, es decir, perfecciones orgánicas inferiores, formen parte de las condiciones esenciales que producen un artista dramático eficaz? El cómico excelente participa exactamente del carácter psicológico del niño y del salvaje; la actividad inhibidora de los centros de la conciencia no ejerce en él ninguna influencia sobre el traba-

jo automático de los centros motores; á la educación le está precisamente encomendada la tarea de ejercitar y fortificar en el hombre civilizado esta actividad inhibidora, ella es la que nos acostumbra á no permitir que nuestros estados de alma se manifiesten en impulsiones motrices, por gritos, por contorsiones del rostro y por gestos, y llegamos efectivamente á suprimir por completo el trabajo automático de los centros, á impedir toda ó casi toda manifestación perceptible de nuestros estados de alma y á no hacernos traición por ningún signo exterior que revele lo que pasa en nuestra conciencia; el cómico que alcanzase este ideal de educación no podría ejercer por más tiempo su arte.

Es, pues, absolutamente un abuso, como lo acabamos de ver, calificar de genio, en música á un instrumentista; en pintura, á un combinador de colores agradables, y en todo estado de causa, á un cómico. El desarrollo especial de centros tan inferiores como el centro de coordinación ó el centro de percepción óptica, ó una influencia recíproca singularmente viva entre los movimientos y los estados de alma que de ordinario los ocasionan, no confieren mayor derecho á la desig-

nación de genio que, por ejemplo, podrían conferirle, un desarrollo muscular singularmente perfecto ó una vista extraordinaria. El genio estriba exclusivamente en la perfección excepcional de los centros cerebrales supremos y por consiguiente, puramente humanos de los cuales consideramos como función el discernimiento y la voluntad; discernimiento y voluntad, hé ahí en último análisis las facultades cuya cooperación eleva al hombre por encima del animal y cuyo desarrollo excepcionalmente poderoso eleva al genio por encima del hombre ordinario; el genio es genio no más que por el discernimiento y la voluntad y no por ninguna otra cosa. ¿Qué es el discernimiento? una actividad que partiendo de representaciones dadas por impresiones sensoriales ó por una actividad anterior del discernimiento, desarrolla libremente representaciones nuevas; la materia que elabora el juicio es suministrada por la memoria, la cual por su parte es alimentada por las impresiones sensoriales y por el intelecto que interpreta estas impresiones. Las leyes con arreglo á las cuales trabaja el juicio, constituyen lo que llamamos la lógica; así, pues, la impresión sensorial es recibida por los

centros de percepción, interpretada por el intelecto que es otro nombre con que se designa la función de los centros de apercepción y de asociación (Flechsig), conservada por la memoria y finalmente elaborada por el juicio con arreglo á leyes fijas, las de la lógica, en forma de representaciones nuevas que no se fundan ya sobre una percepción sensorial directa.

Un ejemplo sencillísimo hará comprender esto aun al lector que nunca haya oído hablar de psicología científica: mis sentidos, el tacto y la vista me produjeron un día la impresión de que caía agua sobre mí al aire libre y que el cielo estaba negro; mi intelecto reunió estas diversas impresiones sensoriales y las interpretó en esta apercepción: «lueve desde lo alto de las nubes»; mi memoria conservó las impresiones y su interpretación. Ahora bien: veo acumularse espesas nubes y repetirse todas las demás condiciones (temperatura, estado barométrico, dirección del viento, etc.), que de ordinario acompañan á la lluvia; mi juicio, en este caso, partiendo de la representación de otras lluvias en lo pasado que le suministra la memoria, lluvias cuyas condiciones ha verificado el intelecto, elabo-

rará, en virtud de la ley lógica dada por la experiencia que las mismas causas en las mismas condiciones producen los mismos efectos, esta nueva representación: «vá á llover pronto», representación que no se deriva de ninguna impresión sensorial, puesto que un hecho que no ha de producirse sino en lo porvenir no puede provocar antes de que se produzca semejante impresión. Que el juicio estriba también en la actividad de un órgano, de un centro cerebral, y no puede ser un fenómeno independiente de la materia, como lo admite Wundt, ese pensador indudablemente tan grande y tan profundo, es cosa demostrada por este solo hecho que la frecuente repetición, del mismo modo que ocurre con cualquiera otra actividad del cerebro y de la médula, lo organiza en el individuo y por herencia en la especie, es decir lo convierte en automático. Si nos atenemos á mi sencillo ejemplo, hallamos que también animales muy inferiores, hasta gusanos, son capaces de discernir que va á llover por la aparición de ciertos fenómenos; con efecto, cuando amenaza llover, hacen todos los preparativos que acostumbran para resguardarse de la lluvia, se ocultan en un sitio al abrigo, abren un

agujero en el suelo, se entierran, etc.; pero cuanto más perfecto es el centro del juicio, tanto más fácil es para él formar nuevas representaciones con la materia que le suministran los sentidos, la memoria y el intelecto, y tanto más estas nuevas representaciones se apartarán en el tiempo, en el espacio y por su naturaleza, de las impresiones sensoriales que han dado la primera impulsión á su formación. Este centro de juicio se distinguirá, pues, de los centros de discernimiento menos perfectos, en que estos últimos, tratándose de la formación de nuevas representaciones, es decir de juicios, no se apartan por lo común de la base segura—las impresiones sensoriales y los recuerdos—mientras que el primero con un admirable atrevimiento, elabora impresiones sensoriales y recuerdos, un juicio en suma, y trata á su vez al producto de su propia creación como si fuera una materia equivalente á la suministrada por los sentidos, por la memoria y por el intelecto, deduce de ellos, con arreglo á las leyes de la lógica, otros juicios y conduce libre y fácilmente esta deducción de juicios los unos de los otros, este amontonamiento de nuevas repre-

sentaciones sobre la base á veces bien pequeña de una impresión sensorial, hasta límites que parecen inaccesibles al hombre del tipo medio.

Puede hacerse visible esta relación entre la impresión sensorial y el juicio, y decir que la actividad del juicio semeja en el hombre del tipo medio, una pirámide cuya base es la impresión sensorial y el vértice el juicio, mientras que en el genio, semeja una pirámide vuelta del revés que se apoya sobre un vértice de impresión sensorial y se ensancha en una base de juicio. Así es como la posesión de un poderoso centro de juicio permite adivinar por medio de una sola impresión, de una mirada, de un sonido, la relación más complicada de las cosas, preveer partiendo del presente, el porvenir, con frecuencia el porvenir remoto, reconocer al producirse un fenómeno la ley que le rige, saber con anterioridad á toda observación directa el resultado de la acción de diferentes fenómenos los unos sobre los otros. Un centro de juicio de tal índole, proporciona valiéndonos de la expresión popular, el conocimiento de los hombres, el dominio de las situaciones, la línea de conducta muy segura de sí mismo y

el manejo de los demás, la sabiduría, la previsión y la fuerza inventiva; el juicio tal como lo he definido hasta aquí, tiene por premisa la hipótesis de la causalidad, es decir la hipótesis que consiste en atribuir á cada fenómeno una causa, en afirmar que las mismas causas en las mismas condiciones producen los mismos efectos y que la cantidad de la causa está en razón directa de la cantidad del efecto; sólo en esta hipótesis, la materia que le suministra la memoria tiene valor para el juicio, y éste puede con ayuda de los recuerdos formar nuevas representaciones, concluir del pasado á lo porvenir, de lo próximo á lo remoto, de lo que es perceptible para los sentidos á lo que excede y rebasa del dominio inmediato de éstos.

VIII.

Al lado del juicio, hemos dicho, la voluntad es la parte esencial del genio. ¿Qué es la voluntad? en mi respuesta á esta pregunta fundamental tengo la temeridad de apartarme tanto de Kant, ante la grandeza inmensa del cual me inclino, como de Mr. T. Ribot,

cuya profundidad y vasta ciencia me complace en reconocer. Al explicarnos Kant que la voluntad es á la vez lo que ordena y lo que obedece, hace una definición transcendental que no es más comprensible ni más convincente que la explicación teológica de la unidad de las tres naturalezas de Dios; la definición de T. Ribot, según la cual la voluntad sería «la reacción del *yo* sobre las impresiones del mundo exterior» es demasiado amplia y abarca hablando con propiedad toda la conciencia que en tanto que deriva de impresiones sensoriales y toma todo su contenido de las impresiones (dejo á un lado la cuestión de saber, si nos es preciso admitir representaciones *a priori*), no es asimismo más que «una reacción del *yo* sobre las impresiones del mundo exterior»; pero una definición que tendría que llevar á admitir que conciencia y voluntad son idénticas, no puede ser exacta. Quien se coloque en el punto de vista psico-físico podrá decir conmigo: la voluntad es la actividad de un centro cuya única misión en el organismo es producir contracciones de los músculos, dicho de otro modo, distribuir impresiones motrices; filosóficamente, esta definición de la voluntad se apro-

xima á la de Schopenhauer, puesto que Schopenhauer llama voluntad á aquello que causa movimientos no sólo en un organismo, sino también en las cosas inorgánicas, y como quiera que todo fenómeno es en último análisis un movimiento ó una resistencia á un movimiento, es decir un movimiento pasivo, la voluntad sería por ende la esencia de todos los fenómenos, por consiguiente del mundo. Yo no voy tan lejos; á pesar de la semejanza teórica, ó aún si se quiere de la identidad entre la caída de una piedra y el paso de un hombre al andar, se está no obstante autorizado para distinguir en la práctica estos dos movimientos el uno con respecto del otro, y para no emplear la misma designación para lo que causa la caída de la piedra y lo que causa el paso del hombre. Calificaremos, pues, de voluntad la causa de impulsiones motrices únicamente en los organismos y no veremos en la voluntad sino un fenómeno que acompaña á la vida; que puedan provocarse contracciones musculares no sólo por la voluntad, sino también por otras influencias, por ejemplo por medio de una corriente galvánica, nada prueba contra la exactitud de mi definición, puesto que, en

primer término, es admisible que un mismo fenómeno pueda ser provocado por causas diferentes, y que en segundo lugar, nada nos prueba que la voluntad no es también una especie de fenómeno eléctrico: se habla de «corrientes nerviosas», «fuerza nerviosa» «fluido nervioso», expresiones todas que sugieren la idea de que el centro de voluntad es una especie de batería eléctrica y la impulsión motriz enviada á los músculos una especie de corriente eléctrica. Se objetará acaso que la voluntad provoca también fenómenos que no pueden ser simplemente llamados movimientos musculares; hacemos, por ejemplo, incontestablemente esfuerzos de voluntad para recordar alguna cosa, y sin embargo la memoria no es una actividad muscular; á esto replíco: la memoria no obedece de hecho á la voluntad sino de una manera muy imperfecta, y creo que la voluntad no obra sino muy indirectamente sobre el centro de la memoria, produciendo en los vasos que conducen la sangre al centro de la memoria contracciones y dilataciones, es decir movimientos de los músculos lisos no subordinados á la verificación directa de la conciencia. La afluencia más abundante de la sangre

excita al órgano á una mayor actividad y puede en este caso á veces, suministrar á la conciencia el recuerdo que se desea y que no podía obtenerse del órgano referido mientras recibía menor cantidad de sangre y trabajaba con menor actividad; persisto, pues, en creer que ningún hecho psico-fisiológico de que yo tenga conocimiento, contradice la tesis de que la voluntad es la actividad de un órgano que distribuye impulsiones motrices.

Mas ahora hay que responder á estas dos preguntas: ¿cómo las impresiones motrices simples distribuidas por la voluntad causan movimientos eficaces y cómo la voluntad misma es excitada á su actividad específica? Se halla la respuesta á estas preguntas recordando que la vida en general es un fenómeno muy complicado y que toda actividad vital superior, especialmente, no se origina sino por la colaboración reciproca de diversos órganos. La voluntad causa solamente contracciones musculares y nada más; pero los centros de coordinación se apoderan de la impulsión y la distribuyen á los músculos que han de contraerse para producir los movimientos deseados y eficaces, y producirlos no sólo

en la forma deseada sino también en el grado de energía deseado; los centros de coordinación representan así con respecto á la voluntad poco más ó ménos el papel que en un aparato eléctrico representan con respecto á la batería los conmutadores, interceptores y resistencias intercaladas. Pero ¿quién ha enseñado á los centros de coordinación á que sepan reconocer los músculos que han de contraerse á fin de que un determinado movimiento sea ejecutado de la manera y con la energía deseadas? no es sino la experiencia del individuo y de la especie entera desde que existe, experiencia que está organizada y obra automáticamente; ¿y cómo es excitada la voluntad á su actividad específica? mediante la acción de todos los otros centros, por la inducción podríamos decir empleando una noción del dominio de la ciencia de la electricidad. Una simple impresión sensorial puede sin intervención de la conciencia, hacer que la voluntad emita una impulsión motriz; de aquí nace un movimiento reflejo que con absoluta falsedad, se llama «involuntario»; este movimiento no es involuntario, es decir no ordenado por la voluntad, no es sino inconsciente; la actividad

automática de los centros elevados, es decir las emociones, excitan igualmente á la voluntad; esta causa de un acto de voluntad llega á la conciencia con esa semi-claridad propia de las emociones que hemos descrito más arriba; la actividad personal, por último, nueva, no organizada de la conciencia, es decir el juicio, la cogitación, puede ser también causa de un trabajo de voluntad. El juicio, por sí mismo, no «quiere»; forma tan sólo una representación de algún movimiento simple ó compuesto ó aun de largas series de movimientos sucesivos que en una situación dada, le parecen útiles; cuando el organismo está sano, regularmente desarrollado y en equilibrio, esta representación basta para llevar al centro de voluntad á emitir una impulsión motriz; la conciencia se entera después de ocurrido el hecho, por las impresiones del sentido muscular que son conducidas hasta ella, de que el movimiento ha sido realizado; el processus es pues el siguiente: el juicio forma una representación de movimientos, la voluntad proporciona las impulsiones necesarias para producirlos, los centros de coordinación distribuyen estas impulsiones de conformidad con el objetivo

y el sentido muscular anuncia al cerebro el movimiento efectuado; no hay de consciente en este processus más que el principio y el fin, la representación del movimiento que el juicio ha elaborado y el conocimiento del movimiento realizado; lo que pasa en el intervalo de estos dos términos se sustrae á la conciencia: el cómo la representación de movimiento se ha convertido en movimiento, no lo conoce la conciencia, pero una observación insuficiente ha envuelto en la obscuridad esta sucesión tan sencilla y tan clara de actos orgánicos: la voluntad misma ha sido colocada en la conciencia porque se es consciente de las representaciones de movimiento y de los movimientos ejecutados. Y sin embargo la experiencia enseña que la representación del movimiento aun la más viva no es necesariamente seguida de un movimiento y que por ende, el juicio no es en manera alguna por sí solo todavía la voluntad: en la neurastenia, el centro de voluntad se sustrae á la influencia del juicio; por mucho que se quiera en este caso, representarse movimientos, no son ejecutados; se dá uno perfectamente cuenta de la utilidad de tomar un libro ó de atravesar la calle, pero no pue-

de decidir á sus brazos ó á sus piernas á que efectuen los movimientos necesarios para ello; no está uno en modo alguno paralizado, es uno perfectamente capaz de ejecutar, por ejemplo, órdenes ajenas. El paciente dice en este caso: «quiero, pero no puedo» lo cual es inexacto; la verdad es que piensa, pero no quiere; el centro de juicio funciona, pero no el centro de voluntad; con mucha frecuencia se dice de ciertos hombres que son débiles de voluntad; esto por regla general es inexacto: lo que con más frecuencia es débil, es el centro de juicio que no es capaz de elaborar con suficiente claridad representaciones de movimiento determinadas. Hé aquí porqué estas personas no pueden conseguir que la voluntad entre en actividad, pero cuando el juicio de un extraño les comunica estas representaciones de movimiento, es decir les aconseja ó les ordena, esas mismas personas ejecutan vigorosa, segura é irresistiblemente los movimientos, lo cual prueba que su centro de voluntad es suficientemente fuerte.

La misma observación se aplica á los casos en los cuales se habla de un desacuerdo de voluntad ó de un acto de pasión que se

sustrae á la influencia de la voluntad; no reina tal desacuerdo en la voluntad, sino en el juicio; no existen «dos voluntades que combaten entre ellas», sino dos representaciones, ninguna de las cuales es bastante clara ni precisa para poder incitar á la voluntad á una impulsión. En cuanto una representación llega á ser por completo precisa, triunfa de la otra y pone en actividad á la voluntad; á Hamlet no es voluntad lo que le falta, sino juicio; su centro de juicio no se muestra bastante vigoroso para elaborar una representación determinada de movimientos útiles; si pudiera hacerlo, su voluntad ejecutaria también los movimientos necesarios, suponiendo que el centro de voluntad esté sano, punto acerca del cual nada nos indica Shakespeare. Y cuando, bajo el imperio de la pasión, un hombre hace ó se abstiene de hacer alguna cosa que la razón parece prohibir ú ordenar, no es que «la voluntad ha sido impotente» como dicen las frases de novela, sino que la actividad automática emocional de los centros supremos era más fuerte que su actividad libre cognoscional, las representaciones conscientes del juicio no han predominado sobre el tra-

bajo organizado, semi-consciente o inconsciente de los centros cerebrales; la voluntad ha recibido la más poderosa excitación del automatismo de estos centros y realizado las imágenes motrices que han sido producidas automáticamente y no las que lo han sido en plena conciencia. La voluntad ha sido, pues, suficientemente fuerte; tan sólo el juicio es el que ha sido impotente para atajar el trabajo automático de los centros supremos y para obrar sobre la voluntad por medio de su trabajo libre consciente.

Nosotros no confundiremos el juicio y la voluntad y en presencia de indecisión ó de actos no razonables de la pasión ó tan sólo de la costumbre, no diremos que se trata de flaqueza de voluntad, sino de debilidad de juicio; no podremos admitir que exista una real debilidad de voluntad sino cuando en un hombre sano (allí donde no está perturbada la relación entre el centro de juicio y el centro de voluntad y donde ambos funcionan de una manera suficientemente vigorosa, pero son incapaces de ejercer normalmente influencia recíproca y mútua el uno sobre el otro), representaciones muy claras y muy precisas motrices del juicio no son realizadas

ó no son ejecutadas sino imperfectamente y con vacilación, y cuando impulsiones de la pasión no pasan tampoco del estado de simple sentimiento, de deseo, de aspiración, sin llegar á ser activas, puesto que la única medida de la fuerza de voluntad es su aptitud para triunfar de las resistencias. No son los músculos los que triunfan de los obstáculos, sino la voluntad, la cantidad de impulsiones que envía á los músculos; hay dementes en los cuales el centro de voluntad está morbosamente excitado y distribuye á los músculos impresiones extraordinariamente fuertes mediante las cuales realizan actos que no se creerían posibles: ancianos ó débiles mujeres rompen barras de hierro, arrancan cadenas, y no pueden sujetarles en una lucha varios guardianes vigorosos; si estas mismas personas fueran capaces de hacer otro tanto en estado de salud normal se les contaría en el número de los individuos más fuertes de su tiempo, pero son incapaces de hacerlo á pesar de que poseen el mismo sistema muscular que en su acceso de locura; de aquí se desprende que tratándose de un gran desarrollo de fuerza, se trata infinitamente menos de los músculos que del vigor

de la impulsión que les es enviada por el centro de voluntad. La primera resistencia que la voluntad ha de vencer es la resistencia del conducto que le oponen los tejidos, los nervios y los músculos; cuánto más corta es la vía nerviosa que se pone en acción, tanto más pequeño y más delicado es el grupo muscular que hay que excitar, y cuanto más débil es esta resistencia, tanto más pequeña puede ser la impulsión de voluntad necesaria para la producción de un movimiento. Los músculos estriados más delicados que posemos son por orden creciente, los de la laringe, del ojo, de la cavidad bucal, de la cara, de la mano; una voluntad muy débil basta, pues, para poner estos músculos en movimiento y para charlar, hacer muecas y visajes, mirar con ira ó alegremente y gesticular; á esto también se limitan, pues, los actos de los hombres ordinarios. Es ya un poco más difícil conseguir la contracción de los gruesos grupos musculares de los brazos, y aún más difícil la de los músculos de las piernas y del tronco; esto reclama una impulsión más fuerte, es decir un trabajo más vigoroso del centro de voluntad; por esta razón los hombres realmente débiles de voluntad consi-

guen rara vez que á su charla y á sus gesticulaciones sigan actos que exigen movimientos violentos, como por ejemplo la carrera ó un esfuerzo de los brazos. Lo más difícil, en fin, es la ejecución de movimientos que tienen por objeto vencer las resistencias exteriores, sea de las cosas inanimadas, sea de los seres vivos y en este caso, la voluntad no tiene sólo que vencer los obstáculos de conducto interiores que llegan á nuestra conciencia bajo la forma de pereza ó de aversión hacia el movimiento, sino también las fuerzas naturales (por ejemplo, el peso) ó las impulsiones de una voluntad ajena; tiene, pues, que ser capaz de emitir vigorosas impulsiones, más vigorosas en todo caso que las de la voluntad opuesta, cuando la resistencia que se trata de vencer emana de un hombre. Si la voluntad no es bastante fuerte para esto, las representaciones motrices del juicio, por muy claras y muy precisas que puedan ser, permanecen irrealizadas; sabrá uno con toda exactitud lo que tendría que hacer, deseará también muy vivamente hacerlo, pero no obstante, no lo hará; lo que llamamos falta de perseverancia y cobardía no es sino una forma de manifestación de la debilidad

de voluntad; no persiste uno en una empresa ó retrocede asustado aún antes de emprender alguna cosa, cuando exagera á sus propios ojos, por ignorancia, las dificultades, ó cuando las conoce y no se cree con suficientes fuerzas para dominarlas. En ambos casos, el juicio no forma claramente las representaciones de movimiento que en el caso dado son de rigor porque la memoria le presenta recuerdos de casos en los cuales la voluntad se ha mostrado demasiado débil para triunfar sobre análogas dificultades; la tibieza y la cobardía derivan por consiguiente de la experiencia de la debilidad de voluntad.

Un poderoso desarrollo de los centros de juicio y de voluntad, hé aquí pues las bases orgánicas del fenómeno que se llama genio. Un desarrollo del centro de voluntad por sí solo, no basta todavía para constituir un genio; habrá gigantes de voluntad capaces de vencer todos los obstáculos que se oponen á la realización de sus representaciones de movimiento, ya revistan la forma de cosas ó de hombres, de leyes ó de costumbres, pero no podrán elaborar por sí mismos representaciones de movimiento considera-

bles y eficaces: Hércules realiza los doce trabajos, pero tiene que mandárselo hacer Euristeo. Con la sola voluntad se podrá ser en el caso más favorable, un caudillo de ejército bajo el mando de Alejandro Magno, un Séleuco, un Ptolomeo, ó un mariscal de Napoleón; ó bien el ministro célebre de un monarca de genio, ó bien, y con mucha mayor frecuencia, el soberano inmortal de un ministro de genio; en el caso más desfavorable, un libertino que hará resonar el ruido de sus orgías en el mundo y en la historia, ó un criminal que infundirá terror á todos sus contemporáneos: un César Borgia ó un Schinderhanne; en el primer caso, realiza uno las representaciones de movimiento elaboradas por un centro de juicio ajeno y genial; en el segundo, las excitaciones emocionales conscientes á medias ó inconscientes de sus propios centros. El desarrollo exclusivo del solo centro de juicio produce por lo contrario por sí sólo, un genio, pero que tendrá un carácter diferente según que al lado del centro de juicio, el centro de voluntad esté á su vez más ó menos desarrollado; el genio de juicio al que no acompaña un vigor especial de voluntad produce un gran pensador, un filósofo,

fo, un matemático, y aun quizás también un naturalista, puesto que dentro del género de actividad de estas categorías, los obstáculos dinámicos que hay que vencer son los más pequeños, las impulsiones de contracción muscular que hay que emitir, las más débiles; el juicio en estos casos, no necesita elaborar grandes representaciones de movimientos, sino que manifiesta su alcance y su poder de otra manera: deduciendo de las impresiones sensoriales apercepciones infinitas, nuevas, hipersensoriales: de una sencilla observación de números, el teorema de Pitágoras, la teoría de los números, el cálculo integral y diferencial; de la caída de una manzana, la ley de la gravitación universal; del contenido de percepciones de la conciencia, una teoría del conocimiento; de los hechos empíricos de la embriología y de la paleontología, el sistema evolucionista de Darwin. No puedo contarme entre los que participan del parecer de Bain, el cual en la jerarquía del genio coloca en la cúspide el genio filosófico; mi teoría me obliga á asignar al mero pensador y al mero investigador precisamente el último lugar en esta jerarquía; su grandeza estriba con efecto en el solo

juicio, pero éste es en sí mismo cuando la voluntad no colabora con él, incapaz de transformar las representaciones elaboradas por él, por maravillosas que fueran, en fenómenos perceptibles para los sentidos; para explicarlas verbalmente ó para escribirlas es necesaria ya cuando ménos, una actividad muscular, es decir una impulsión de voluntad. Si la voluntad de un genio del juicio no bastase siquiera para provocar la actividad de escribir ó de hablar, las más sublimes representaciones de un genio de esta índole no pasarían de ser estados de conciencia meramente subjetivos de los cuales nadie, fuera de él mismo, tendría siquiera una sospecha; serían movimientos moleculares en lo interior de su cerebro perceptibles para los demás únicamente en la medida en la cual dichos movimientos pueden ser experimentados y repetidos á través del espacio por otro cerebro, si no obstante se considera posible esta especie de percepción, es decir algo así como una lectura de los pensamientos de la clase más elevada.

Cuando al genio del juicio se asocia un centro de voluntad de una buena formación dentro del tipo medio, se obtiene el

gran promovedor de las ciencias exactas y el inventor. La esencia de las disposiciones y de la actividad de ambos es en el fondo idéntica; el experimentador, lo mismo que el inventor, deduce leyes de los fenómenos é imagina condiciones materiales que le permiten hacer que obren á voluntad suya las leyes encontradas; la diferencia entre ambos no es teórica, sino solamente práctica; el primero se contenta con reunir circunstancias y aparatos que han de mostrarle si los hechos materiales concuerdan con las representaciones de su juicio, si una ley encontrada por sus centros cerebrales se confirma en el mundo de los fenómenos; el segundo por lo contrario, trata de crear disposiciones y arreglos que tienen por objeto exclusivo mejorar las condiciones materiales de la vida humana, entendiéndose estas palabras en su sentido más general. Tenemos por otra parte, que evitar en esto un error; un invento, un descubrimiento no tienen forzosamente necesidad de ser el resultado del genio de juicio asociado á una fuerza de voluntad suficiente: puede haber colaborado para obtenerlos el azar; no se considera generalmente que el legendario monje Berthold

Schwarz iba buscando la pólvora el día que al manipular una mezcla de azufre, de salitre y de carbón se produjo una explosión en el mortero, y el auténtico profesor Galvani no pensaba ni remotamente en una fuerza natural desconocida al suspender de un gancho de cobre un anca de rana. No me inclino sin embargo, á conceder al azar sino un reducidísimo papel en los grandes descubrimientos é inventos; hace falta de todos modos, un juicio poco ordinario para observar con exactitud un fenómeno desconocido, para advertir inmediatamente lo que no puede ser explicado de una manera satisfactoria con ayuda de los conocimientos de la época, para encontrar las causas y las condiciones de tal fenómeno y de ellas deducir nuevas representaciones; el azar no llega pues, á ser el punto de partida de un descubrimiento ó de un invento sino cuando tiene por testigo un eminente hombre cogitacional: el hombre emocional ordinario que tan sólo posee un cerebro que trabaja de una manera automática, se queda á oscuras ante fenómenos que no coinciden con sus representaciones heredadas y organizadas; si el mortero de Berthold Schwarz hubiera hecho explosión en presen-

cia de un hombre ordinario, éste se habría persignado, habría creído en una aparición del diablo y sacado de su observación á lo sumo, la enseñanza de que debería cuidarse en lo porvenir de no volver á manejar azufre; lo que es ese no hubiera inventado la pólvora. Lo que llamamos casualidades fecundas suceden diariamente ante la vista de la humanidad y siempre han sucedido ante ella, pero es preciso que un juicio extraordinariamente poderoso las observe para que sean comprendidas, para hallar sus leyes y sus aplicaciones; toda la materia de los fenómenos que constituyen el fondo de las ciencias biológicas, químicas y físicas, de los inventos en el dominio de la termodinámica, de la electricidad, de la mecánica, existe de un modo inmutable de toda eternidad y existía en tiempo de los hombres de la edad de piedra lo mismo que en nuestro tiempo; sólo que para comprenderla y dominarla se necesitaba un desarrollo del juicio que no alcanzaron ni los hombres primitivos ni los hombres de la antigüedad. Del propio modo, estamos hoy también rodeados sin duda por fenómenos de la más maravillosa naturaleza á los cuales no prestamos atención, los cua-

les no sabemos interpretar y las leyes de los cuales no buscamos porque no hay nadie entre los vivos que posea un juicio bastante poderoso para deducir de la percepción sensorial de estos fenómenos la representación de sus causas y de sus efectos posibles; pero es cosa de todo punto verosímil que vendrán andando el tiempo genios para los cuales estos fenómenos serán accesibles, hasta fáciles de conocer, y nuestros sucesores en la vida terrestre no comprenderán que hayamos podido pasar estúpidos y obtusos, ante los más notables fenómenos, del mismo modo que nosotros no comprendemos que los hombres no hubieran encontrado hace ya millares de años, las materias explosivas, las máquinas de vapor y las aplicaciones de la electricidad. Luego pues, abstracción hecha de la colaboración mínima del azar, como he tratado de demostrarlo, queda este hecho que las experiencias entendidas en el sentido de Bacon: «preguntas racionales dirigidas á la naturaleza», planteadas con clara conciencia é intención y de las cuales se espera una contestación adivinada de antemano, por consiguiente, que los trabajos metódicos de un Roberto Meyer, de un Helmholtz, de un

Pasteur, de un Roentgen, tienen como condición un genio del juicio y un centro de voluntad bien organizado. La asociación del centro de voluntad es necesaria, porque se trata esencialmente en materia de experimentación y de descubrimiento, de materializar representaciones elaboradas por el centro del juicio, y que la materialización no puede ser operada sino por la actividad muscular que no se origina á su vez, sino en las impulsiones de voluntad.

En el caso, en fin, en que el centro de voluntad está tan extraordinariamente desarrollado como el centro de juicio, si por consiguiente nos encontramos en presencia de un hombre que es á la vez un genio de juicio y un genio de voluntad, en este caso podemos saludar á uno de esos fenómenos humanos que cambian el curso de la historia del mundo. Un genio de esta índole no se manifiesta ni por pensamientos ni por palabras, sino por actos: su juicio elabora representaciones nuevas, personales, y su voluntad es lo bastante activa y vigorosa para transformarlas á pesar de todos los obstáculos, en actos; menosprecia las maneras más cómodas de exteriorizar las representaciones

mentales, mediante el sonido ó el signo, y se contenta únicamente con emplear aquellas que obligan á vencer las más grandes resistencias; ni habla ni escribe por consiguiente, sino que obra, es decir, dispone de los demás hombres y de las fuerzas de la naturaleza atemperando unos y otras al sentido de sus representaciones; un genio así logra ser en la humanidad lo que quiere ser y hace lo que quiere hacer: descubre partes del mundo, conquista países, gobierna pueblos; realiza la carrera de Alejandro, de Mahoma, de Cromwell, de Napoleón; ningún poder humano impone un límite á su acción, á menos que tenga por contemporáneo á un genio de juicio y de voluntad igualmente grande ó más grande todavía; no puede fracasar sino ante una fuerza natural más poderosa que la fuerza de su voluntad; una tempestad hubiera podido aniquilar á Cristobal Colón, la enfermedad de rribó á Alejandro, un invierno ruso destruyó á Napoleón: el centro de juicio puede en sus representaciones vencer á la naturaleza misma, el centro de voluntad no puede triunfar sino sobre fuerzas más débiles que la suya propia.

La organización de un genio de juicio y

de voluntad de esta magnitud implica que le falte en mayor ó menor grado y en los casos extremos por completo, lo que llamamos sentimiento y sentido artístico, necesidad de belleza y de amor; sus centros poderosos transforman todas las impresiones en representaciones claras y de ellas deducen juicios plenamente conscientes; una actividad automática se verifica á lo sumo en los centros inferiores de coordinación y de nutrición, los centros superiores trabajan de una manera original y no rutinaria. El genio está casi por completo emancipado de movimientos de alma obscuros, semí-inconscientes ó inconscientes, no es en modo alguno sentimental; por esta razón produce la impresión de lo frío y de lo duro; ahora bien, estas palabras significan lisa y llanamente que el genio es puramente cogitacional, no emocional. De esta organización resulta también que el genio es muy difícilmente accesible para las ideas originales elaboradas por otras cabezas; sus centros están organizados en vista de un trabajo original, no en vista de la imitación del trabajo de otro; han de encontrarse frente á la primera materia de las percepciones sensoriales para elaborar esta materia á

su propio modo personal en representaciones nuevas; los productos digeridos del juicio, es decir una primera materia de percepciones sensoriales que ha sufrido ya en centros cerebrales ajenos su transformación en representaciones, lo que viene á ser como si dijéramos, exactamente las peptonas intelectuales, si me es lícito expresarme así, que son las solas que el hombre ordinario se halla en estado de asimilarse, son intolerables para los genios.

Al llegar á este punto en mis consideraciones, una cuestión amenazadora se alza frente á mí: si el genio es juicio y voluntad en un grado de perfección extraordinaria, si su actividad consiste en la producción de representaciones nuevas, hipersensoriales, y en su realización sensible, ¿dónde van á ir á parar los genios emocionales, los poetas y los artistas? ¿me queda ni siquiera el derecho de admitir que los poetas y los artistas puedan ser también genios? Pues bien, este derecho me parece con efecto, cuando ménos, dudoso; no perdamos nunca de vista lo que es en realidad la emoción: las impresiones sensoriales son conducidas á los centros sensoriales competentes, estos centros imprimen acti-

vidad á otros centros sensoriales, á los que están acostumbrados á recibir impresiones simultáneamente con los otros centros; excitan los centros de voluntad y de coordinación y provocan por vía de reacción algún acto del organismo, aunque no sea más que una expresión del semblante, una modificación del ritmo del corazón, un grito, todo esto automáticamente, con arreglo á la costumbre heredada convertida en orgánica, sin intervención del juicio, el cual no recibe de los processus efectuados en los centros inferiores sino un semi-conocimiento obscuro, un sentimiento indefinido. Estos processus que se verifican fuera de la conciencia son precisamente las emociones; la poesía, la música, las artes plásticas, no tienen otra misión más que provocar emociones; cada una de estas artes trata de excitar en nuestro organismo con ayuda de los medios de que dispone, los processus que en la realidad son suscitados por una serie determinada de impresiones sensoriales y que experimentamos como emociones; el poeta lírico se esfuerza valiéndose de la palabra, el músico de los sonidos, el pintor de los colores, por determinar nuestros centros cerebrales al trabajo que tienen cos-

tumbre de realizar cuantas veces los sentidos les transmiten las impresiones que emanan por ejemplo, de un ser bello y atractivo del sexo opuesto, de un enemigo, de una potencia natural destructora, de una criatura semejante nuestra, que sufre, de una determinada estación del año. Cuánta mayor exactitud saben emplear en apoderarse y en imitar los signos de processus representables por medio de su arte es decir, los signos intelectuales expresados por medio de palabras, los signos acústicos, los signos ópticos, tanto más las emociones que excitan se aproximarán de las emociones que provocarían los mismos processus referidos; una producción de la poesía, de la pintura, etc., que no suscita en nosotros ninguna emoción, no es por nosotros reconocida como una obra de arte, aunque nuestro juicio reconozca que está hábilmente imaginada, que implica un gran gasto de aplicación y de destreza y el triunfo sobre poderosos obstáculos. El efecto de la obra de arte estriba pues, en la actividad automática de nuestros centros, pero ésta no es excitada sino por las impresiones que el organismo y toda la série de los antepasados estaban acostumbrados á recibir, excluye

toda novedad real y efectiva de la obra de arte, y para que esta obra produzca impresión ha de tener por contenido esencial impresiones viejas, habituales, organizadas; ahora bien, hemos reconocido como carácter distintivo del genio la aptitud para formar representaciones nuevas que difieran de las conocidas hasta entonces y para transformarlas en fenómenos perceptibles para los sentidos; ¿cómo este carácter puede pues, guardar concordancia con el arte, en el cual se trata exclusivamente de repetir impresiones viejas que son el patrimonio de la especie entera y en ella se han convertido en orgánicas?

La respuesta á esta pregunta escabrosa no me pone en ningún aprieto sino en tanto que me obliga á chocar contra maneras de ver muy generalizadas. Es una gran verdad: el genio emocional no es tal genio, hablando con propiedad; no crea en realidad nada nuevo, no enriquece el contenido de la conciencia humana, no encuentra verdades ignoradas y no ejerce influencia sobre el mundo de los fenómenos; pero supone no obstante, ciertas condiciones psico-físicas que hacen de él un ser especial y le distinguen del hombre ordinario. Los centros que producen las

actividades emocionales han de estar más poderosamente desarrollados en él que en los organismos ordinarios; de aquí se sigue que no sólo una impresión sensorial excita en él una actividad más intensa de los centros que trabajan automáticamente, sino que también su conciencia tiene una percepción más grande de esta actividad porque esta última se efectúa en él en cierto modo de una manera más ruidosa, más grandiosa, más sensorial.

Puedo hacer que esto resulte completamente claro, volviendo á una comparación anterior; un genio emocional no es asimismo otra cosa más que una caja de música y no un habilísimo músico que inventa y ejecuta con toda libertad; pero hay caja de música y caja de música, desde el ruin juguete musical que emite unas roncadas y temblorosas notas apenas perceptibles, hasta el órgano mecánico cuyo trueno puede hacer retumbar las paredes. Así es como hay que representarse que los centros de trabajo automático funcionan en el genio emocional, mecánicamente también, pero con fuerza incomparablemente superior á la que tienen en los hombres ordinarios; aquél es el órgano y estos últimos no son más que juegue-

tes de música, y una consecuencia del poder de su mecanismo es que la conciencia del genio emocional participa en mayor grado de la actividad de este mecanismo que la de los hombres ordinarios; pero bien entendido, no porque creen ni dirijan nada sino porque perciben mejor. El juicio en el genio emocional no puede alterar en nada el trabajo automático de sus centros, pero puede ver y observar cómo se realiza este trabajo; en este sentido restringido, el genio emocional responde igualmente al criterio de la novedad y de la originalidad que constituye el trabajo del genio; no produce sin duda más que emociones hereditarias y habituales en la humanidad, pero las produce con mayor fuerza que hayan podido hacerlo otros hombres antes que él; el efecto que obtiene es pues, nuevo en lo que respecta al grado ya que no lo sea por su esencia.

La jerarquía de los genios está determinada por la dignidad del tejido ó del órgano en cuya perfección excepcional estriban; cualquiera otro orden de preferencia es innatural y arbitrario, aunque esté establecido tan ingeniosamente como el indicado por Bain. Cuánto más exclusivamente humano es

un centro cerebral, tanto más elevado será el genio que es producido por su desarrollo especial; apenas si es necesario ilustrar esta idea recordando lo que ya hemos dicho: el desarrollo del tejido óseo no puede producir un genio, puesto que los grandes huesos no son especialmente humanos y que también los poseen por ejemplo, las ballenas y los elefantes; asimismo tampoco el desarrollo del tegidomuscular que distingue á un Milón de Crotona, pero que no le eleva siquiera por encima de los animales vigorosos; los centros sensoriales por su parte, no son propios tampoco para formar la base orgánica de un genio; el condor sobrepujará siempre en penetración de vista al ojo y al centro de percepción luminosa más perfectos del hombre, y éste, en cuanto á agudeza de oído, no podrá nunca igualar á ciertas especies de antílopes, etc: Ni aún los centros supremos son todavía meramente humanos mientras su perfección no se eleva por encima del automatismo; los animales superiores, con efecto, son también capaces de todas las reacciones automáticas del organismo sobre las impresiones de fuera, y estas reacciones llegan también de un modo visible, á su conciencia

bajo la forma de emociones. En el perro ó en el elefante, lo mismo exactamente que en el hombre, observamos también actos de amor, de odio, de venganza, de temor, de piedad, acompañados por los movimientos psíquicos que les son ordinarios; la sola diferencia bajo este concepto entre los animales y el hombre, es que las emociones humanas pueden ser excitadas también por imitaciones artificiales ó simbolizaciones de fenómenos naturales, mientras que las emociones animales no pueden serlo sino por los fenómenos mismos, dicho de otro modo: en la producción de las emociones en el hombre, la actividad interpretadora del juicio, por consiguiente también de la memoria y del intelecto tiene una parte mucho más grande que en el animal.

Meramente humano es por lo contrario el juicio, en tanto que excede de la interpretación simple é inmediata de la impresión sensorial, en tanto que forma valiéndose de ésta representaciones á las cuales no responde ningún processus que se desarrolla ante los sentidos, en tanto que por consecuencia, empleando el término técnico, abstrae, y de unas abstracciones deduce otras; el juicio en este sentido no se encuentra en ningún

animal, fuera del hombre; y asimismo la dependencia orgánica del centro de voluntad con respecto del centro de juicio no está en ningún animal tan vigorosamente pronunciada como en el hombre. Centros de juicio y de voluntad producen pues, mediante su alto desarrollo un genio verdaderamente humano que es la más alta expresión de la perfección orgánica del hombre hasta aquí alcanzada; los más elevados entre los genios son por consiguiente los que reúnen al genio del juicio el de la voluntad: son los hombres de acción que hacen la historia del mundo, que forman intelectual y materialmente á los pueblos y les dictan para un largo espacio de tiempo sus destinos, los grandes legisladores, organizadores de Estados, revolucionarios que persiguen aspiraciones claras y las realizan ellos mismos; son también, además, los caudillos y los conquistadores, cuando obran en virtud de representaciones claramente precisas de su propio juicio y no en virtud de impulsiones semi-conscientes ó de sugerencias ajenas. Estos genios supremos alcanzan un conocimiento de todo punto tan elevado como los de la categoría siguiente; deducen de sus percepciones con la misma se-

guridad que estos otros, representaciones hipersensoriales, hallan por consiguiente con tan exacta certeza, el encadenamiento de los fenómenos, sus causas, sus leyes, sus efectos cada vez más lejanos en el tiempo y en el espacio, cosas todas que no son perceptibles para los sentidos. Pero los primeros tienen, en más que los segundos, la facultad de realizar sus representaciones no solamente contra las resistencias de la materia inanimada sino también contra las de los organismos vivos, contra las de los hombres; pueden pues, permitir á su juicio formar, con la perspectiva de materializarlas por la voluntad, representaciones que tengan por contenido pueblos enteros y hasta la humanidad entera, y que no pueden realizarse sino subyugando á su propia voluntad y á su propio juicio los centros de voluntad de pueblos enteros y hasta de la humanidad (1).

(1) No faltan críticos que se empeñan en absoluto en encontrar una contradicción entre este párrafo y la frase de la página 40 de este libro: «Por esta consideración no puede haber políticos, legisladores, hombres de Estado originales; cuanto más cada cual de ellos es trivial, tanto mejor será para él y tanto mejor para su pueblo.» Suplico á estos críticos que lean con un poco más de atención los dos

En segunda línea están los genios de juicio dotados de un desarrollo de la voluntad suficientemente bueno, aunque no genial: los grandes investigadores, experimentadores, descubridores é inventores. Lo que les coloca detrás de los genios de la primera categoría, es su incapacidad para servirse de los hombres como materia para la realización de las

trozos y luego las páginas 43-44 y verán entonces que defino toda concepción de organización, de leyes, de formas políticas nuevas, como siendo un trabajo de genio, pero que tengo buen cuidado en distinguir la realización de estas ideas, de las ideas mismas. Los «grandes legisladores, organizadores, creadores de Estados,» que al genio de juicio asocian el genio de voluntad, obligarán por la fuerza á los pueblos á aceptar sus nuevas concepciones, y esto redundará rara vez en salvación de los pueblos; pero si se trata sencillamente de genios de juicio, obrarán como queda dicho en las páginas 43-44: persuadirán, predicarán, educarán; harán penetrar poco á poco en la muchedumbre sus nuevas ideas y cuando éstas hayan llegado á ser un patrimonio común, cuando el mismo *filisteo* pueda pensarlas de nuevo cómodamente porque las habrá heredado de su padre y de su abuelo, cuando la lenta adaptación de la muchedumbre misoneísta se haya realizado, entonces le será fácil á un «político» á un «legislador» á un «hombre de Estado» de naturaleza trivial, es decir que ha llegado á ser tal por vía de antigüedad, realizar las ideas del genio, que ya no son nuevas, sino que han llegado á ser triviales. No dudo que se me concederá de buen grado que esta manera de reforma es la más apetecible para los pueblos.

(N. del A.)

representaciones de su juicio; no podrán por consiguiente, realizar más que las representaciones que tienen por contenido la materia inanimada; su voluntad es bastante fuerte para triunfar de los obstáculos muertos, pero no de los obstáculos vivos.

El tercer rango lo ocupan los meros genios de juicio sin desarrollo correspondiente de la voluntad, los pensadores, los filósofos. Por su conocimiento, su sabiduría, su don de adivinación de los hechos no perceptibles para los sentidos, lejanos en el tiempo ó en el espacio, se caracterizan como genios legítimos de la misma familia que los fundadores de Estados y los descubridores; pero son incompletos, en cuanto las representaciones que elabora su juicio con una magnífica perfección, permanecen en lo interior de su cerebro ó toman á lo sumo cuerpo bajo la forma de palabras escritas ó habladas. No tienen influencia directa sobre los hombres ni sobre las cosas inanimadas; no causan fenómenos de movimiento; una voluntad ajena ha de ser primero excitada por sus representaciones, á fin de que los processus de su centro de juicio provoquen processus fuera de sus propios organismos.

Detrás de las tres categorías de los genios cogitacionales, detrás de los dominadores de los hombres, los dominadores de la materia y los meros pensadores, pueden por último colocarse los genios emocionales que se distinguen de la muchedumbre del tipo medio por un más grande vigor del trabajo automático de sus centros, pero no por un original desarrollo personal de éstos, y los cuales genios no pueden suministrar á la muchedumbre ni nuevas representaciones conscientes ni excitaciones motrices conscientes, sino solo emociones semi-conscientes ó inconscientes. Entre los genios emocionales, los poetas son á su vez los que ocupan el primer puesto, porque en primer lugar el juicio tiene una gran parte en sus trabajos y en segundo término, producen el efecto de su arte por un medio que es con mucho entre todos los medios sensoriales, el más propio para hacer perceptibles los estados de alma que constituyen el contenido supremo de todo arte: este medio es la palabra. Mientras que los artistas plásticos y los músicos tienen que limitarse á apoderarse y á expresar los signos sensorialmente perceptibles de estados de alma que no pueden manifestarse sino de un

modo muy general por medio de estos signos, el poeta es capaz de definirlos claramente y de especializarlos de tal suerte que apenas se pueda confundirlos con otros estados de alma que guarden analogía con los descritos y se aproximen á ellos. El poeta lírico es á lo sumo, el que puede prescindir del curso del juicio, sólo él «cuya mirada vaga envuelta en un hermoso delirio» según la expresión de Shakespeare (1) y en el cual las impresiones excitan automáticamente la actividad, sin rodeos á través de la conciencia, de los centros del lenguaje; en todas las otras formas de poesía por lo contrario, el poeta tiene que formar con ayuda del juicio representaciones conscientes que no se distinguen de las del pensador sino en que tienen por objeto la actualización de emociones heredadas y no la adivinación de relaciones no perceptibles de los fenómenos.

Esta es la sola jerarquía natural puesto que se funda sobre condiciones orgánicas, pero no pongo en duda que la apreciación habitual de las diversas categorías de genios se aparta de ella muy considerablemente. Las

(1) *Whose eye in fine frenzy rolls.*

naturalezas cogitacionales estiman al genio según su utilidad para la colectividad que ellas tienen aptitud para comprender; las naturalezas emocionales, según la intensidad y la voluptuosidad de la emoción que alcanza á excitar en ellas. Para una sociedad primitiva un valiente y robusto guerrero es el miembro más importante; el vigor de los músculos y el de la voluntad, es decir el valor, son por consiguiente estimados como los dones más magníficos del hombre; su feliz poseedor será colocado por encima de todos sus compañeros y venerado como un semi-dios; salta á la vista que en semejante sociedad, un gran pensador ó investigador, un filósofo, un matemático, un experimentador, no podrían razonablemente esperar ser apreciados; si en una tribu de Pielas Rojas surgiese un Descartes ó un Newton, se le consideraría como un miembro inútil de la horda y se colocaría muy por encima de él á cualquier cazador de osos afortunado, ó á cualquier guerrero que llevase colgadas á su cintura las cabelleras de enemigos escalpados. Y bajo el punto de vista de la utilidad esto estaría plenamente ajustado á la razón puesto que lo necesario para las tribus indias, en el grado de evolu-

ción que han alcanzado, no son ni las matemáticas ni la metafísica, sino la seguridad de su vida y de su alimentación; una reminiscencia de esta manera de ver de los salvajes y de los bárbaros es el asignar en nuestra pretendida civilización el puesto supremo al soldado, y el mostrar hacia su traje militar, hacia los bordados, como si se dijera hacia los tatuajes guerreros, del cuello, de las mangas y de la pechera del uniforme, la veneración que en el estado primitivo de los hombres era muy natural y comprensible, pero que á la altura de nuestra civilización actual no tiene ya ningún sentido racional. Y es igualmente natural que las naturalezas emocionales midan el valor de un genio según las emociones que les procura; son incapaces de un pensar original propio, pero en cambio su actividad cerebral automática organizada puede ser muy aceptable; no llenan pues, su conciencia claras representaciones, sino esas imágenes semi-oscurecidas y confusas ya descritas repetidas veces en estas páginas, bajo la forma de las cuales la actividad automática de los centros cerebrales es percibida por la conciencia. El verdadero genio, es decir el genio de juicio reclama de

los centros supremos de las gentes emocionales un trabajo consciente, no organizado, no heredado, que no pueden realizar; el genio de juicio ni siquiera existe pues, para ellas; el pseudo-genio emocional por lo contrario, excita la actividad automática de sus centros y es por consiguiente percibido por ellas y es además para ellas una fuente de sensaciones, y como la vida se mide por su contenido de sensaciones, el genio emocional es para ellas directamente un augusto dispensador de vida. Las mujeres (y los hombres que se les pueden asimilar por el desarrollo intelectual) estimarán, pues, siempre más á un artista que á un pensador y á un investigador, y entre los artistas, el más elevado á sus ojos es desde luego naturalmente el músico, porque las emociones que la música les produce excitan también los centros sexuales y son por ende las más profundas y las más agradables. También el pintor y aún el cómico ocuparán á sus ojos elevadísimo puesto: el primero, porque su arte no excita ninguna actividad cogitacional y puede por tanto ser saboreado por ellas sin que tengan que imponerse la fatiga de pensar; el segundo, por el mismo motivo y por este otro suplementario

que el efecto de su actividad imitadora y que encarna estados de alma emocionales, se acrecienta con el efecto humano de su personalidad; en cuanto al poeta, las naturalezas emocionales, es decir en primera línea desde luego las mujeres, no le apreciarán sino en la medida en que su trabajo es puramente emocional, no cogitacional; así pues, preferirán al lírico mejor que al épico, al que describe hechos exteriores conmovedores le estimarán más que al que analiza los movimientos del alma. Semejante evaluación del genio no puede naturalmente constituir ley para nosotros; si la intensidad de las emociones que son por él excitadas ha de decidir del puesto asignado al genio, el hombre tendría, por ejemplo, que colocar á su amada, la mujer á su amante, por encima de no importa cuál genio producido hasta hoy por la humanidad puesto que es incontestable que Julieta suscita en Romeo y Leandro en Héro, sensaciones más poderosas que Goethe ó Shakespeare, Beethoven ó Mozart, para no hablar naturalmente de Kant ó de Laplace, de Julio Cesar ó de Bismark. Y aun creo también que si se interrogara á aquellas interesantes parejas, no vacilarían en declarar

que su Julieta ó su Leandro era el más sublime de todos los genios imaginables en lo pasado, lo presente y lo porvenir.

No es, pues, el efecto de una personalidad sobre otras lo que constituye la medida de su importancia, puesto que dicho efecto es por completo diferente según que los seres humanos sobre los cuales ejerce su acción están más ó menos desarrollados, son más ó menos cogitacionales, sino que es el carácter más ó menos exclusivamente humano de los centros cerebrales cuyo desarrollo extraordinario forma el substratum psico-físico de la personalidad intelectual. Y como quiera que el centro cerebral más elevado y más humano es el centro de juicio, sólo el desarrollo del juicio produce un verdadero genio que enseguida á la verdad, necesita también un desarrollo de voluntad correspondiente para hacer sensorialmente perceptible á los demás el trabajo de su centro de juicio. El genio de juicio constituye hasta lo presente la última palabra de la perfección humana. Saber si la evolución orgánica de la humanidad llegará todavía más lejos y qué dirección haya de tomar, es lo que podría á lo sumo adivinar un gran genio de juicio, merced á su fa-

cultad de concluir, partiendo de los hechos dados, á los hechos más lejanos en el espacio y en el tiempo.

INDICE

Páginas.

I. MAYORÍA Y MINORÍA.....	1
II. PSICO-FISIOLOGÍA DEL GENIO Y DEL TALENTO.....	67

ERRATAS MÁS IMPORTANTES

Pág.	1 (nota) línea 6	DICE el	LÉASE <i>al</i>
» 17	» 10	» de semejantes	» <i>no semejantes</i>
» 28	» 24	» por que	» <i>Porqué</i>
» 30	» 5	» filosofía	» <i>poesía</i>
» 57	» 6	» fina flor	» <i>flor y nata</i>
» 81	» 5	» bitiosidades	» <i>vilosidades</i>
» 178	» 26	» impresiones	» <i>impulsiones</i>

